



TERRI  
BRISBIN  
SECUESTRO EN LAS  
HIGHLANDS



<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2015 Theresa S. Brisbin  
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica,  
S.A.

Secuestro en las Highlands, n.º 587 - noviembre 2015  
Título original: Stolen by the Highlander  
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Ella acabó a merced del único hombre capaz de hacer que se sintiera ella misma.

Arabella Cameron estaba aterrada la mañana de su boda. Sin embargo, si el conflicto entre los Cameron y los Mackintosh se terminaba por el hecho de que se casara con un hombre al que no amaba, ella cumpliría con su deber. Eso hasta que Brodie Mackintosh, desterrado por su propio clan, entró en sus aposentos y se la llevó a las montañas.

Brodie sabía que Arabella tenía motivos de sobra para odiarlo, pero un beso furtivo consiguió que esos enemigos declarados se lo replantearan todo. Además, cuando su prometido la reclamó, Brodie tuvo que luchar con toda sus fuerzas por ella.

*Dedico este libro, el primero de mi serie nueva, a mi «equipo» editorial de Harlequin Historical en las oficinas de Richmond, Reino Unido. Sobre todo, a Megan Haslam, Kahtryn Chesire y la editora jefe Linda Fildew. Ellas me impulsan constantemente para que mi trabajo sea mejor y más intenso para mis lectores y, aunque discrepamos algunas veces en la forma de conseguirlo (¡Jajaja!), siempre lo hacen con amabilidad y comprensión. Ha sido fantástico trabajar con vosotras durante estos libros, Gracias por todo lo que hacéis por mí.*

## Uno

Arabella Cameron entendió lo que sentía una capa de hielo en un lago helado. Su sonrisa, mientras otro Mackintosh declamaba una poesía sobre su belleza, iba a resquebrajarse enseguida, como pasaba cuando una piedra caía en el hielo. No creía que pudiera seguir sonriendo mientras esas palabras resultaban cada vez más ridículas. Notó un cosquilleo en la nariz y dejó de preocuparse de que se le resquebrara la cara cuando empezó a preocuparse por no soltar una carcajada.

Tomó aliento, parpadeó varias veces y esperó que el peligro de ser impertinente o irrespetuosa pasara pronto. Levantó la mirada y se quedó espantada al encontrarse con los ojos oscuros y amenazadores de Brodie Mackintosh. Sentado al final de la mesa, a la derecha de ella, el mayor de los dos hombres que podían ser herederos de los Mackintosh la miraba fijamente. Se conocían desde hacía poco tiempo, pero no recordaba haberlo visto sonreír. Sus ojos color caoba no daban ningún indicio sobre lo que sentía al oír tantas alabanzas a su belleza y gentileza ni sobre lo que sentía por ella o sobre la posibilidad de que fueran esposos dentro de unos meses.

Distraída por la intensidad de su mirada, no se había dado cuenta de que el poema había terminado y de que la habitación estaba en silencio mientras esperaba su reacción. Entonces, él giró la cabeza hacia el bardo Mackintosh, quien había dejado de hablar, y luego la miró a ella con curiosidad. Ella asintió con la cabeza y aplaudió.

—Me siento honrada por vuestras amables palabras...

Ella no podía recordar su nombre.

—Dougal no estaba siendo amable, lady Arabella —la interrumpió Caelan Mackintosh a su izquierda mientras le guiñaba un ojo al haberse dado cuenta de que había olvidado el nombre del bardo—. Solo decía la verdad, como todos podemos ver.

Ella volvió a mirar al hombre que había hablado y asintió con la cabeza.

—Aun así, tus alabanzas me honran, Dougal, y quiero darte las gracias por el poema y por haberlo declamado para nuestros clanes.

El bardo se inclinó y volvió a su mesa entre los vítores de los asistentes al festín. Caelan se inclinó y le susurró para que los demás no pudieran oírlo.

—Arabella, has cautivado a todos los Mackintosh con tu belleza y gentileza. Los Cameron habrían podido ganar esta disputa hace

mucho si te hubiesen empleado como su arma secreta —él le acarició levemente la mano y se llevó la copa a la boca sin dejar de mirarla—. Me has cautivado.

Ya había oído esas palabras. Llevaba toda su vida oyendo alabanzas a su belleza, un don que el todopoderoso le había concedido sin que ella hubiese hecho nada. Sin embargo, al ver los penetrantes ojos azules de Caelan quiso sentir algo, quiso creerlos.

Él le ofreció su copa y la giró para que los labios de ella tocaran el sitio donde habían estado los de él. Arabella aceptó ese gesto íntimo del hombre con el que podría casarse.

Él esbozó una sonrisa seductora mientras ella bebía el vino.

La oleada abrasadora que sintió por dentro no se debió al fuerte vino, sino a cómo la miró Caelan mientras lo tragaba y se pasaba la lengua por los labios para secárselos. Él se inclinó un poco más como si fuese a atreverse a besarla en ese momento y lugar y ella contuvo el aliento.

Un ruido metálico la sobresaltó y se dio la vuelta para ver a Brodie, que recogía su pesada copa del suelo y volvía a dejarla en la mesa. Lo hubiese hecho intencionadamente o no, había estropeado ese momento entre Caelan y ella. Además, cualquier esperanza de que volviera a brotar se desvaneció cuando su padre habló.

—Tu tía está esperándote, Arabella. Retírate a tus aposentos.

Si bien habría rebatido a su padre si hubiesen estado en su castillo y solo con su clan, nunca lo haría allí y en ese momento, cuando tantas cosas dependían de que fuese una hija obediente y cumplidora, cuya única tarea era salvar a su clan de la destrucción. Volvió a esbozar esa sonrisa que detestaba tanto, se levantó, hizo una reverencia a su padre y a los Mackintosh, rodeó la mesa y bajó los escalones de la tarima.

Su tía Devorgilla estaba esperándola y observando todos sus movimientos. Con toda certeza, esa noche le darían instrucciones sobre su comportamiento y apariencia. Ella sonrió e inclinó la cabeza a todos los que susurraban su nombre, pero su elegancia y cortesía ya la cansaban después de tantas horas.

Siguió a un sirviente con una antorcha y subió las escaleras que llevaban a la habitación que le habían asignado durante su estancia allí. Una vez dentro, esperó un momento a que se cerrara la puerta, se dejó caer en la cama y relajó el rostro después de horas esbozando esa sonrisa que la torturaba. Se llevó las manos a las mejillas y supo lo que se avecinaba.

—Te has sentado demasiado cerca de uno y no has hecho caso al otro, Arabella —aunque tenía los ojos cerrados, sabía que su tía iba alrededor de la cama—. No debes mostrar preferencia por ninguno.

—Sí, tía Devorgilla.

—No prestaste atención durante el último poema. No puedes ser irrespetuosa con el bardo de los Mackintosh ni con su arpista ni con...

—Lo entiendo, tía Devorgilla —la interrumpió ella—. Además, mi madre estaría avergonzada por mis modales... y por no hacer caso a tus advertencias...

—Cariño... —susurró su tía—. Tu madre estaría orgullosa de ti. Orgullosa de que estés cumpliendo con la obligación para la que naciste —la voz de su tía se cargó de emoción y Arabella miró a la hermana menor de su madre—. Estaría orgullosa de que estés cumpliendo con tu deber cuando sería más fácil no hacerlo, cuando significa que vivirás en resto de tu vida entre nuestros enemigos.

—Tía Gillie —dijo ella sin poder contener las lágrimas—, lo siento. No quería parecerte una niña terca. Agradezco tus consejos, de verdad. Estoy agotada y mañana estaré preparada para afrontar esto.

—Venga, te ayudaré a prepararte para que te acuestes —su tía se puso detrás de ella.

—Puedo pedirle a Ailean que me ayude.

Su prima menor actuaba de doncella y acompañante cuando hacía falta.

—No hables y siéntate.

Su tía le soltó los lazos del vestido y la túnica. Arabella se quedó solo con la camisola y suspiró cuando su tía empezó a deshacerle la larga trenza. Primero le pasó los dedos y luego empleó un cepillo para soltarle los nudos. La tensión iba disipándose y permitiendo que al agotamiento se adueñara de ella. Cerró los ojos y el cuerpo empezó a relajarse. Las preocupaciones se esfumaban con cada caricia del cepillo en el pelo.

—¿Qué planes hay para mañana?

Arabella volvió a suspirar al tener que pensar en su incierto futuro.

—Daré un paseo a caballo con Caelan por la mañana y con Brodie después de la comida. No te preocupes, tía Gillie, Ailean me acompañará siempre que salgamos del castillo.

—No me preocupo por tu seguridad, me preocupo por tu corazón —su tía dejó de cepillarla y se apartó. Arabella se dio la vuelta para



mirarla y vio una tristeza en sus ojos que no había visto antes—. No dejes que tu corazón elija a ninguno de estos Mackintosh hasta que los mayores elijan al sucesor. Eso solo te partiría el corazón y sería motivo de dolor en el futuro.

—Tía Gillie, ¿qué...?

Eso era inesperado y sorprendente, e indicaba algo que ella no sabía.

—Da igual, Arabella —le interrumpió su tía—. Creo que estoy más cansada de lo que me imaginaba. Iré a acostarme.

Su tía dejó el cepillo en la mesita, se dio la vuelta y salió de la estancia.

Ya le habían dado ese consejo antes, pero que su tía hablara del corazón partido daba a entender algo más personal. Lo preguntaría al día siguiente, pero llamaron a la puerta y supo que Ailean había llegado.

Enseguida estuvo tumbada en la oscuridad y pensando en la diferencia entre los dos primos Mackintosh y en su futuro como esposa de uno de ellos. El consejo de su tía no tenía en cuenta lo que sentía ella acerca de la única cosa que no iba a cambiar, que, independientemente de con cuál se casara, iba a entregarse al enemigo.

Se convertiría en parte del clan que había intentado aniquilar a su familia durante las últimas generaciones y les daría hijos. Aunque se esperaba que ese conflicto terminara cuando se casara con el próximo jefe de los Mackintosh, daba igual, iba a casarse con su enemigo muy pronto.

Brodie levantó la copa a una de las mujeres que servían la mesa y la miró mientras la llenaba. Inclino la cabeza para darle las gracias y siguió observando a todos los Cameron que estaban en el salón. Habían llegado con la bandera de la tregua y habían aceptado la hospitalidad que les habían ofrecido, pero él no se fiaba de ninguno. Fue mirando a todos los guerreros Cameron y supo que algunos habían matado a algún Mackintosh en las batallas y escaramuzas del pasado. Además, algunos de los mayores no querían esa tregua ni el futuro tratado. Más motivos para desconfiar. No se fiaba ni de la heredera con trenzas de oro.

El salón donde se había celebrado el festejo para darle la bienvenida estaba empezando a vaciarse una vez que lady Arabella

Cameron se había retirado. Miró a todos los hombres que había situado donde estaban sentados los Cameron. Que los bardos cantaran alabanzas a su belleza, que su primo coqueteara con la muchacha. Él cumpliría con su obligación de garantizar la seguridad de su clan mientras otros se comportaban como cortesanos o pasaban por alto el peligro.

Cuando cada uno de sus hombres asintió con la cabeza, dirigió su atención a su tío, a su primo y a sus invitados.

Él, que se conformaba con observar sin participar en las conversaciones, se dio cuenta de que el jefe del clan Cameron y su hijo mayor, Malcolm, hablaban y también lo observaban. Eso confirmó su convencimiento de que las dos familias recelaban, si no preparaban una traición, algo que los Cameron hacían muy bien. Su tío se levantó y toda la mesa lo imitó, una señal de que el festejo había terminado.

Él dejó la copa y se acercó a su tío. Los Cameron siguieron a su escolta para que los llevara a las estancias que les habían asignado en la torre norte. Era más fácil vigilarlos si estaban juntos en una torre, y aislarlos si había algún problema. Sonrió.

—Acompañarás a la muchacha Cameron después de la comida de mediodía —comentó su tío.

—No, tío, tengo que ocuparme....

—Brodie, acompañarás a la muchacha —le interrumpió su tío—. Es lo que tienes que hacer mañana.

Ya habían hablado muchas veces de eso antes de que los Cameron llegaran a sus tierras. A él le parecía prematuro, pero los ancianos apoyaban a su tío y les parecía una manera de evaluar a los dos primos antes de que eligieran a uno. Después de pasar por las pruebas que habían programado los ancianos, uno de los primos sería proclamado sucesor del jefe del clan de los Mackintosh. No quedaba otro varón vivo y Caelan o él gobernaría la confederación Chattanooga cuando su tío muriera. Los ancianos elegirían a uno de los dos para que gobernara a la gente, las tierras y las posesiones de su clan.

Le debía mucho a Lachlan por haberlo criado después de que sus padres murieran. Él le había enseñado todo lo que necesitaba saber para vivir y mandar. Por eso, aunque discrepara con su tío, haría lo que le pedía, o le ordenaba. En ese momento, su tío había añadido cortejar a la muchacha Cameron como uno de los dones que se necesitaban para liderar el clan. Levantó la mirada y vio la firmeza reflejada en los ojos de su tío y la alegría y victoria en los de su primo.

Sí, a Caelan se le daban bien las mujeres. Sus palabras

delicadas y sus caricias las encandilaban y las llevaban a su cama. Su primo, experto en conquistar y desechar a cualquier mujer dispuesta, emplearía esa experiencia para ablandar el corazón de la muchacha Cameron. Él no tenía ninguna esperanza de que la mujer que podía acabar con ese conflicto interminable entre sus familias no se sintiera atraída por su primo.

—Sí, tío.

Él prefería adiestrar a la guardia u organizar la defensa de sus fronteras que ese cortejo inútil, pero, al ver el ceño fruncido de su tío y los brazos cruzados sobre su inmenso pecho, supo que pasaría la tarde con esa muchacha, Arabella.

—Intenta que no se quede dormida —le provocó Caelan mientras se alejaba.

Le habría encantado replicar algo ingenioso o cáustico, pero no se le ocurrió nada. No era famoso por su ingenio o su sentido del humor. Tampoco era famoso por su destreza con las mujeres. Resopló, cruzó el salón y entró en el pasillo. Lo que se le daba bien era proteger a su clan de las constantes incursiones de sus enemigos.

Llevaba mucho tiempo deseando que ese conflicto terminara, incluso desde antes de que asesinaran a sus padres en una emboscada en las colinas que rodeaban el lago Arkaig.

Su deseo de encontrar algo que sellara la paz entre los Mackintosh y los Cameron había aumentado con cada lucha o batalla que había originado más pérdidas en su familia. Si además se conseguía sin que todos quedaran destruidos, mejor todavía. Prefería la paz mediante la negociación, pero la aceptaría independientemente de cómo se consiguiera. Aunque tuviera que casarse con esa muchacha que lucía una sonrisa falsa como si fuese su segunda piel.

Por eso, a pesar del recelo y del escepticismo que lo acompañaban siempre, obedecería las órdenes de su tío y la llevaría de paseo. Luego, podría centrarse en lo importante, en que lo eligieran para ser el próximo jefe del clan. Si eso implicaba casarse con una enemiga, lo haría.

## Dos

Todo estaba yendo mejor de que lo que ella había esperado cuando salió del castillo en compañía de Caelan Mackintosh. Cabalgaban al lado de Caelan por el camino del pueblo seguidos por Ailean y un escolta Cameron y otro Mackintosh. Esa mañana también sonreía, pero era porque él hacía que sonriera y que lo pasara bien de verdad. Sus halagos no eran tan abrumadores como los que solía oír y los repartía bien. Caelan incluso había conseguido que Ailean sonriera, y eso no era una tarea fácil cuando se trataba de su sombría prima. Siguieron el camino hacia el este hasta que tomaron un sendero que bordeaba un arroyo que se adentraba en el bosque. Pasearon durante un rato a lo largo del arroyo con los demás a cierta distancia, aunque sin perderlos de vista.

Cuando volvieron para la comida de mediodía, estaba asombrada de que las horas hubiesen pasado tan deprisa.

—Espero que os haya gustado la excursión, lady Arabella —dijo él llevándose su mano a los labios—. Ailean, tu compañía ha sido una gran aportación a la mañana —añadió él dirigiéndose a la mujer sonrojada y balbuciente.

Caelan había conquistado a una Cameron e iba camino de conquistar a otra.

—Me ha gustado, señor, y ha sido un cambio muy agradable que fuese una mañana soleada después de las recientes tormentas —comentó Arabella.

—Casi como si los hados nos sonrieran.

Su tía la llamó y ella hizo un gesto con la cabeza. Había llegado el momento de atender la siguiente de sus obligaciones. Al menos, el día había empezado bien.

—Os dejaré para que os ocupéis de vuestras obligaciones —se despidió ella inclinando la cabeza.

Sus ojos azules dejaron escapar un destello y ella se fijó en el atractivo hoyuelo que la salía en la mejilla cuando sonreía. Era atractivo, hospitalario y encantador, unas virtudes dignas de tener en cuenta para un posible marido.

Subió los escalones hasta la puerta y entró detrás de su tía, quien no dijo nada hasta que llegaron a sus aposentos y mandó a Ailean a hacer un recado para que se quedaran solas.

—A juzgar por el color de tus mejillas y el brillo de tus ojos, diría que la mañana ha salido bien... —comentó su tía mientras la daba un

pañó que había junto a una palangana con agua.

—Sí. Es... aceptable —confirmó ella.

Mojó el paño en el agua y sonrió mientras se lavaba la cara y las manos.

—¿Aceptable? ¿Solo eso? Caelan parece el más agradable de los dos.

—Sí, tía —ella le devolvió el paño a su tía y se quitó el aro que le sujetaba el velo—. Me dijiste que no mostrara preferencia por ninguno y estoy intentando seguir tu consejo.

Se sentó para que la tía Gillie pudiera recogerle el pelo con una trenza y arreglarla antes de la comida.

—Aunque creo que soy poco optimista sobre mis posibilidades de que un matrimonio sea más feliz con uno que con otro.

Su tía siseó mientras le estiraba el pelo.

—El matrimonio no se celebrará por eso, Arabella. Tenlo muy presente mientras estás con estos hombres. Los ancianos de su clan tomarán la decisión y te casarás con el que elijan.

Arabella notó que el placer por la excursión se disipaba con cada advertencia de su tía. Entendía cuál era su obligación y la cumpliría, pero eso no significaba que no pudiera disfrutar con esos momentos cuando la decisión parecía estar muy lejos todavía. Llamaron a la puerta y no pudo replicar. Ailean abrió la puerta y entró.

—Están llamando para que vayamos a comer —dijo su prima.

—Vamos, tía Gillie. No debemos hacerles esperar.

Ella se levantó y se alisó el vestido. Ailean encabezó el camino hacia el salón porque estaba empezando a conocer los pasillos y escaleras de ese castillo enorme. Ella intentó aclararse las ideas y no preocuparse con la parte siguiente del día... con Brodie Mackintosh. Era lo opuesto a su primo, era sombrío y amenazante. Caelan hablaba y se reía con ella, pero Brodie la miraba fijamente con un aire de desaprobación que ella no podía entender. Era como si la mirara y la viera insuficiente. Por eso, fue un alivio cuando su tío comunicó que no los acompañaría en ese almuerzo. Al menos, sería placentero.

Caelan se sentó unos asientos alejado, junto al hermano de ella, pero siguió prestándole atención. Su padre sonrió más y los Mackintosh también. Parecía que cada día que pasaban allí se relajaba un poco más la tensión que había vibrado en el aire cuando llegaron hacía cuatro días. Sin embargo, el almuerzo informal terminó pronto, demasiado pronto, y llegó el momento de que pasara la tarde con Brodie. Tomando aliento, hizo un gesto con la cabeza a su tía y a

su prima. El señor del castillo dio instrucciones a un sirviente para que la acompañara al patio y ella se dio cuenta de que Caelan se ofreció, pero su tío negó con la cabeza. Arabella siguió al sirviente fuera del castillo. Una vez en el patio, vio a Brodie junto a los caballos, despidió al hombre con una mano y se acercó a él.

Brodie se agachó y se cercioró de que la cincha que sujetaba la silla estuviera firme. Acarició al animal, que, aunque no era uno de los suyos, era muy hermoso. Los Cameron sabían seleccionar los caballos y tenían algunos de los mejores de las Highlands. Él susurró algo para tranquilizar al caballo y terminó la tarea, o la habría terminado si su amigo Rob no lo hubiese interrumpido.

—Vaya, es una preciosidad, ¿verdad? —comentó Rob desde el otro lado del caballo.

Brodie miró los atributos evidentes del caballo y frunció el ceño.

—Sí, es precioso —replicó sacudiendo la cabeza mientras comprobaba las riendas.

—¿Eres tonto o te lo haces? —preguntó Rob acercándose más a él—. La muchacha, la muchacha es preciosa.

—¡Ah, la muchacha! Sí —farfulló él siguiendo con lo que estaba haciendo.

Empezaba a pensar que había sido un error pedirle a Rob que los acompañara. Debería habérselo pedido a uno de los hombres que estaban de servicio.

—Vamos, tienes que reconocer que casarte con ella no sería un sacrificio. Tenerla en la cama... Ver ese pelo suelto... Esos ojos, esa boca... —comentó Rob en voz baja antes de reírse de él—. No me importaría acabar con ella de esposa cuando este trato se cierre.

—Sí, es preciosa —reconoció Brodie mientras se alejaba un poco para mirar el caballo por última vez—. Si soy sincero, Rob, yo preferiría acabar con otra docena de cabezas de ganado o de caballos como este que con ella. El ganado y los caballos me serían más útiles que una mujer que vive de su belleza.

Brodie vio la expresión petrificada de su amigo y oyó el silencio que se hizo alrededor y supo que ella estaba detrás de él. Cerró los ojos un instante y resopló. Habían sido unas palabras desconsideradas que no debería haber oído ella, pero las había oído y tenía que disculparse. Su tío se enfurecería si no arreglaba eso. Se dio la vuelta lentamente mientras intentaba pensar lo que tenía que decir.

Si se hubiese retrasado un segundo, no habría visto que sus ojos se habían oscurecido fugazmente y que había apretado levemente los labios. Las entrañas se le retorcieron al verlo, pero ella esbozó esa sonrisa vacía que siempre lucía y se acercó a él.

—Sois muy amable por acompañarme a recorrer vuestras tierras —dijo ella sonriendo—. Sé que tenéis otras obligaciones y os agradezco que me dediquéis vuestro tiempo.

—Lady Arabella...

Entonces, se quedó en silencio. Ni palabras acertadas ni equivocadas, nada.

—¿Qué os parece? —preguntó ella—. ¿No os parece magnífico?

Estaba siendo gentil y ofreciéndole una escapatoria al insulto que acababa de dirigirle. Él la aceptó.

—Sí, es fuerte y vivaz —reconoció él acariciando el lomo del animal—. Creo que también es resistente —añadió él mirándole las patas.

—Puede galopar durante días —comentó ella acariciando la cabeza del animal—. Me ha llevado en muchos viajes.

Ella retrocedió y lo miró a los ojos. Él intentó encontrar algún indicio de que se sintiese ofendida, pero sus ojos azules no reflejaban ninguna emoción.

—¿Nos vamos? —preguntó ella mirando las nubes que estaban formándose.

—Montaos —ordenó él al resto del grupo mientras la ayudaba a subirse a su caballo.

Una vez acomodada, le entregó las riendas y se montó en su caballo. Ella se sentó como si hubiese nacido en una silla de montar. Él no pudo evitar fijarse en que agarraba las riendas con la tensión justa para que el caballo tuviera cierta libertad, pero que también sintiera sus órdenes. Brodie salió por la puerta del patio y tomó la dirección opuesta a la que había tomado Caelan esa mañana. Rob sabía a dónde iban y se adelantó.

El escolta de los Cameron se quedó detrás y la prima de la muchacha, una joven que se llamaba Ailean con el ceño fruncido y aspecto de solterona, se quedó al lado de Arabella, justo detrás de él. Cruzaron el arroyo como a kilómetro y medio del castillo y siguieron hacia las montañas que cruzaban sus tierras desde el lago hasta el mar. Unos minutos después de que oyera a las mujeres susurrar detrás de él, Brodie se encontró con que la muchacha cabalgaba a su

lado.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella en un tono delicado y sin dejar de mirar hacia delante.

—Ya habéis visto nuestras tierras cerca del lago. Vamos a un sitio en la montaña para que tengáis otra vista —era su sitio favorito, pero no lo dijo—. Dentro de poco, tomaremos el sendero de la montaña.

Ella no volvió con su prima, siguió su paso y se quedó a su lado, lo cual, probablemente, era lo que había hecho con Caelan. La intranquilidad le atenazó las entrañas, prefería luchar contra un ejército de Camerons que lidiar con ella. Peor aún, ella ni siquiera se había dado por insultada y así conseguía que eso fuese lo único que él podía pensar mientras ascendían por el sendero. Doblaron un recodo y entraron en un claro, en un saliente por encima de las tierras de los Mackintosh. Era una vista que le gustaba y a donde iba cuando necesitaba soledad. En ese momento había nubes bajas, pero cuando brillaba el sol y soplabla la brisa, se podía ver a kilómetros de distancia hacia el mar por un lado y el lago por otro.

—Es... precioso.

La voz entrecortada de ella lo sobresaltó porque se había olvidado de que estaba allí.

—Sí.

La miró de soslayo y vio que sus ojos, normalmente vacíos, estaban rebosantes de asombro. Por un instante disparatado, él llegó a pensar que quizá no apreciara solo la vista, sino las tierras en sí. Unas tierras mucho más extensas que las de los Cameron aunque se contaran las tierras que les habían robado hacía generaciones. Oyeron que los demás se acercaban y la mirada de ella cambió tan deprisa como había aparecido. Además, también volvió la temida sonrisa.

—Estoy desorientada —comentó ella—. ¿Dónde está el lago?

Brodie se giró en la silla y señaló a la derecha.

—El lago Lochy está a unos siete kilómetros en esa dirección. Arkaig está al norte y el mar a unos cincuenta kilómetros al oeste.

—¿Y las tierras de los Mackintosh? —preguntó ella mirando de un lado a otro.

—Desde el lago hasta donde alcanza vuestra vista por el oeste —contestó él sin disimular el orgullo—. Y hasta bastantes kilómetros por el norte y el sur también.

Ella miró en las direcciones que le había indicado y asintió con la



cabeza.

—Entonces, teníais razón —comentó ella con delicadeza y mirándolo a los ojos.

—¿Razón sobre qué, lady Arabella?

Él dio la vuelta al caballo para ponerse de frente a ella y sus piernas casi se rozaron. No podía recordar que hubiese dicho nada aparte de la extensión de sus tierras y sabía que tenía razón al respecto, las conocía a la luz del día o en la oscuridad de la noche.

—Sobre que más ganado o caballos os serían útiles. Quizá debierais incluirlo en las negociaciones de los Mackintosh antes de que sea demasiado tarde —contestó ella con una mirada gélida y sin sonreír por un instante.

Entonces, Rob se rio ligeramente detrás de ellos y ella recuperó el dominio de sí misma. Había sido el único momento en el que había visto a la auténtica muchacha y había desaparecido. La gélida doncella lo miró sonriendo hasta que, con un leve movimiento de la mano, lo rodeó con el caballo y se marchó del claro. El resto la siguió precipitadamente y él se quedó solo mirando sus tierras y pensando en los errores que había cometido hasta el momento. Primero, había estado tan ocupado intentado pasarla por alto y no preocuparse por el posible matrimonio que no se había fijado en ella ni en su verdadera personalidad.

Para ser el hombre que supervisaba a los espías del clan de los Mackintosh, eso era un fallo enorme. Segundo, no había hecho lo que hacía mejor; darse cuenta de las cosas que afectaban a la seguridad del clan y prepararse para la batalla. Solo había visto lo que esa muchacha había querido que él, y todos, vieran: una mujer que no pensaba por su cuenta y que hacía lo que le decían que hiciera. Tercero, y lo peor para su tranquilidad de espíritu, descubrir que no era una belleza insustancial y con la cabeza vacía le agradaba de una manera que prefería no pensar ni reconocer.

Se dirigió hacia el sendero que bajaba de la montaña y decidió que tendría que vigilarla más de cerca, pero no entendió por qué eso hizo que sonriera. Los alcanzó y se puso al lado de ella, con la prima, Rob y los escoltas por delante. Todavía tenía que disculparse por esas palabras tan ácidas e insultantes.

—Lady Arabella —frenó un poco el caballo para que la distancia fuese mayor—, me gustaría hablar con vos.

Cuando la doncella miró hacia atrás y vio que la separación aumentaba, lady Arabella le hizo una señal con la mano, se quedó a

su altura y cabalgaron un momento en silencio mientras él intentaba elegir las palabras con más cuidado que antes. Una vez más, ella lo salvó.

—Señor... —empezó a decir ella sin alterarse y sin mirarlo—. Me han educado para que cumpla con mi deber hacia mi familia. Ese deber es que me case con el próximo jefe de vuestra familia, sea quien sea. Lo cumpliré independientemente de mis sentimientos personales. ¿Puedo suponer que haréis lo mismo? —preguntó ella mirándolo a los ojos.

—Cumpliré con mi deber —contestó él asintiendo con la cabeza.

No sabía muy bien cuáles eran sus sentimientos personales al respecto cuando ella lo miraba así, pero ya lo pensaría más tarde, por el momento...

—Lady Arabella, yo... —él balbució sin que le salieran las palabras que quería decir—. Yo no debería haber dicho lo que dije sobre vos.

—¿Dijisteis de verdad que necesitabais el ganado o lo caballos más que a mí? —preguntó ella sin que el tono o la expresión delataran sus sentimientos.

—¿Queréis oír la verdad?

—Prefiero la verdad, la oigo muy pocas veces.

—Sí, necesitamos más ganado.

Se hizo el silencio, pero ninguno de los dos miró hacia otro lado.

—Entonces, la ventaja de tener una esposa es que ella os proporcionará el oro para que podáis comprar más ganado.

La muchacha se movió en la silla de montar y él supo que iba a alejarse. Alargó una mano y tocó la de ella. Ella dio un respingo por el contacto, pero no la retiró.

—Sí, pero, aun así, no debería haberlo dicho.

—No —ella levantó la mano de debajo de la de él y tomó las riendas—. No deberíais haberlo dicho.

Ella se dirigió hacia donde estaban los demás y él se rio en voz alta por primera vez desde hacía mucho tiempo. Esa muchacha era mucho más de lo que se había imaginado. Quizá, casarse con ella, si tenía que hacerlo, no fuese tan malo...

## Tres

Malcolm se abrió paso entre la multitud de Mackintosh que se había reunido para la comida. Ella se fijó en que se había parado varias veces para hablar con distintos jóvenes. Su hermano era alto y apuesto y atraía las miradas mientras se acercaba a la tarima. Le sonrió y se sentó al lado de ella.

—Bueno, dentro de un par de días nos iremos de aquí —le susurró él mientras una criada muy servicial y pechugona le llenaba la copa.

—Sí, un par de días más y nos marcharemos —confirmó ella—. Sin embargo, dentro de unos meses yo tendré que volver y quedarme para siempre.

—¿No quieres casarte aquí? —preguntó él mirándola a los ojos—. ¿Has cambiado de opinión? —él entrecerró los ojos—. Dime la verdad.

Él era la única persona a la que podía decirle lo que sentía de verdad. Habían compartido el vientre de su madre y habían pasado casi toda la vida juntos desde que nacieron.

—Quiera o no, haré lo que se espera que haga. Ya lo sabes —susurró ella—. Solo me gustaría saber algo más de ellos dos. Me gustaría tener más tiempo. Me gustaría...

Ella no siguió. Lo que le gustaría daba igual en las negociaciones o en su resultado. Sintió que unas lágrimas inesperadas le abrasaban la garganta y bebió un poco de cerveza para tragarlas.

—¿Qué puedo hacer para aliviar tu carga y tus preocupaciones, hermana?

—¿Casarte con el que elijan como sucesor?

Malcolm se rio tan sonoramente que llamó la atención de todos. Su tía frunció el ceño para avisarle de que el comportamiento de ella era inadecuado.

—No creo que vaya a escaparme de un trato matrimonial como el tuyo —replicó Malcolm—. Si hubiese habido una hija, puedes estar segura de que me habrían sacrificado como el cordero que tú eres —él se inclinó hacia ella—. Además, tampoco creo que vaya evitar que me vendan al siguiente mejor postor.

Alguien, unos de sus amigos, lo llamó. Malcolm vació la copa y se puso serio antes de marcharse.

—De verdad, ¿puedo hacer algo para tranquilizarte por el

matrimonio y el trato que se ha hecho?

—Descubre cómo son esos hombres.

Eso era lo importante de verdad. Ella solo veía lo que ellos le mostraban, como ellos no sabían nada o casi nada de ella. Sin embargo, cualquiera de los dos, como marido suyo, controlaría completamente su cuerpo, su patrimonio y su futuro. Ellos no tenían nada que temer por casarse, pero ella tenía muchas preocupaciones. Preocupaciones que no podía decir ni comentar, pero que le quitaban el sueño.

—¿Que descubra qué? —preguntó él haciendo un gesto con la cabeza a sus amigos.

—Qué clase de hombres son. Cómo tratan a otras mujeres. El concepto que tienen de ellos en el clan. Ese tipo de cosas.

—El tamaño de su p...

Ella le tapó la boca con la mano antes de que pudiera terminar la palabra y se sonrojó. Solo el irreverente de su hermano le diría algo así, pero disfrutaba escandalizándola.

—¡Malcolm!

Él le apartó la mano y le besó el dorso. Se levantó, inclinó la cabeza a su padre y al jefe de los Mackintosh y se alejó después de guiñarle un ojo. Sus amigos lo rodearon enseguida y ella sonrió. Él descubriría lo que ella necesitaba saber, la ayudaría a prepararse para esa vida nueva que la esperaba.

Dejó de mirar a su hermano y Brodie captó su atención. Siempre parecía intranquilo, siempre miraba alrededor por el rabillo del ojo y vigilaba a todo el mundo. Ella creía haber visto que hacía algunos gestos disimulados a otros hombres repartidos por la reunión. ¡Efectivamente! Acababa de intercambiarse un mensaje con un hombre alto que estaba al fondo del salón. Dio un sorbo y lo miró por encima del borde de la copa. Él volvió a hacerse señales con todos los hombres, uno a uno, hasta que su mirada se clavó en ella. Estuvo tentada de apartar la mirada, pero lo saludó con la cabeza y lo observó mientras se acercaba.

Era más alto que su primo y tenía al pelo largo y castaño, solo recogido en los lados de la cabeza. Aunque no lo veía sonreír casi nunca, tenía unas arrugas alrededor de los ojos marrones y de la boca que indicaban lo contrario. Como sus piernas eran largas, salvó la distancia con unas zancadas y se quedó delante de ella con los brazos cruzados y mirándola con tanto detenimiento como ella a él.

Sus encuentros desde el día que fueron a la montaña, cuando él

le dijo que prefería más ganado a ella, habían sido una mezcla interesante de cortesía y desafío. La noche anterior, durante la cena, le hizo una pregunta sobre cosechas y lo que él farfulló después le indicó cuánto le sorprendía que ella pudiera hablar de esas cosas. Esa mañana, en el patio, él le pidió permiso para montar su caballo. Le dijo que el animal necesitaba una buena cabalgada después de llevar tanto tiempo en el establo, pero ella captó que le gustaban los caballos tanto como a ella.

En ese momento, lo tenía delante y esperando a que ella le permitiera sentarse a su lado. Dejó la copa en la mesa y asintió con la cabeza. Brodie se sentó en la silla que había dejado vacía su hermano.

—Muchas gracias por permitirme montar vuestro caballo, lady Arabella.

Ella se quedó sin aliento cuando él sonrió y su hermoso rostro viril se iluminó. ¿Cómo había podido parecerle intimidante y amenazante?

—¿Qué os ha parecido? —preguntó ella mientras esperaba a que les rellenaran las copas—. ¿Hasta dónde habéis ido?

—Algunos kilómetros más allá del claro. Más allá de las colinas. Le di rienda suelta —Brodie se rio y ella se dio cuenta de que muchas personas lo miraron—. Me tentó para que siguiéramos, pero no quise cansarlo cuando falta tan poco para vuestro viaje.

—Yo no he conseguido cansarlo —reconoció ella—. La mayoría de las veces tengo que rendirme —ella también se rio—. Ni mi hermano Malcolm puede, por eso sé que no monto tan mal a caballo.

Los dos se quedaron mirando a los pequeños grupos que estaban formándose delante de ellos para dejar sitio y que el baile pudiera empezar.

—¿Tenéis algunas yeguas aquí con las que pueda cruzarse? —preguntó ella.

Brodie se atragantó y tosió para aclararse la garganta.

—Milady —susurró él—, es un tema indecoroso...

Ella lo miró sacudiendo la cabeza y dejando la copa.

—Es mío y seguirá siendo mío. Aunque mi marido tome el control de todo lo que aporte al matrimonio, ese caballo es mío. Como os interesaba, he creído que podía ofrecéroslo como semental y que tuvierais su descendencia.

Ella sabía que su tía y su padre se quedarían espantados, casi tanto como Brodie, si le oían decir esas cosas, o solo porque las

supiera. Ella esperó su respuesta. Él se rio, levantó la copa y asintió con la cabeza.

—Entonces, acepto vuestra gentil oferta, milady. Además, sé que yegua le elegiré.

Al ver que su expresión cambiaba de la curiosidad al agradecimiento, ella se preguntó si casarse con un hombre como él no sería tan espantoso como se había imaginado. Asombrada de que pudiera plantearse algo así sin sentir el miedo que había sentido tanto tiempo, lo escuchó mientras hablaba de asuntos de los que Caelan no hablaba nunca, de tierras, de agricultura, de animales y de muchas otras cosas. Entonces, mucho más tranquila con él, quiso preguntarle sobre las señales que hacía con las manos, pero la llegada e interrupción de Caelan se lo impidió.

—Esta música es maravillosa, Arabella. Ya sé que a mi primo no le gusta bailar y a ti sí. ¿Puedo...?

Le tendió la mano y esperó a que ella la tomara. No la tomó. Por primera vez desde que llegó, la curiosidad fue superior a la necesidad de ser gentil. Sonrió, como siempre, y negó con la cabeza.

—Tengo el estómago un poco revuelto y prefiero esperar antes de bailar —replicó ella—. Debe de ser el viaje y la emoción —los dos primos fruncieron el ceño y ella siguió—. Caelan, estoy segura de que se me pasará enseguida y aceptaré tu amable invitación.

—¿Queréis que llame a vuestra prima o a vuestra tía? —se ofreció Brodie.

—No. Solo necesito estar sentada un rato.

Ella se había imaginado que esa oferta de ayuda se la habría ofrecido Caelan y Brodie la sorprendió. Miró a Caelan y vio que se alejaba de ella y que su expresión, normalmente agradable, se había tornado algo sombría.

—Muy bien —dijo él por fin—. Esperaré allí.

Él señaló un asiento en el extremo opuesto de la mesa y se dirigió hacia allí apresuradamente. Ese comportamiento fue otra sorpresa y no supo qué decir.

—A mi primo le dan miedo las enfermedades. Evita estar cerca de las personas enfermas. Le pasa desde que era pequeño —le explicó Brodie en cierto tono burlón y mirándola con esa intensidad en los ojos que había captado antes—. De verdad, ¿necesitáis ayuda? ¿Llamo a alguna de vuestras doncellas o a nuestro sanador?

Ella no pudo evitar cierta malicia aunque estaba siendo atento y no irritante o insultante. Lo miró con las pestañas entornadas y empleó

su voz más femenina, la que conseguía que cualquier hombre hiciese lo que le pedía.

—Sí podéis hacer algo —susurró ella poniendo una mano entre ellos, donde no podía verla nadie, y haciendo uno de los gestos que le había visto a él—. ¿Podéis decirme qué significa esto?

Él miró la mano antes de mirarla fijamente. Luego, volvió a mirarle la mano como si no pudiese creerse lo que estaba viendo.

—Tengo mis sospechas, pero prefiero preguntároslo ya que os vi hacerlo antes.

Él entrecerró los ojos y algo parecido al respeto se reflejó en ellos.

—¿Os creéis inteligente, lady Arabella?

Él bajó la mano y le deshizo el gesto. Su mano era cálida, fuerte y casi el doble de grande que la de ella, pero no empleó esa fuerza y ese tamaño al hacerlo. Ella se estremeció al pensarlo.

—Estáis enferma.

Él le soltó la mano y se dio la vuelta para llamar a alguien, pero ella le agarró la mano para que no lo hiciera.

—No estoy enferma. Solo quería preguntaros por esos gestos y qué indicabais a los demás.

—¿A los demás? —preguntó él—. ¿A quiénes?

No iba a decírselo. Ella había visto algo que él no quería que hubiese visto. Su reacción lo delataba, eran mensajes o palabras sobre ella. ¿Serían más insultos sobre ella entre él y sus amigos? La idea la abrasó por dentro. Solo conocía una forma de salir de esa situación y levantó la cabeza sonriéndole.

—Perdonadme si he cruzado los límites de la hospitalidad. Creo que ya se me ha calmado el estómago. Iré a buscar a vuestro... —ella fue a levantarse, pero él la agarró de la mano—. Señor...

—Me llamo Brodie —susurró él con acritud—. Y no hagáis eso.

Ella no insistió en levantarse y se quedó sentada con la mano atrapada por la de él.

—¿Que no haga qué, señor? —preguntó ella susurrando como él.

Arabella no había dejado de sonreír y si alguien los mirara, no vería nada raro.

—Sonreír así.

—No lo entiendo. Solo estoy sonriendo —replicó ella entre dientes.

—Sonreír como una necia.

Él seguía sujetándole la mano con fuerza y ella captó su rabia. Relajó el rostro y asintió con la cabeza como si lo hubiese comprendido.

—Mejor. Solo puedo decir que, efectivamente, visteis... lo que visteis. Estoy al mando de la guardia. Mi tío quiso que vigilaran discretamente. Usamos esas señales en vez de...

Él le soltó un poco la mano, pero ella no la retiró ni siquiera cuando notó que su pulgar empezaba a acariciarle la palma y la muñeca. Ni cuando notó que la calidez le corría por las venas. Ni cuando empezó a balbucear y no pudo recordar la siguiente pregunta que quería hacerle.

—Dudo que nadie, salvo quizá vuestro padre, las haya visto, pero vos sí las habéis visto —sus ojos dejaron de ser marrones y pasaron a ser negros—. Os pido que no le digáis a nadie lo que habéis visto.

Si ella contaba sus métodos al resto de su clan, resultarían inútiles. Estaba pidiéndole colaboración. Eso le daba cierto poder de negociación y estuvo a punto de reírse.

—No lo diré —él se distendió y le soltó la mano—. Si...

—¿Si?

Él entrecerró los ojos y aleteó las ventanas de la nariz. Eso le indicó que tenía que actuar con cautela, como cuando su caballo hacía lo mismo. Debía de ser una costumbre masculina.

—Si me decís qué significa esto.

Ella hizo un gesto entre los dos, pero él no lo miró ni respondió durante unos segundos. Ella se preguntó si respondería al envite o se limitaría a no hacerle caso.

—Que todo está bien.

—¿Que no hay peligro esta noche? ¿Que los Cameron no son una amenaza?

—Yo no lo llamaría peligro —replicó él con delicadeza.

Su aliento le acarició la oreja y ella se estremeció otra vez.

—¿Y si hubiese algún problema? —preguntó ella sin poder contenerse ya.

Él resopló, se encogió de hombros e hizo un gesto con la mano.

—Se acercan problemas —él hizo otro gesto—. Problemas, a cubierto.

—No se lo contaré a nadie —ella se levantó y Brodie hizo lo mismo—. Ahora, tengo que irme. Mi tía se ha fijado en nuestra conversación y no quiero que me interrogue.



Ella rodeó la mesa y se acercó a Caelan. No tuvo que hacer gran cosa para que él sonriera y la invitara a bailar. Mientras se dirigían al centro del salón, ella no pudo evitarlo y miró alrededor para comprobar si esos hombres seguían de guardia. Luego, miró a su jefe para ver si hacía una señal a alguno de ellos. Brodie la miró fijamente sin mirar a ninguno de sus hombres. Le preocupaba que estuviese enfadado y se alegró cuando él esbozó una levísima sonrisa. Ella también le sonrió por encima del brazo de Caelan y le pareció que algo se había calmado entre ellos.

La velada pasó deprisa y cuando su tía le dijo que parecía a gusto con los dos primos, supo la verdad de golpe. Brodie Mackintosh era mucho más interesante de lo que había pensado y la idea de casarse con él ya no le parecía aterradora. Repasó lo que había pasado durante esos días y ya no le pareció tan difícil imaginarse casada con él. Por primera vez desde que llegó allí, estaba deseosa de verlo otra vez.

Brodie se quedó sentado, atónito y en silencio, durante unos minutos después de que Arabella dejara el asiento que tenía al lado. Pensó que empezaba a vislumbrar lo que había detrás de su fachada, de esa maldita sonrisa y de la atroz expresión de gentileza gélida. Se había dicho miles de veces que solo estaba buscando posibles peligros para su clan, pero, a juzgar por cómo reaccionaba su cuerpo a los furtivos susurros de Arabella, el peligro era ella. También se había dicho miles de veces que no iba a caer en el engatusamiento necio de Caelan ni iba a intimar demasiado con ella ni, sobre todo, iba a desearla para sí mismo, pero no lo había conseguido. Además, a juzgar por la presión que notaba en la entrepierna, no lo había conseguido ni muchísimo menos.

Cuando ella bajó la mano entre los dos e hizo la señal que él empleaba con sus hombres, consiguió dos cosas. Primero, se quedó asombrado por haber infravalorado de esa manera la inteligencia de la muchacha y su capacidad de observación. Segundo, el deseo lo sacudió como un rayo, le borró la indiferencia que se había impuesto y solo le quedó una necesidad imperante de conocerla mejor. De conocerla sin más, porque sospechaba que no conocía nada de la verdadera Arabella Cameron.

En ese momento, el peligro estaba en él mismo. Ella lo desequilibraba y hacía peligrar el juramento que había hecho de respaldar al jefe que eligieran los ancianos. En ese momento, cuando la sangre le hervía por esa inesperada necesidad de ella, se alegraba de que fuese a marcharse al cabo de dos días y de que los ancianos fuesen a tomar la decisión con calma y sensatez. Si elegían a Caelan y ella volvía entre los Mackintosh como su novia, él encontraría la manera de aceptarlo. En ese momento, cuando intentaba, sin conseguirlo, no mirarla mientras bailaba con su primo, se dio cuenta de que iba a ser difícil.

Salió del salón y buscó un sitio donde no estuviera ella. Los dos días siguientes iban a ser dos de los días más largos de su vida.

## Cuatro

Los hombres bebían sentados alrededor de las llamas que se elevaban hacia la oscuridad de la noche. En contra de su opinión, pero como había ordenado su tío, Brodie no había puesto centinelas para vigilar esa reunión ni el sendero que llevaba a ese claro. Caelan y dos amigos suyos estaban enfrente de Rob y él.

El hermano mellizo de Arabella y otros dos Cameron formaban el tercer lado del triángulo. Pese al ambiente distendido, el recelo estaba presente en el grupo.

—Entonces, ¿eres menor que tu hermana? —le preguntó él a Malcolm Cameron.

Quería saber más acerca de ella por mucho que intentara contener esa necesidad.

—Sí —contestó Malcolm—. Ella es mayor, aunque solo sea por unos minutos.

Esos minutos no tenían importancia cuando había un varón para que heredara los títulos y casi todo el patrimonio.

—Hoy has combatido bien —comentó Brodie—. ¿Quién te ha enseñado a manejar la espada?

—Mi tío Niall adiestra a los guerreros jóvenes. Sé que te contuviste en el patio. Te controlaste muy bien. ¿Quién te enseñó a ti?

Brodie se levantó y fue sentarse al lado del joven Cameron. Los demás hablaban entre ellos y no quería que oyeran todas sus preguntas.

—Mi tío Grigor —contestó sentándose en un tronco—. He oído contar que Niall y Grigor se encontraron en una batalla. ¿Hará unos quince años?

Malcolm se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—¿Dónde sucedió?

Brodie tomó el odre de vino y rellenó las copas. Sus familias habían guerreado durante generaciones y seguirían haciéndolo si ese tratado no resultaba bien.

—Al otro lado del lago —contestó él—. Se dice que la pelea duró un día y una noche.

—¿Y los dos sobrevivieron? —preguntó Malcolm con un brillo de recelo en los ojos.

—¡Por Cameron! —exclamó Malcolm.

Los demás también profirieron gritos y bebieron abundantemente. Caelan tomó otro odre y empezó a pasarlo. Aquello

empezó a parecerse a un desafío para ver quién bebía más. ¿Sería lo que pretendía su tío? Cuando las cosas se calmaron, él volvió a dirigirse al hermano de Arabella.

—¿Quién la enseñó a montar ese animal?

Brodie captó el dolor que oscureció sus ojos y algo le atenazó las entrañas por un motivo que no supo explicarse.

—No debería haberlo montado. El caballo estuvo a punto de morir cuando nació, pero ella lo cuidó y lo sanó. Entonces, cuando creció hasta su tamaño actual, mi... nuestro padre le prohibió que lo montara —Malcolm dio un buen sorbo como si se preparara para decir algo tremendo—. Intentó adiestrarlo y decidió acabar con él cuando no lo consiguió. Ese caballo tiraba a todo el que lo intentaba y mi padre ordenó matarlo.

—¿Qué se lo impidió? —preguntó él casi con miedo de oír la respuesta porque sabía que ella tenía algo que ver.

—Arabella. Se puso delante del caballo y se negó a permitirlo. Mi padre bramó y los amenazó a ella y al caballo, pero ella no cedió.

—¿Qué hizo él?

El jefe Cameron no era famoso por su debilidad ni porque fuese a permitir que una hija desafiante se interpusiera en su camino, ni ella ni nadie.

—Le dijo que la única manera de salvar al caballo era que ella lo montara. Si no, acabaría con los dos.

Aunque sabía el resultado, Brodie contuvo el aliento. Sabía que Euan era un hombre hosco, pero eso le sorprendió, y, a juzgar por el temblor de la voz de Malcolm, él debió de presenciario.

—Ella le susurró algo al caballo, lo montó y lo reclamó como suyo.

—Lo conozco lo suficiente como para saber que tu padre no permitió que su desobediencia quedara impune.

Brodie no supo por qué dijo eso. Solo necesitaba saberlo.

—Efectivamente. Ella no pudo moverse ni sentarse durante más de una semana.

Brodie tomó el odre, se relleno la copa y la vació. El vino no lo calmó, pero le calentó el cuerpo por dentro. Caray, esa muchacha que parecía tan obediente, tan gentil y sonriente, estaba forjada como el acero. No le preguntó nada más sobre ella porque el vino le afectaba más que de costumbre. Las demás preguntas se disolvieron ante su efecto. La conversación se hizo más ruidosa. Intentó levantarse, pero las piernas no le obedecieron. Miró alrededor y vio que Rob estaba

dormido, como el Cameron que tenía al lado y Malcolm. Sacudió la cabeza para intentar aclararse las ideas, para luchar contra el mareo y las ganas de cerrar los ojos. Llamó a Caelan, pero la visión se le nubló y notó que caía... que caía... que caía...

Le dolía la cabeza, tenía la boca reseca y no podía abrir los ojos. Se llevó una mano a la cara como si quisiera quitarse lo que le impedía abrirlos, pero tenía la mano mojada y no sirvió de nada. Se pasó la manga por la cara y, por fin, pudo ver... Había sangre por todos lados. Tenía la manga y la camisa empapadas.

Se arrodilló antes de levantarse y miró con espanto el cuerpo tumbado. Malcolm Cameron estaba muerto con su daga, la de Brodie, clavada en el pecho.

—¡Brodie! —la voz de Caelan se abrió paso en la espesura que tenía en la cabeza—. ¿Por qué lo has matado? —su primo lo agarró de los hombros y lo zarandeó con fuerza—. ¿Qué estabas pensando?

Se oyeron más voces y gritos en el claro mientras él intentaba entender la escena que tenía delante, pero no lo consiguió. No recordaba nada de lo que pasó después de hablar con Malcolm de Arabella y del vacío oscuro.

Miró alrededor mientras los demás se levantaban. Rob se encogió de hombros. Él no recordaba haberse emborrachado así y había pasado muchas noches bebiendo.

Un grupo numeroso de hombres entró en el claro y los rodeó con las espadas desenvainadas. Él avanzó tambaleándose y su tío y el jefe Cameron desmontaron.

—¿Por qué? —le preguntó Euan Cameron agarrándolo del cuello—. ¿Por qué lo has matado?

Brodie buscó las palabras, la verdad de lo que había sucedido, pero no las encontró. Su tío lo liberó y empujó al otro hombre.

—No sabemos qué ha pasado, Euan. Contento hasta que lo sepamos.

El jefe Cameron cayó de rodillas junto al cuerpo de su hijo. Brodie se frotó las manos en las calzas para intentar limpiarse la sangre y miró a los demás. Los únicos que parecían repuestos eran Caelan y sus amigos.

—¿Qué pasó? —preguntó con la voz ronca—. ¿Cómo ha pasado esto?

Brodie señaló a Malcolm y Caelan y uno de sus amigos se

acercaron.

—¿De verdad no lo recuerdas? —le preguntó Caelan.

Él se pasó la mano por la frente. El dolor y el malestar del estómago le impedían pensar.

—No, Caelan, no lo recuerdo. ¿Me atacó Malcolm?

Había matado a bastantes hombres en batallas o escaramuzas, pero no mataba sin pensarlo y esa vez no tenía motivo.

—No te atacó —susurró Caelan para que solo lo oyera él—. Le preguntaste por Arabella y empezasteis a discutir. Desenvainasteis las dagas y tú... golpeaste primero.

—Prendedlo —ordenó el jefe Cameron a sus hombres—. Debe morir por haber matado a mi hijo y heredero.

Los Cameron intentaron rodearlo.

—¡No! —gritó Lachlan acercándose a él y con los guerreros Mackintosh formando una línea—. Euan, estás en mis tierras y aquí no tienes autoridad.

—Esta es la hospitalidad de los Mackintosh —gruñó Euan con los dientes apretados—. Estábamos en tregua, vinimos de buena fe, y, aun así, tu sobrino ha matado a mi hijo.

Su tío cruzó los brazos sobre el inmenso pecho y sacudió la cabeza.

—Aclararemos esto en el castillo, Euan. Lleva a tu hijo y nos reuniremos allí —Lachlan lo señaló con la cabeza—. Traed a Brodie.

Dos guerreros de su tío lo agarraron y lo arrastraron por el camino que llevaba al castillo. Él miró hacia atrás y vio a Cameron que envolvía el cuerpo de su hijo con una tela escocesa.

—Caelan, Rob, quiero hablar con vosotros.

Su tío querría saber la verdad antes de que se dijera en el salón ante los amigos y familiares. Antes de que lo tacharan de asesino. Lo peor era que él no podía defenderse porque su daga estaba clavada en el pecho de Malcolm y su sangre lo cubría entero.

Arabella oyó el alboroto en el salón. El sol estaba bajo todavía y ni siquiera era hora de desayunar, pero su tía entró en su estancia con el espanto reflejado en los ojos.

—Vístete inmediatamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella mientras se ponía la camisola y un rugido estruendoso llegaba desde abajo—. ¿Es mi padre?

Se puso la túnica y el vestido con la ayuda de Ailean y se hizo una trenza apresuradamente. Luego, se puso las medias y los zapatos antes de volverse hacia su tía.

—¿Qué está pasando? —preguntó otra vez.

—Muchacha —su tía la agarró de las manos con delicadeza—. No se trata de tu padre. Tu hermano está muerto.

La habitación empezó a dar vueltas con unos diminutos destellos y se habría caído si su tía no le hubiese pasado un brazo por los hombros.

—¿Malcolm está muerto? ¿Cómo? ¿Cuándo?

No podía ser verdad. Era su hermano mellizo, carne de su carne, su primer protector y amigo. Habían estado hablando la noche anterior antes de que él se marchara con los otros jóvenes porque se lo había ordenado ella. Se estremeció y las lágrimas le cayeron por las mejillas.

—No sé nada más. Lo sabremos abajo —contestó su tía en voz baja—. ¿Estás preparada? Tienes que ser fuerte. Era la única hija, el único hijo de Euan Cameron, y tienes que ser fuerte.

Ella solo pudo asentir con la cabeza porque no podía hablar.

—Respira hondo y bajaremos.

Ella lo hizo y enseguida se encontró entrando en el salón. Estaba tan embebida en los recuerdos de Malcolm que no supo cómo había llegado allí. Miró alrededor y vio la división inmediatamente. Su familia estaba en un lado y los Mackintosh en otro. En medio, sobre una mesa, yacía su hermano. Se soltó de su tía y corrió hacia él. Solo podía verse su cara por encima de la tela escocesa. Le acarició una mejilla y susurró su nombre. No podía estar muerto. No era tan mayor como para morir. Siguió acariciándolo y llamándolo para que abriera los ojos y esa farsa terminara. Entonces, perdió el poco dominio de sí misma que le quedaba.

—Arabella... —susurró su padre con una delicadeza que nunca había tenido con ella—. Hija, vamos...

La agarró de los hombros, la separó de su hermano y la llevó a un asiento que había en la tarima. Ella no quería separarse, pero su padre la sentó y se puso delante de ella.

—Padre, ¿cómo murió? —le preguntó ella en tono suplicante.

—Un asesinato.

El caos acompañó a su afirmación. Gritos, alaridos, unos hombres que contenían a otros, insultos que volaban de un lado a otro del salón...

—¿Quién iba a matar a Malcolm? —preguntó ella en voz alta

aunque nadie la escuchaba.

Entonces, el gentío se dividió y vio a Brodie Mackintosh cerca de la tarima y cubierto de sangre. No podía ser él. Sabía cuál era su deber y era conocido por su integridad. Ella estaba empezando a... Sacudió la cabeza, pero cuando la miró a los ojos con arrepentimiento, ella empezó a gritar. Alguien muy fuerte la agarró y la mantuvo en el asiento hasta que dejó de gritar.

—Euan, ven para que hablemos los dos solos —le pidió el *laird* Mackintosh.

Ella vio que su padre no se negaba. Los dos *lairds* fueron a una pequeña estancia que había en el pasillo y la puerta se cerró detrás de ellos. Se hizo un silencio cargado de tensión y solo se oyeron las voces airadas de los dos hombres. La tensión crecía con cada impropio.

Ella no pudo evitar mirar al hombre acusado de haber matado a su querido hermano. Sintió náuseas al asimilar que había muerto y empezó a vomitar. Las manos le soltaron los hombros y cayó de rodillas. Su hermano estaba muerto, ella lo había enviado a la muerte. Miró su cuerpo y al hombre que lo había abatido. El rostro de Brodie podría haber estado esculpido en piedra porque no reflejaba ninguna emoción. El arrepentimiento que creía haber visto había desaparecido. Solo pudo ver el movimiento de su mandíbula mientras apretaba los dientes.

Se le endureció el corazón. Encontraría la manera de vengar la muerte de su hermano. Su padre y el *laird* Mackintosh volvieron por fin. Se haría justicia por la muerte de su hermano.

—Brodie, ¿mataste al hijo de Cameron? —preguntó el *laird* Mackintosh a su sobrino.

Una parte de ella quería que lo negara. La parte de ella que empezaba a apreciar a ese hombre quería que dijera que era mentira.

—Yo... —él se encogió de hombros y sacudió la cabeza—. Yo no lo sé. No lo recuerdo.

Todos rugieron y gritaron. ¿Cómo podía no recordar haberle quitado la vida a su hermano?

—¿Había testigos? —preguntó el padre de ella.

Los Mackintosh se separaron y Caelan y otro hombre avanzaron.

—¿Qué decís? —siguió Euan.

—Nosotros estábamos al otro lado de la fogata, milord —contestó Caelan.

Ella captó la reticencia en la voz de Caelan, no quería ser quien



acusara a su primo.

—¿Qué visteis? —insistió el padre de ella acercándose a los dos hombres—. ¡Quiero la verdad! —bramó.

El jefe del clan de los Mackintosh también se acercó e hizo un gesto con la cabeza a los dos. Para ella, estaba claro que Caelan intentaba proteger a Brodie. Apretó los puños mientras esperaba oír cómo habían sido los últimos momentos de su hermano. Todo el salón se quedó en silencio.

—Estábamos bebiendo —explicó Caelan—. Todos, pero Brodie bebió aún más de lo que suele beber.

—Parecía como si los dos estuviesen hablando, pero empezaron a discutir de repente —intervino el otro hombre—. Sobre ella, sobre lady Arabella.

Ella se quedó boquiabierta cuando todo el mundo la miró antes de mirar a Brodie. ¿Habían discutido por ella? Lo miró a los ojos y no pudo aguantar la mirada. ¿Qué se habían dicho?

—¿Por qué no intervino nadie? —preguntó el *laird* Mackintosh—. Todos sabéis lo importante que es esta tregua, que no se toleraría violarla y que podría llevar a más derramamiento de sangre.

El otro hombre miró a Caelan y a su *laird* antes de hablar.

—Pasó muy deprisa. Todos estábamos...

—¿Bebidos? —preguntó el padre de ella—. ¿Tan borrachos que no podíais pensar ¿Tan borracho que no te impidió matar a mi hijo por defender el honor de mi hija?

Su padre fue a abalanzarse sobre Brodie y solo consiguieron sujetarlo en el último momento.

—Sí, demasiado bebidos para intervenir, milord —contestó Caelan—. Las dagas se desenvainaron tan deprisa que no las vimos hasta que Malcolm cayó.

—Murió antes de que pudiéramos llegar —susurró el otro hombre.

Pareció como si ese hombre tuviese más cosas que decir, pero el padre de ella lo interrumpió.

—Quiero que lo ejecuten.

Se hizo un silencio sepulcral.

—Euan, accediste a zanjar esto —dijo el *laird* Mackintosh sin alterarse.

El padre de ella resopló y volvió al lado del *laird* Mackintosh.

—Sí, Lachlan, accedí. Adelante.

¿Podía saberse que trato tan nefasto era ese? ¿Qué pasaba con

las negociaciones que ya se habían concluido?

—Hay unos testigos que confirman tu culpa y tú no puedes rebatir lo que dicen. Te declaro culpable de asesinato.

Se oyó un susurro en todo el salón. Ella no supo si los Mackintosh lo consideraban culpable o estaban asombrados de que su tío lo declarara culpable.

—Te condeno al destierro de este clan y de los de nuestros aliados. De hoy en adelante, no eres ni amigo ni familiar de los Mackintosh ni de ningún clan de la confederación Chattan.

Se oyeron algunos gritos, hasta Caelan protestó por el castigo. La sentencia la asombró incluso a ella, pero escuchó el resto.

—No eres nadie. No tienes nombre. Cualquiera que te mate quedará impune. Todos los lazos de sangre o matrimonio quedan rotos a partir de este momento.

La voz del Mackintosh tembló y ella sintió que las lágrimas se le amontonaban en la garganta y los ojos. ¿Eran por Brodie o por Malcolm o por todos? No lo sabía.

Esperó que él discutiera, que implorara compasión o que apelara de alguna manera, pero él no hizo nada. Su rostro había perdido el color y, aparte de una leve sacudida de la cabeza, permaneció en silencio.

Los Cameron no permanecieron en silencio. Los guerreros empezaron a dar gritos de alegría. Podrían vengar la muerte de su familiar sin consecuencia alguna. Ella pudo ver el anhelo en sus ojos. No tardarían en encontrarlo y colgarlo como al perro rabioso que creían que era. Se estremeció.

—Tienes dos horas —siguió el jefe—. Te marcharás con lo que tienes a las espaldas y nada más.

—Tío... —dijo Brodie por fin.

Su tío lo abofeteó con el dorso de la mano y lo dejó tambaleándose.

—No eres de mi familia, no vuelvas a llamarme eso. Márchate y no regreses jamás.

Ella quiso gritar. Quiso... algo. Nada de eso parecía real. Alguien la despertaría de esa pesadilla y le diría que era producto de los sueños. Sin embargo, miró a su hermano muerto y tuvo que aceptarlo.

Soltaron a Brodie y él cruzó el salón para salir al patio. Aunque pareció que alguien iba a decirle algo, nadie se lo dijo. Pasaron unos minutos hasta que su padre y el *laird* Mackintosh volvieron a hablar.

—Declaro a Caelan Mackintosh como mi sucesor y heredero de

la silla de jefe del clan de los Mackintosh.

—Y yo declaro que hemos llegado a un acuerdo matrimonial. Arabella, mi hija, se casará con Caelan —añadió su padre.

Su padre le hizo un gesto para que se levantara y se acercara a él. ¿Matrimonio? ¿Pensaban en el matrimonio cuando su hermano seguía de cuerpo presente? Su tía la ayudó a levantarse y la acompañó. Su padre tomó su mano, el *laird* Mackintosh tomó la de Caelan y las juntaron. Ella no podía respirar ni pensar. Eso era indecente y ella no podía hacer nada para impedirlo.

—Se fijará la fecha del matrimonio y nuestros clanes quedarán unidos. El conflicto habrá terminado —declaró su padre en voz alta.

Luego, soltó las manos y se alejó dando órdenes para que prepararan el viaje de regreso. Ella, perdida y sola en el dolor, no supo qué hacer.

—Venid, lady Arabella —Caelan le rodeó los hombros con un brazo para llevársela—. Los sirvientes se ocuparán de lo que haya que hacer. Yo os acompañaré a vuestros aposentos.

—Gracias, Caelan —susurró ella.

Agradeció su fuerza en ese momento. Necesitaba algo, alguien, a quien agarrarse y él estaba allí, a su lado, donde siempre había estado Malcolm.

—No quería lograr vuestra mano así, milady, pero encontraremos la forma de salir de esto... juntos.

Ella, abrumada por el dolor y la consternación, permitió que la acompañara a sus aposentos. En solo unas horas, todo su mundo, toda su familia y todos sus sueños se habían hecho añicos. Habría un entierro cuando volvieran a sus tierras y después habría que organizar una boda. En ese momento, solo podía contar con que iba a casarse con Caelan Mackintosh. Al menos, había descubierto cómo era su primo antes de encontrarse casada con semejante despreciable.

## Cinco

*Cuatro meses más tarde...*

Arabella fue de un lado a otro por la amplia estancia hasta que se quedó en la ventana de la pared norte. Su padre había dormido allí durante la última visita, pero, en ese momento, dormía en una más pequeña del piso de abajo. Ailean y la tía Gillie ocupaban la estancia contigua a esa.

La tormenta azotaba el castillo con un viento y una lluvia incesantes. Había empezado en cuanto entraron en el patio hacía tres días. Era como si el clima entendiera su tristeza y quisiera estar a la altura. Suspiró y miró hacia el patio entre la lluvia.

Allí, en el patio, vio a Malcolm por última vez, cuando luchaba con algunos amigos contra los guerreros Mackintosh en un ejercicio de adiestramiento. Todo encajaba en el espíritu del inminente tratado y serían aliados en vez de enemigos. Se secó las lágrimas, se dio la vuelta y miró alrededor. Habían pasado cuatro meses, pero sentía el mismo dolor y la misma opresión en el pecho.

Malcolm estaba muerto y su asesino exiliado, pero todavía no lo habían capturado. El jefe del clan de los Mackintosh también había muerto y ella se casaría al día siguiente con Caelan Mackintosh, el nuevo *laird*, y rubricarían al tratado. Además, cualquier sensación de emoción había muerto con su hermano.

—Arabella...

No había oído que Ailean abría la puerta.

—Sí, estoy preparada.

Tomó el aro de oro que Caelan le había entregado al llegar y se lo colocó en la cabeza. Tomó aliento e intentó expulsar la tristeza con el aire. Iba a asistir a un festejo para celebrar su boda y no era el momento de llorar y estar abatida.

Caelan la esperaba con una sonrisa al pie de la escalera y Ailean se apartó para que se colocara al lado de Arabella. Él le tomó la mano, se la llevó a los labios y volvió a sonreír.

—Todo irá bien, Arabella —susurró él—. Ya sé que, en este momento, sientes intensamente la pérdida, pero espero que pasará.

Entonces, ella se sintió una necia por haberse olvidado de la pérdida de él.

—Milord, os pido perdón —susurró ella—. También habéis

sufrido una pérdida y no os he ofrecido mis condolencias.

Él asintió con la cabeza y una mirada triste. Entraron en el salón y se acercaron a la mesa de la tarima. El padre de ella estaba esperándolos de pie y les hizo un gesto con la cabeza. Caelan la presentó a los jefes de las otras ramas de la confederación Chattan. Unos eran jóvenes y otros ancianos, pero ninguno parecía contento. Cuando llegaron a sus sitios, él esperó a que ella se sentara y levantó su copa.

—Por Arabella Cameron, que pronto será mi esposa y... —los vítores lo interrumpieron y él sonrió antes de ponerse serio—. Y por la alianza que supone este matrimonio para nuestros clanes.

El salón irrumpió en vítores y aplausos otra vez, aunque algunos se quedaron serios. A algunos ancianos del clan Mackintosh parecía no gustarles ni ella ni la alianza. Cuando él dijo eso, ella se dio cuenta de que, en ese momento, no estaba intentando ser gentil como lo intentó en la primera visita y era crucial para las dos familias que el matrimonio se celebrara y la alianza se consolidara. Había habido más enfrentamientos y escaramuzas desde la muerte de su hermano y seguiría habiéndolas si no... si no cumplía con su deber con buena fe y ánimo.

Cuando todos se calmaron, Caelan se sentó a su lado y ella se levantó con la copa en la mano y mirándolo.

—Por milord, Caelan, el *laird* de los Mackintosh que pronto será mi marido —ella dio un sorbo entre los vítores y volvió a levantar la copa—. ¡Por nuestra alianza!

Caelan también se levantó, le tomó la mano con la suya y la levantó. Luego, volvió a bajarlas y él se inclinó con una intención clara. La besó en la boca y aunque la sorprendió el beso fue como se había esperado; agradable, delicado, de amigo. Lo miró a los ojos antes de cerrarlos. Era el primer beso que se daban y no había nada de eso que susurraban otras mujeres casadas. Aunque, por una parte, le parecía muy bien y lo agradecía. Había estado vacía desde la muerte de Malcolm. Había llorado durante días y cuando lo enterraron, sintió como si una parte de ella hubiese muerto. Luego, nada, el vacío.

Caelan esperó a que se sentara e hizo un gesto con la cabeza a los sirvientes para que empezaran a servir la comida. Desde la inesperada muerte de su tío, hacía dos meses, había heredado la silla del *laird*, sus títulos y sus tierras. A propósito... No pudo evitar mirar al extremo opuesto de la mesa, donde Bro... donde él habría estado sentado. Los sentimientos que había sofocado durante meses,

empezaron a bullir dentro de ella. La tristeza, el dolor, la pérdida y el odio le atravesaron el corazón y le dieron ganas de gritar... o de correr... o de las dos cosas. Entonces, Caelan le tomó una mano.

—No pasa nada, Arabella —le susurró él—. Sé lo difícil que es sentarse a esta mesa en este salón. Tengo que hacer un esfuerzo todos los días para sentarme en la silla de mi tío y no esperar que entre en el salón. Esto pasará para los dos.

Ella contuvo las lágrimas y asintió con la cabeza. Él le apretó la mano antes de soltársela y de girarse para hablar con el padre de Arabella. Caelan estaba siendo amable y comprensivo y ella sabía que tenía que cumplir con su deber y conseguir que el matrimonio saliera bien. Se lo debía a su padre y a su hermano, que había muerto por ella.

Miró alrededor mientras comían y se dio cuenta de que faltaba gente. Buscó a otros Mackintosh que recordaba de la primera vez, pero no los encontró. ¿Cómo se llamaba aquel hombre que los acompañó al claro? ¡Rob! Intentó ser discreta mientras miraba alrededor. El salón, que en otros festejos había estado lleno hasta la pared del fondo, estaba medio vacío. Ella sabía que había el mismo número de Camerons, menos uno, pero ¿dónde estaban los Mackintosh?

—Creí que preferirías que la ceremonia fuese reducida teniendo en cuenta...

Caelan no terminó la frese y ella suspiró. Sus familias tenían una historia muy larga de dolor y pérdidas ocasionados por el otro clan. Esa era la manera de dar por terminada esa historia. Seguiría habiendo muertes y perdidas si no se casaba de buena gana. La habían criado para eso y ni siquiera el dolor le impediría llevar la paz entre ellos.

—Gracias por ser tan considerado, Caelan —dijo ella asintiendo con la cabeza.

—¿Estás nerviosa? —preguntó él.

—Sí —reconoció ella—, pero mi tía Gillie me ha dicho que es una costumbre que la novia esté un poco nerviosa el día anterior a la boda.

No quería que él creyera que no estaba deseosa de cumplir su parte del trato. Cumpliría con su deber como él, con dolor por la pérdida, pero con la esperanza de que llegara la paz entre sus familias. Por eso, si miraba la situación a largo plazo, se alegraba de casarse con él. Era amable, cortés e incluso considerado con ella, y

ella haría lo que hiciese falta para que ese fuese un buen matrimonio.

—Vaya, aquí viene tu tía para reclamarte —Caelan se levantó para saludarla—. ¿Es la hora?

—Sí, milord —Gillie hizo una reverencia—. La veréis por la mañana.

—Que duermas bien, Arabella. Te veré en la iglesia.

Él se inclinó y volvió a besarla en la boca para deleite de quienes estaban mirando. Pidieron más a gritos y él la abrazó y volvió a besarla. Ella intentó relajarse entre sus brazos porque sabía que eso solo era una demostración de que estaba deseoso de aceptarla como esposa.

—Es prometedor —susurró la tía Gillie mientras salían del salón—. Me preocupaba que la separación hubiese estropeado las cosas entre vosotros.

Tardó poco en prepararse para acostarse, pero no consiguió dormirse por mucho que lo intentó. El día siguiente iba a ser largo y emotivo y quería estar de buen humor y sin las ojeras que le salían cuando no descansaba bien.

Cuando los primeros rayos de sol se abrieron paso entre la niebla, ella seguía junto a la ventana con la mirada perdida en la distancia. No podía dormir y se había levantado hacía un rato. Ese era su momento favorito del día, justo antes de que amaneciera, cuando todo era quietud. Tenía las piernas casi entumecidas de estar tanto tiempo de pie en la misma posición e iba a retirarse cuando un rayo de sol iluminó un punto en la ladera que podía ver. Era el claro, el lugar a donde la había llevado Brodie para que viera las tierras que serían suyas como esposa del próximo *laird* Mackintosh. Se estremeció cuando creyó reconocer a la persona que estaba allí iluminada por el sol. Se quedó helada y entrecerró los ojos para cerciorarse. Solo podía ser él. Estaba muy cerca y nadie lo sabía. Si daba la voz de alarma, él desaparecería antes... Se estremeció otra vez. Aunque había matado a Malcolm, una parte de ella no quería verlo muerto. Al menos, hasta que supiese por qué había matado a su hermano. Al menos, hasta que supiese la culpa que tenía ella por haberlo mandado a esa reunión de jóvenes. Quería oír sus explicaciones.

Se vistió y cruzó la habitación contigua donde dormían su tía y su prima. Bajó con cuidado y salió para dirigirse a los establos. Tranquilizó al mozo de cuadras, preparó su caballo y se montó. Llegó

a la puerta del patio y la cruzó sin decir nada, con la capa y la capucha tapándola completamente. Azuzó al caballo y se inclinó sujetándose firmemente con las rodillas.

Tiró un poco de las riendas y tomó el camino que rodeaba la ladera para llevarla a donde estaba él. Por fin tendría las respuestas que le permitirían aliviar el remordimiento. Tendría la ocasión de encararse con el hombre que había matado a su hermano.

Recorrió la última hilera de árboles, entró en el claro, y no vio a nadie. Buscó por la zona, pero no vio ni oyó nada que indicara que alguien había estado allí. Soltó el aire que había estado conteniendo y rodeó lentamente el claro para que el caballo se repusiera de la galopada. Esperó y escuchó sin dejar de mirar el sendero.

La vuelta fue más lenta mientras asimilaba que Brodie no había tenido la culpa, que había sido su propio remordimiento el que la había lanzado a esa disparatada búsqueda de la verdad. El corazón le dolió cuando supo que había mandado a su hermano a la muerte.

Ella había sido quien había desencadenado la serie de acontecimientos que habían acabado con su muerte. Si no le hubiese pedido que se enterase de más cosas sobre Caelan y Brodie, no habría habido pelea, no habría discutido, no habría acabado con una daga en el pecho.

El caballo encontró por su cuenta al camino hasta el castillo y entró en el patio para dirigirse a los establos. Además, no supo cuándo aparecieron los dos centinelas que cabalgaban a su lado.

Lo único que podía hacer para honrar la muerte de su hermano era rubricar el trato y acabar con el conflicto, y lo haría. Nadie podía absolverla por haberlo mandado a la muerte.

—¡Vuelve! —susurró Rob con firmeza mientras lo agarraba del peto de cuero para que no saliera de la espesa arboleda—. ¿Estás loco?

—No me han visto —replicó Brodie soltándose.

No podía creerse que hubiese visto a Arabella a galope tendido por el camino de la ladera. Fue directamente al claro y él había estado a punto de salir. Pasaron unos minutos antes de que ella volviese a tomar el camino que llevaba al castillo. Esa vez, el caballo iba al paso y ella miraba fijamente al infinito mientras pasaban junto a los árboles que los escondían a Rob y a él.

Podría haberla agarrado en ese momento, de no haber sido por



los dos centinelas armados que cabalgaban hacia ella. Él supo que pronto llegarían más.

—Entonces, ¿has cambiado de opinión? ¿Has renunciado a tu disparatado plan?

—¡En absoluto! —él se abrió paso entre las ramas y se alejó del camino para reunirse con los otros tres—. Seguimos nuestro plan y las sorpresas no van a distraernos.

—¿Y la muchacha? ¿Acaso no es una distracción en todo esto? —preguntó Rob desde detrás.

Habían discutido mil veces ese punto durante las dos últimas semanas, a medida que se acercaba el día de la boda, pero no había forma de que Brodie renunciara a su intención de secuestrar a Arabella para que no se casara.

Se dio la vuelta tan deprisa que Rob estuvo a punto de arrollarlo.

—Sí, ella es la distracción. Caelan la utiliza para disimular sus verdaderas intenciones. Todo el mundo está tan ocupado admirando a su hermosa novia que nadie ve sus motivos o sus actos verdaderos.

Rob se pasó una mano por el pelo y sacudió la cabeza, un gesto tan típico de él que lo hacía sin darse cuenta.

—¿Estás seguro?

Se había enterado de muchas cosas durante esos cuatro meses y todas indicaban que su primo había planeado durante mucho tiempo quedarse con la silla del *laird* y, además, destruir a los Cameron. El objetivo de Caelan no era la paz y llegar a un acuerdo, sino destruir completamente al otro clan. Además, aunque a él le gustaba el poder y el dominio como a la mayoría de los hombres, el otro clan podía ofrecer mucho en el comercio y la estabilidad de la zona. No entendía qué motivo podía haber para destruir un clan entero cuando había muchas ventajas en que siguieran vivos.

Esbozó una sonrisa sombría.

—Sí, completamente seguro.

—¿Y no se puede conseguir de otra manera que no sea secuestrando a la muchacha?

—Hay que impedir la boda y el tratado, Rob. Ya lo hemos hablado y sabes lo que ha hecho. Tú, tu hermana y los demás no estaríais aquí, desterrados, si no me creyeseis, y creyeseis que tenemos que actuar.

Llegaron a donde estaban los demás y Brodie esperó a que se acercaran.

—Id a vuestras posiciones. Las puertas ya están abiertas y

mucha gente del pueblo estará entrando. Hamish, Duncan, preparad los caballos en los establos. Jamie, guárdanos las espaldas y avísanos si pasa algo —Brodie se quitó el polvo de las manos—. Las cocinas serán el sitio más bullicioso. La mayoría de los asistentes a la boda irán directamente a la iglesia —el pequeño edificio estaba en la esquina sur de la muralla que rodeaba el castillo, el patio y los otros edificios—. Su padre y algunos más se quedarán en el castillo para acompañarla cuando esté preparada.

—Pero no llegará a estar preparada —comentó Rob.

Repasaron otra vez el plan antes de dividirse para cruzar la puerta por separado y disfrazados. El sol estaba en lo más alto cuando Brodie y Rob entraron por una puerta muy poco utilizada y subieron la escalera que llevaba a los aposentos de Arabella. Contaban con el factor sorpresa cuando abrieron la puerta y se encontraron con la tía y una doncella. Antes de que los reconocieran, pudieron dominarlas e impedir que dieran la voz de alarma, fuese a los centinelas o a la mujer que estaba en la estancia contigua.

Una vez atadas y amordazadas, Brodie levantó el pestillo y abrió la puerta de la estancia de Arabella. Entró precipitadamente mientras Rob se quedaba en la otra habitación y la encontró con la espalda pegada a la pared y una daga en la mano, apuntada hacia él.

## Seis

—¡Eras tú! —exclamó ella mirándolo fijamente mientras se acercaba.

—Sí, milady —reconoció él con delicadeza. Tenía que evitar que gritara y alertara a los centinelas. Entonces, ¿me visteis en el claro?

Tenía que conseguir que hablara mientras se acercaba lentamente.

—Te vi desde la ventana, pero no había nadie en el claro.

—Ahora estoy aquí —dijo él tendiéndole una mano—. Dame la daga, Arabella, no voy a hacerte nada.

Ella lo miró desolada y con los ojos vacíos, solo llenos de lágrimas.

—¿Así mataste a Malcolm? ¿Lo engañaste para que te diera su daga y le clavaste la tuya en el pecho?

Él quería negarlo como fuese, pero no podía. Todavía no recordaba nada de la muerte de su hermano. Rob se acercó con cautela y le susurró que se diese prisa.

—Dame la daga, muchacha —le ordenó él con suavidad.

Ella levantó la mano como si fuese a defenderse, pero eso le dio a él la oportunidad que necesitaba. Con un movimiento casi invisible, le agarró la mano que sujetaba la daga y se la retorció hasta que la soltó. Arabella abrió la boca para gritar, pero él se la tapó e hizo un gesto con la cabeza a Rob. Brodie la ató de arriba abajo con una cuerda mientras Rob la amordazaba. Él quiso reírse cuando su amigo se disculpó, pero era un momento demasiado serio. Tuvo las manos, el cuerpo y la boca inmovilizados en cuestión de segundos.

—Vamos a sacarte de aquí, Arabella —siguió él mientras Rob arrancaba un tapiz de la pared y lo extendía en el suelo—. No te resistas y no te haremos daño.

Fue como si hubiese arrojado un cubo de agua a un gato rabioso porque ella empezó a retorcerse para intentar liberarse. Rob y él, con unos movimientos rápidos y eficientes, la tumbaron en el tapiz y lo enrollaron. Levantaron cuidadosamente el tapiz con la mujer, salieron de la estancia y cerraron la puerta. Su padre no la buscaría hasta justo antes de la ceremonia.

Brodie y Rob caminaron todo lo deprisa que pudieron en dirección contraria y bajaron por la escalera que usaban los sirvientes, que en ese momento estaban muy ocupados con los preparativos de la boda. Cuando llegaron al piso más bajo del castillo, tardaron un

poco en encontrar la puerta secreta que daba a un túnel olvidado hacía mucho tiempo. Había jugado allí cuando era un niño y su tío había pensado cerrarlo, pero no lo había hecho nunca. Él dudaba que alguien recordara ese camino para salir del castillo y que acababa en un cobertizo que había cerca de los establos.

El plan salió según lo previsto. Sus hombres estaban en sus posiciones y ejecutaron sus partes con precisión. Además, todos los que vivían o trabajaban dentro de los muros estaban tan ocupados que nadie se fijó en dos hombres que se llevaban una alfombra enrollada. Enseguida, con el tapiz sobre los muslos, Brodie salió por la puerta montado en el caballo de Arabella y se dirigió a las colinas. Rob lo siguió mientras los demás se separaron y tomaron caminos distintos, aunque volverían a reunirse en el campamento al cabo de dos días.

El caballo había aceptado el peso extra sin inmutarse y cabalgaron varios kilómetros antes de que él se diese cuenta de que la muchacha había dejado de moverse bajo la mano que la mantenía sujeta a su regazo. Hizo una señal a Rob para que pararan. Rob se acercó a toda velocidad, él le entregó el tapiz con Arabella y desmontó. Rob le ofreció el odre con agua y fue ocuparse de los caballos mientras Brodie se arrodillaba para liberar a la prisionera.

Desenrolló el tapiz, le soltó un poco las ataduras y retrocedió para esperar su reacción. No hubo reacción. Se quedó inmóvil con los ojos cerrados. Se inclinó para comprobar si respiraba todavía y le puso una mano en el pecho para encontrar los latidos del corazón. Gracias a Dios, estaba viva, pero inconsciente. Le apartó el pelo de la cara, le quitó la mordaza y susurró su nombre.

—Arabella, despierta, muchacha —no hubo respuesta y le dio unas palmadas en la mejilla—. Arabella, despierta...

Quitó el tapón del odre y vertió un poco de agua por su rostro. Ella parpadeó y farfulló algo antes de abrir los ojos. Tardó unos segundos, pero Brodie supo el momento preciso en el que volvió en sí misma. Intentó sentarse hasta que se dio cuenta de que tenía los pies y las manos atados. Él se mantuvo a cierta distancia para darle tiempo y espacio para que se despertara plenamente. Ella forcejeó con la cuerda y rodó por el suelo antes de calmarse un poco y mirarlo a los ojos. El miedo que se reflejaba en sus ojos azules se convirtió en rabia inmediatamente y él, por algún motivo, prefirió lidiar con eso. Le ofreció el odre para que ella decidiera si lo tomaba o no. Además, no

había gritado y eso también le pareció bien. Arabella levantó las manos para agarrarlo y él se agachó a su lado para dárselo. Ella dio unos sorbos antes de devolvérselo. Se hizo un silencio inesperado entre los dos. Él no sabía qué decirle y ella se limitaba a mirarlo. Cuando oyó que Rob volvía, supo que no podían quedarse allí mucho tiempo porque todavía tenían que recorrer bastante distancia antes de que estuvieran a salvo. Le desató la cuerda que le ataba los tobillos.

Evidentemente, ella intentaba disimular lo que sentía, pero hizo una mueca y apretó los dientes mientras intentaba mover las piernas. Dejó escapar un gemido cuando las piernas le temblaron. Él se levantó y la agarró de los brazos para que se pusiera de pie.

—Anda. Se recuperarán antes si las mueves —comentó él sujetándola y dando una vuelta.

Después de la tercera vuelta por la zona, él notó que dejaba de temblar y que las piernas aguantaban mejor su peso. La llevó hasta un tronco caído, la sentó y volvió a ofrecerle el odre, pero ella lo rechazó en silencio. No había dicho una palabra desde que la había despertado, pero sus ojos gélidos reflejaban todo tipo de acusaciones. Él deseó tener la habilidad de Rob con las mujeres para poder decirle algo.

—¿Estás herida?

—Magullada —contestó ella en voz baja.

El pelo le cayó sobre los hombros. Parte seguía recogido por una complicada trenza y el resto estaba suelto y despeinado. Él quiso acariciárselo, pero dominó las manos antes de hacerlo.

—Y molida —añadió ella con un gesto de dolor mientras se llevaba las manos a las costillas.

—Brodie...

Él miró a Rob, quien hizo un gesto de que tenían que marcharse enseguida.

—¿Significa eso que mi padre y Caelan están acercándose? —preguntó ella.

Arabella se levantó y empezó a mirar alrededor. ¡Había vuelto a ver sus gestos con las manos!

—Significa que tenemos que marcharnos —contestó él.

La agarró de un brazo y la llevó hacia donde estaban Rob y los caballos. Ella apartó la cabeza cuando él fue a ponerle la mordaza otra vez. Se oían gritos por el bosque y podían oírse a mucha distancia.

—Tengo... Tengo... —susurró ella mientras él levantaba el trapo—. Te pido...

La mordaza le impidió acabar la frase, pero ella lo agarró de los brazos y la retiró.

—¿Qué tenéis que hacer, lady Arabella? —preguntó él con ansia.

—Tengo que hacer mis necesidades.

Él lo entendió. Llevaban varias horas cabalgando y se la había llevado nada más desayunar.

—Por aquí —le ordenó él mientras la llevaba hacía una zona donde la arboleda era más espesa—. Deprisa.

Él la soltó y se alejó un poco de la arboleda, hasta que algo le dijo que ella intentaría echar a correr. Dio un silbido a Rob para que le cortara la salida por el lado opuesto. Se quedó inmóvil y escuchando hasta que oyó el chasquido de unas hojas. Volvió a entrar en la arboleda y, efectivamente, ella no estaba allí. Solo tenía unos pasos de ventaja y los ruidos de su escapada se oían con claridad. Pudo seguirla fácilmente y cuando Rob fue a cortar el paso, ella cambió de dirección, pero él estaba esperándola.

Ella no lo vio y se chocó contra él. Los dos se tambalearon, ella por la fuerza del impacto y él al intentar no aplastarla. Sin embargo, cayeron y ella tenía las manos, que seguían atadas, en el sitio donde más daño podían hacer.

Afortunadamente, él pudo girarse en el último momento y ella cayó encima de él, quien no tardó ni un segundo en darse cuenta de que era una situación comprometida. Además, cuando ella se movió para intentar levantarse, la situación empeoró.

Entonces, los hados se pusieron de su parte porque llegó Rob, a caballo, y la levantó. Cuando consiguió levantarse de un salto, Rob ya le había puesto la mordaza y la había sentado delante de él. Él solo pudo montarse en el caballo negro que había llevado Rob. Hizo un gesto sombrío a Rob y, asombrado por su torpeza al manejar a la muchacha, permitió que su amigo fuese por delante.

Un tiempo después, cuando ya habían ascendido por la montaña y habían encontrado el sitio donde pasarían la noche, él, por fin, se acercó a Arabella.

Estaba dolorida. Le dolían todos los huesos y todos los rincones del cuerpo cada vez que respiraba. La habían llevado envuelta en un

tapiz, se había chocado contra el muro de músculos de Brodie y había pasado varias horas más a caballo. Si la hubiesen dejado montar como estaba acostumbrada a montar, a horcajadas, no en el regazo de otra persona, no estaría tan dolorida. Eso pensó al menos hasta que dejaron de ascender por la montaña. En ese momento, el frío se sumaba a la lista de reproches que tenía contra Brodie Mackintosh, además del secuestro y de que le hubiese impedido casarse. Eso sin contar el mayor de sus pecados. Pensaba seguir viva para recuperar de alguna manera su caballo y volver con Caelan... si conseguía encontrar el camino para salir de esas montañas.

Se quedó en silencio mientras esperaba que el dolor se mitigara antes de decir o hacer algo. Los hombres la habían dejado mientras descargaban algunos víveres de los caballos y se los llevaban. El viento había empezado a soplar y el frío la atenazó por dentro mientras el sol empezaba a ocultarse por detrás de las montañas. Solo se tapaba con una manta fina que le había dado Rob hacía un rato y no tardaría en empezar a tiritar.

—Ven.

Estaba tan absorta por su desdicha que no se había dado cuenta de que Brodie se había acercado. Tiró de la cuerda que la ataba las muñecas hasta que se las soltó. Ella sacudió las manos entumecidas y frunció el ceño por la sensación. Brodie le ofreció un brazo. Ella dejó a un lado todo lo que sentía hacia él y lo agarró con más fuerza que la que le habría gustado mientras iban hacia un pequeño cobertizo. La ayudó a sentarse y ella lo observó ir de un lado a otro mientras hablaba con su amigo, quien hacía lo que le decía. Ninguno de los dos había sido despiadado con ella, aunque atarla y enrollarla en un tapiz fuese bárbaro. Ellos debían de pretender usarla como rehén porque si no, ya estaría muerta. Rob se sentó a su lado, cortó un trozo de pan y se lo ofreció. Brodie se sentó al otro lado, la emparedó entre los dos, pero también la protegió un poco del viento. Le ofreció una copa maltrecha y se la llenó con agua del odre cuando la aceptó. Tenía hambre y comió algo de pan y bebió agua antes de hacer la pregunta que la obsesionaba.

—¿Por qué?

Lo dijo una vez, pero quería más respuestas que solo la obvia. Ellos se miraron y esos hombres unidos por algo que ella no podía entender se transmitieron un mensaje sin palabras.

—Para impedir la boda —contestó Brodie mirándola a los ojos y ofreciéndole una petaca—. Bebe un poco de esto. Te calentará por

dentro.

Ella obedeció y el líquido le abrasó la garganta antes explotar en el estómago. Había bebido eso antes. Su hermano se lo había dado sin que su padre lo supiera. Efectivamente, empezó a notar el calor por las venas y todo el cuerpo.

—¿Por qué ibas a impedir la boda cuando ni siquiera sabías si me querías de esposa? —insistió ella.

Le devolvió la petaca porque sabía que si bebía demasiado, perdería el dominio de sí misma.

—Era necesario —contestó él pasándole la petaca a Rob.

—¿Qué me pasará ahora?

Los ojos de Brodie dejaron escapar un destello, como una emoción muy fugaz.

—Haz lo que se te diga y no te pasará nada —contestó él.

Ella, que no pudo resistir esa amenaza, fue a hablar, pero él sacudió la cabeza.

—Hay muchas cosas que no sabes, que no puedes saber.

Ella, al haber vivido con su padre, había aprendido desde muy pequeña que tenía que elegir bien cuándo ser rebelde porque, normalmente, el precio era elevado. Euan Cameron había descubierto pronto su punto débil y no había dudado en utilizar a su hermano como el chivo expiatorio que pagaba la indisciplina de ella. Su padre esperaba obediencia absoluta de sus hijos y Malcolm y ella habían aprendido muy pronto a dársela. Algo le decía que esa situación era muy parecida y permitió que él dijese la última palabra... por el momento.

Anocheció enseguida y el cielo nublado impedía que llegara la luz de la luna. Rob encendió una pequeña fogata con su pedernal y unas hojas secas. No daría mucho calor, pero, al menos, sí daba un poco de luz. Era verano y las noches eran muy cortas en las Highlands. Eso significaba que pensaban dormir allí. ¿Sería la ocasión de escapar? Él, como si hubiese oído sus pensamientos, extendió las manos.

—Dame las manos, Arabella.

—No puedo escapar a ningún lado, Brodie —replicó ella mirando alrededor—. Estaría loca si intentara...

—Lo he visto en tus ojos —insistió él con una sonrisa sombría.

Una sonrisa que indicaba recelo hacia ella. Si tenía en cuenta que había intentado escaparse en cuanto había podido, no podía reprochárselo.



Él le ató la cuerda a una muñeca, con una sola vuelta esa vez, y entonces, para sorpresa de ella, se ató el otro extremo a su propia muñeca con la ayuda de Rob. Estaban atados y ella no podía moverse sin que él lo notara.

—¿Cómo voy a...?

Ella no pudo decir lo que tenía que hacer, pero Rob se rio y él lo entendió.

—No te preocupes —él se levantó, tiró de la cuerda y la alejó de la luz de la fogata—. Está demasiado oscuro como para que pueda ver algo.

Después de unos minutos humillantes, volvieron al refugio, donde Rob había extendido unas mantas. Eran dos sitios. Arabella los miró y negó con la cabeza. No iba a dormir tan cerca de él. Retrocedió hasta que la cuerda la paró.

—Tu virtud está a salvo —comentó él mientras la llevaba a una de las mantas—. Si te quedas en silencio, no te pondré la mordaza.

Ella se había olvidado de esa posibilidad y decidió que si quería escapar, tenía que descansar y esperar a la luz del día. Permitiría que él creyera que era una prisionera obediente... hasta que dejara de serlo. Tenía que aprovecharse del factor sorpresa porque ellos eran dos y, además, no conocía esas tierras. Su padre y Caelan estarían buscándola y solo tenía que darles tiempo para que los alcanzaran.

No tardaron ni un minuto en estar tumbados. El lecho que tenía debajo era sorprendentemente cómodo, pero se quedó rígida cuando él se tumbó. Se separó todo lo que pudo, pero supo que esa noche no iba a dormir. El agotamiento, el miedo y la rabia demostraron que estaba equivocada. Se dejó arrastrar, el calor la rodeó y soñó con un fuego maravilloso en la chimenea de sus aposentos.

Brodie supo cuándo dejó de resistirse al sueño y a él porque su cuerpo dejó de estar tenso y se apoyó en él. Dejó escapar un suspiro, tiritó y casi lo desarmó. La tapó con otra manta, la rodeó con un brazo y la estrechó contra él... para darle calor. No quería que cayera enferma ni se debilitara. No les serviría de nada si enfermaba y moría. Solo estaba cuidándola por el bien de su clan, no porque sintiera algo por ella. Se lo repitió una y otra vez durante toda la noche mientras ella se acurrucaba contra él. También se recordó el objetivo de esa misión y que ella solo era un medio para alcanzar un fin; que el traidor Caelan no tuviese el control del clan Mackintosh y salvarlo de la

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

destrucción absoluta.

Cuando la tenue luz del alba se abrió paso entre la gélida niebla, él seguía repitiéndoselo e intentando convencerse. Sabía que tenía que aguantar esa cercanía a ella durante solo dos días más. Cuando llegaran al campamento escondido en lo alto de las montañas, encargaría a otro que la vigilara y no tendría que lidiar con ella hasta que hubiese ejecutado el plan. Dos días más.

## Siete

Infernales, de desdicha pura. Dos días así. Si ella hubiese llorado o gemido, quizá hubiese podido soportar la presión. Si Rob no se hubiese reído ante su impotencia por mantenerla a distancia y no poder evitar entrar en conversaciones o discusiones con ella, si ella no le hubiese hecho preguntas tan punzantes que tenía que mirarse para ver si estaba sangrando por las palabras o el tono...

Lo peor fue cuando le vendó los ojos mientras se acercaban a los claros y grutas que ellos llamaban su casa. Estaba atándole la venda cuando se enredó en el pelo y ella hizo un gesto de dolor. Intentó soltarle la masa de rizos rubios y notó su aliento en la piel. Quiso introducir las manos entre el pelo para sentir lo sedoso que era. Tuvo que apretar los dientes para terminar la tarea mientras Rob sonreía elocuentemente a unos metros de distancia. En ese momento, mientras cruzaban el arroyo y seguían el sendero secreto, se preguntó cómo se había engañado tanto tiempo.

La llegada de ella al castillo de su familia había elevado la tensión y la expectación y él había decidido no hacerle caso y centrarse en la protección de su clan. No se había propuesto tenerle aversión, pero lo había hecho. La había detestado por cada sonrisa falsa y había sentido más aversión hacia ella cada vez que Caelan intentaba encandilarla. Por eso, la sorpresa fue enorme cuando empezó a tenerle aprecio y fue mayor todavía cuando empezó a esperar con impaciencia esos momentos que su tío lo obligaba a pasar con ella. Ella le había dejado ver y oír cosas de sí misma y él había vislumbrado lo que había detrás de la fachada de esa mujer. No era en absoluto la heredera frívola y malcriada que había creído que era al principio. Arabella Cameron era mucho más que eso... y la quería para él.

Para conseguirla, tenían que nombrarlo sucesor y lo había intentado, horrorizado por un lado de desearla tanto y temeroso por otro de no llegar a tenerla. Fue entonces cuando empezó a sospechar que Caelan podría no estar pensando en el tratado con el clan de los Cameron. Empezó a hacer preguntas cuando sucedió el espantoso incidente con el hermano de Arabella.

En ese momento, desterrado y deslegitimizado, era casi imposible demostrar sus sospechas. Solo había podido reunir algunas informaciones de amigos y seguidores, nada que pudiera servir como prueba para apartar a Caelan del asiento del *laird*. Aun así, si estaba

en lo cierto, Caelan no buscaba la paz ni mucho menos. Lo que lo había preocupado de verdad durante los últimos meses había sido qué tendría pensado Caelan para Arabella. Había sido débil y había permitido que el interés por una muchacha lo distrajera de sus obligaciones.

Oyó la señal y contestó cuando doblaron un recodo y pasaron con los caballos entre unos árboles que hacían de puerta de entrada. Saludó con la cabeza a los hombres que se encargarían de que los árboles y las ramas quedaran como estaban. Levantó una mano y otros dos hombres salieron de entre los arbustos y lo saludaron.

—Llevadla con Margaret —les pidió mientras la dejaba en el suelo—. Es una prisionera, no una invitada —el intentó pasar por alto el estremecimiento de ella, pero no lo consiguió—. Que siga como está hasta que yo vaya.

—Sí, Brodie —contestó Rob agarrándola de un brazo.

Tenía que comprobar algunas cosas y no podía perder el tiempo pensando en ella. Se dirigió a uno de los centinelas.

—¿Duncan, Hamish y Jamie?

—Volvieron ayer y dijeron que creen que no los han seguido.

—¿Y Caelan y el *laird* Cameron?

Sujetó con fuerzas las riendas cuando el caballo negro se sintió incómodo en ese sitio desconocido. Lo azuzó un poco y lo llevó hacia el pequeño cercado donde guardaban los caballos. Ranald lo siguió a cierta distancia del caballo mientras seguía informándolo.

—Salen grupos a buscarla varias veces al día. Caelan los encabeza algunas veces y otras, no —le explicó Ranald—. Siempre van hacia el oeste.

Entonces, el plan de dejar indicios de ella en los caminos que llevaban hacia el oeste había salido bien.

—¿Algo más? —preguntó Brodie deteniéndose y saludando a unos hombres con la cabeza.

—Nada más, Brodie. Todo está bien.

—Vigilad los caminos de abajo. No infravaloro la reacción de Caelan a esta ofensa. Diles a los demás que tengan cuidado. Habrá más hombres buscando por los bosques.

Ranald asintió con la cabeza y fue a difundir la advertencia. Brodie se quedó pensando qué podía hacer con el caballo de Arabella. Su compañía iba a alterar a los demás caballos, como la de su dueña a las demás personas. Entregó el caballo a un muchacho, le dio instrucciones para cuidarlo y se marchó a ocuparse de las tareas que

había descuidado durante los días que había estado ausente. Quizá eso lo ayudara a aliviar la tensión antes de que tuviera que lidiar con su prisionera.

Caelan esperó en sus aposentos a que llegara el hombre que habían mandado a buscarla. Fue de la puerta a la ventana una y otra vez aunque no le servía de nada. Por fin, oyó pasos por el pasillo y llamaron a la puerta. Ni siquiera saludó a Gavin.

—¿La han encontrado?

—No, milord —contestó Gavin.

Sin embargo, a Caelan ya no le quedaba paciencia. Habían pasado los días sin que se supiera nada ni de su primo ni de su prometida desaparecida.

—¿Ha vuelto Euan?

El *laird* de los Cameron había buscado a su hija sin descanso. Una gran ayuda que lo mantenía ocupado y alejado.

—Lo han visto en el camino, milord. Debería llegar enseguida.

Él esperó que se quedara en el camino siguiendo el rastro de los secuestradores de su hija y alejado de allí.

—¿Alguno de los amigos de mi primo sigue en el pueblo?

En cierta manera, su primo le había facilitado las cosas al seguir vivo, al menos, hasta esa ocasión. Durante los últimos meses, él se había librado de los que habían apoyado a Brodie en el pasado, bien presionándolos para que se marcharan o bien expulsándolos. Además, lo había hecho discretamente para que no pudieran culparlo a él. El desafortunado y oportuno fallecimiento de su tío le había dado el poder para hacer eso y mucho más. En ese momento, sin embargo, la reaparición de Brodie y el secuestro de la heredera Cameron era una amenaza para sus objetivos.

—No se me ocurre ninguno, milord —contestó Gavin.

—Ve a buscar a alguno que fuese amigo suyo, o a su familia. Gavin —Caelan lo agarró con fuerza—, no querrás que sospeche de tu lealtad en esto, ¿verdad? ¡Encuéntrame a alguien y encuentra a mi primo!

Empujó al lacayo hacia la puerta y se dio la vuelta mientras esperaba a que se marchara.

Había puesto en marcha el plan con pasos lentos y medidos y podía conseguir todo lo que deseaba. Los Cameron intimidados y conquistados, su heredera, su oro, sus vidas... Sería jefe del clan

Mackintosh y de la confederación Chattan. Tendría todo el control de una parte muy grande de las Highlands y el poder y respeto que eso conllevaba.

Cuando vio que los Cameron llegaban a la boda, se recordó que podía mantener la farsa hasta que tuviera en su poder la dote. Podía fingir que era agradable y magnánimo y que todos lo creyeran. Lo había hecho casi toda su vida y lo había hecho bien. Tenía el objetivo muy cerca y podía seguir, aunque su primo se hubiese metido por medio.

Cuando nadie dijo nada por el exilio de Brodie y Euan Cameron se quedó convencido de seguir con el trato gracias a las concesiones de su tío, el se quedó complacido y dio un paso adelante. Cuando nadie sospechó de él por la muerte de su tío, otro paso adelante. En ese momento, solo necesitaba tener a Arabella Cameron para terminar, y la tendría. Ni el maldito Brodie Mackintosh iba a detenerlo.

Oyó voces en el patio y supo que Euan había vuelto. Dominó la rabia y se preparó para saludarlo. Cuando llegó al patio, el anciano ya había desmontado y se dirigía hacia él.

—No hay señales de ellos al otro lado del río —comentó señalando hacia lo lejos—. Magnus, tu guerrero, cree que nos están alejando de la dirección verdadera.

—¿Magnus ha dicho eso?

Magnus había recibido adiestramiento de Brodie, pero no lo apreciaba. Alguna mujer se había metido entre los dos y había roto la amistad o el vínculo que hubiesen tenido, pero conocía la forma de actuar de Brodie.

—Gavin, dile a Magnus que vaya al salón. Euan, acompáñame. He encontrado los otros mapas que pueden ayudarnos.

Odiaba al hombre que tenía al lado y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no clavarle la espada en el pecho. Gracias a los intentos de su tío para mediar en el conflicto, Lachlan nunca había sabido que Euan fue quien torturó y mató a sus padres después de que perdieran una batalla. Primero le cortó el cuello a su madre delante de su marido... y de su hijo. Euan lo había obligado a mirar y ya no se acordaba.

En ese momento, actuaba como un jefe prudente que buscaba la paz. Aunque muchos, demasiados, creían que, para conseguir la paz futura, había que olvidar el pasado y perdonar los desmanes cometidos por las dos partes, él no lo olvidaría ni lo perdonaría nunca. Quería vengar a quienes habían muerto a manos de los malnacidos

Cameron. Haría que lo pagaran hasta el punto de que nadie volvería a decir el nombre del clan Cameron jamás.

Primero, tenía que recuperar a su prometida y matar a su primo. Luego, se ocuparía del resto.

Arabella no se resistió cuando Rob la condujo por el terreno pedregoso. Naturalmente, se apoyó en su poderoso brazo mientras avanzaba por el incierto camino. Llevaba los ojos tapados, como había ordenado Brodie, y seguía las instrucciones de Rob, pero estar ciega no significaba que no pudiera oír cosas. Los susurros cuando pasaba ella. Risas de niños a lo lejos. Su nombre dicho con sorpresa y burla. Algunas personas que llamaron a Rob, aunque él no aminoró el paso ni se detuvo. La llevaba con Margaret, quienquiera que fuese, y había ordenado que la tratara como a una prisionera. Se estremeció porque su tono había sido amenazante... iracundo.

La ira la asustaba. Recordaba las palizas y castigos de su infancia, que siempre habían llegado por algo que había provocado la ira de su padre. Se estremeció otra vez y Rob se detuvo entre improperios dichos en voz baja. Quiso sonreír porque él decía una cantidad increíble de blasfemias y maldiciones, normalmente, como reacción a algo que había dicho u ordenado Brodie, y, normalmente, quedaban sin respuesta por parte de este. Era lo opuesto a su amigo, quien hablaba muy poco y parecía como si diseccionara cada palabra que decía. Sin embargo, ese hombre taciturno podía arrebatarse la vida como se la había arrebatado a su hermano. Por eso, tenía que estar atenta y no bajar la guardia.

Empezaron a caminar otra vez, pero solo tardaron unos minutos en pararse.

—¡Margaret! —exclamó Rob—. Margaret, ¿estás ahí?

La soltó un momento, pero enseguida la agarró del brazo y la llevó hacia delante. Ella no había oído ninguna respuesta, pero él debía de haber visto algo que respondía a su llamada.

—Cuidado, milady —le advirtió él poniéndole la mano en la cabeza—. La entrada es un poco más baja que vos y tenéis que inclinaros algo para entrar.

Ella permitió que él le bajara la cabeza y lo siguió adentro de... alguna vivienda. Hacía más calor y el olor de un fuego y algo que estaba cocinándose hicieron que el estómago le rugiera de repente. Dieron unos pasos más, hasta que se detuvieron y Rob la agarró de

los hombros para sentarla en una silla o un taburete. Alguien, Margaret probablemente, se movía detrás de ellos.

—Brodie dijo que es una prisionera, Margaret, no una invitada.

—¿Lo ha dicho ahora? —preguntó la mujer—. Además, ¿también hay que tenerla atada todo el tiempo?

—Hasta que él diga lo contrario —contestó Rob desde algo más lejos—. Y será mejor que obedezcas.

A ella le pareció captar cierto tono burlón en la voz de Rob, pero, seguramente, eso era imposible. Entonces, él se marchó y ella solo oyó los movimientos de Margaret. Pasaron unos minutos en silencio, la mordaza le impedía hablar a la mujer que era su guardiana y estaba agotada después de tantas horas de camino y de estar atada. Notó que empezaba a tambalearse y temió caerse. El contacto en la cara la sorprendió.

—Os quitaré esto, milady.

Margaret le quitó la mordaza.

—No —le avisó ella—. Él dijo...

Ella no quería que nadie fuese víctima de la furia de Brodie.

—Ese hombre dice muchas cosas, pero yo hago lo que me apetece —susurró Margaret mientras le quitaba la venda de los ojos.

Ella abrió los ojos y miró alrededor.

Estaban en una tienda de campaña con un pequeño brasero. Había un jergón en una esquina y un arcón en otra. Entonces, miró a la mujer y no tardó en darse cuenta del parecido que tenía con Rob. Probablemente, eran hermanos.

—Bebed, esto —Margaret le ofreció un cuenco humeante y ella la aceptó—. ¡Qué hombre!

Luego, después de soltarle la cuerda que le ataba las muñecas, Margaret siguió con la perorata contra Brodie. Tenían que ser hermanos, pensó. Una vez libre, volvió a tomar el cuenco y dio un sorbo. Era una infusión. No reconoció el sabor, pero el calor la alivió.

El estómago le rugió otra vez, Margaret sacudió la cabeza y siguió con la ristra de improperios en voz baja. Un minuto después, rellenó el mismo cuenco con una sopa muy sustanciosa y ella empezó a comerla tan deprisa que casi ni la saboreó. Una vez con el estómago lleno y el cuerpo caliente, el agotamiento se adueñó de ella y se quedó dormida donde estaba sentada.

Quando se despertó por las voces, comprobó que Margaret la



había tumbado en el jergón y la había tapado con una manta.

—Margaret, di una orden —la voz de Brodie era áspera y autoritaria—. Tenía que seguir atada y con los ojos vendados.

—Sí, ya lo sé —replicó Margaret.

Ella quería abrir los ojos para presenciar esa conversación, pero fingió seguir dormida para enterarse de más cosas.

—Has arrastrado a la pobre muchacha durante días sin cuidarla ni darle de comer. Creía que no hacías esas cosas, Brodie.

—Es una prisionera, Margaret y tienes que recordarlo —insistió Brodie resoplando—. La venda era para protegerte a ti y al dos demás. Si no te ve, no podrá decir a Caelan quién estaba aquí.

—Entonces, ya que me ha visto, déjala conmigo —replicó Margaret sin inmutarse—. No hace falta que los demás corran ningún peligro.

—No contestes sus preguntas. Te picará y te indagará, pero no le digas nada.

—¿La despierto? —preguntó Margaret.

—No.

Él hizo una pausa y ella supo que estaba pasándose las manos por el pelo, como hacía siempre que se sentía desconcertado.

—No. Déjala que duerma, pero avísame cuando se haya despertado —ella lo oyó salir de la tienda—. Avísame si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré, Brodie.

Cuando terminaron de hablar, ella quiso decir algo, pero el calor y el cansancio hicieron que se quedara dormida otra vez.

No supo cuánto tiempo había pasado, pero era de noche cuando se despertó. Se destapó, se sentó y estiró los brazos. Sin hacer ruido, se peinó un poco con los dedos y se recogió el pelo en algo parecido a una trenza. Oyó que alguien tomaba una bocanada de aire, miró al rincón de donde había llegado y vio una figura que se acercaba.

—¿Te he despertado? —preguntó Brodie.

—No —contestó ella sacudiendo la cabeza—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí sentado?

Él encogió los inmensos hombros.

—Desde que terminé de ocuparme de algunos asuntos y de comer algo —él señaló un bulto que había al lado del jergón—. Te he traído algo.

Ella iba a rechazarlo, pero el estómago respondió por su cuenta. Unos mendrugos de pan y un poco de queso y carne no habían sido suficientes durante los días de viaje. Ella se había dado cuenta de que Brodie y Rob le habían dado las raciones más grandes, de modo que no habían querido matarla de hambre.

Tomó el bulto, lo desenvolvió y encontró un ave asada, más queso y pan. No tardó mucho en terminar la comida y en beber algo de la cerveza que él le ofreció después.

—Tengo una pregunta —comentó ella. Él gruñó y no dijo nada—. Quiero saber qué pretendes lograr con mi secuestro. ¿Quieres evitar la boda? ¿Por qué ibas a querer evitar la boda?

Él alargó una mano y le tapó la boca. Ella se quedó atónita por ese contacto tan íntimo y se apartó, pero no dijo nada.

—Cuanto menos sepas, mejor para ti.

—¿Por qué? —preguntó ella antes de que él volviera a taparle la boca con los dedos.

—Si no sabes nada, Caelan no podrá sacártelo —contestó él en un tono que le pareció triste.

Ella se separó otra vez y sacudió la cabeza.

—Caelan nunca...

—¿Te haría nada? —le interrumpió él—. ¿No haría nada a tus seres queridos? Me temo que no conoces al verdadero Caelan. Haría las dos cosas sin vacilar ni remordimiento.

Él se levantó y la impresionó con su tamaño.

—Sin embargo, no fue Caelan quien hizo daño a quien yo quería, ¿verdad?

Aunque había tenido que decirlo, los ojos de él se ensombrecieron y ella supo que no debería haberlo dicho. Él apretó los puños y los dientes mientras la miraba.

—No, no fue él —contestó haciendo un esfuerzo.

Él se marchó sin decir nada más y la dejó sola. Ella se levantó y lo siguió fuera de la tienda. Podía ser su ocasión para escaparse y no quería desaprovecharla. Entonces, ¿por qué quería correr hasta él y retirar la acusación? Se detuvo y lo observó alejarse sin mirar atrás. En vez de salir corriendo en dirección contraria, se levantó el vestido y lo siguió. Cada vez que daba un paso, esperaba que alguien la agarrara y la detuviera.

Se escondió detrás de unos árboles cuando él aminoró el paso y se quedó a cierta distancia de él. Lo siguió un poco más hasta que se dio cuenta de que él había llegado al borde de un precipicio. Brodie se

quedó unos minutos inmóvil y mirando la oscuridad. El viento se arremolinó alrededor de ella y le recordó que había salido sin una capa o una manta para protegerse del frío.

—Arabella, vuelve a la tienda de Margaret —le ordenó él sin mirarla.

Ella obedeció y lo dejó allí. Se dio cuenta que había sido una necia al creer que podría haberse escapado. Rob y otros hombres armados estaban vigilándola. Volvió a la tienda y Rob retiró el faldón de la entrada de tela. Todavía quería respuestas, y más en ese momento, cuando su reacción la desconcertaba. Los testigos lo habían declarado culpable. Él no podía rebatirlo y, aun así, no aceptaba la culpa o la responsabilidad por la muerte de su hermano. Lo notó en su voz cuando le respondió. Reconoció el acto, pero no la acusación. Como estaba dispuesto a retenerla hasta que consiguiese algo, tendría tiempo de descubrir la verdad, y lo haría.

## Ocho

Brodie se sentía impotente por primera vez en su vida. No se había sentido tan impotente ni cuando tuvo que hacer frente a la acusación que le cambiaría la vida.

Cuando lo desterraron, supo que podría sobrevivir por sus medios. Conocía esas tierras mejor que nadie y sabía cuáles eran sus puntos fuertes y cuáles los débiles. Entonces, cuando los primeros se escaparon, o fueron expulsados, del castillo y el pueblo y se reunieron con él, se mantuvo confiado en sobrevivir sin familia ni amigos.

El número creciente de Mackintosh desterrados que se unían a él y le llevaban información sobre las actividades y las intenciones de Celan eran un carga más, pero lo ayudaban en muchos sentidos. Cuando llegara el invierno, sobrevivirían gracias a los muchos que eran, no a pesar de ellos. Seguían trabajando en las grutas y serían su refugio cuando llegara la nieve.

Lamentaba haber tenido que robar algunos de los víveres, pero harían lo que fuera hasta que pudieran recuperar su clan. Había estado reuniendo información y pruebas contra Caelan y pondría en práctica su plan antes o después. El secuestro de Arabella le daba el tiempo que necesitaba.

Volvió a quedarse delante de la tienda de Margaret y, una vez más, ni siquiera sabía cómo había llegado hasta allí y maldecía que se ocupara tanto de esa muchacha. No le preocupaban las otras tareas si no surgía algún problema, permitía que los demás llevaran a cabo sus obligaciones sin entrometerse.

Sin embargo, cuando se trataba de ella, perdía el dominio de sí mismo. Hacía dos noches, había querido gritar que él no había matado a su hermano, pero esas palabras no saldrían de su boca. Por mucho que intentara recordar lo que había pasado aquella noche, una espesa niebla se lo impedía. No recordaba nada desde que Malcolm habló del caballo de Arabella.

A Rob le pasaba también lo mismo. En ese momento, cuando sabía lo que hizo, estaba seguro de que Caelan lo había manipulado, pero no tenía pruebas ni podía negar que hubiese matado a su hermano.

La voz de ella dentro de la tienda captó toda su atención.

Ella se rio levemente por algo que había dicho Margaret, pero se calló y él se agachó para entrar en la tienda

—Margaret... —él saludó a la hermana mayor de Rob.

Era viuda y había sido una de las primeras en seguirlos cuando Caelan la expulsó de la casita donde había vivido desde que se casó hacía unos años. Caelan dio algunas excusas, pero no eran el motivo verdadero; ella era la hermana de Rob y Rob era amigo de Brodie.

—Lady Arabella...

Miró alrededor y vio unas velas y un farol encendidos. Ella le entregó algo a Margaret y se quedó delante de él alisándose el vestido. Se agarró las manos con fuerza y lo miró en silencio, hasta que soltó la primera pregunta.

—¿Hay noticias de Caelan o de mi padre?

—No habrá noticias de ellos —contestó él. Margaret susurró algo que le pareció uno de los improperios favoritos de Rob—. Te quedarás aquí hasta que esto haya terminado.

Cayó en la cuenta de lo que había hecho nada más decirlo.

—¿Qué tiene que terminar?

A ella le encantaba hacerle preguntas sin parar. Eran bobas o ridículas, pero siempre metía alguna inteligente para que dijera algo que él no quería decir. Rob le había contado que había hecho lo mismo con él cuando la sacó a estirar las piernas.

—Si quieres dar un paseo, acompáñame.

Él no contestó la pregunta, pero sí sabía que no era agradable pasarse todo el día metida en esa tienda. Ella entrecerró los ojos azules como si estuviera pensándose, como si sopesara la posibilidad de encontrar respuestas contra las ganas de salir al aire fresco de la noche. Él le había dado palabra de que no la ataría ni amordazaría siempre que se quedara con Margaret y, hasta el momento, no había intentado escaparse ni dar la voz de alarma. Brodie también sabía que eso solo era cuestión de tiempo.

Ella asintió con la cabeza y esperó a que él saliera por delante. Brodie le sujetó el faldón de tela y quizá se lo imaginara, pero le pareció que ella olía a flores. Sacudió la cabeza ante una idea tan disparatada y se alejó unos pasos de la tienda de Margaret.

—Por aquí.

Rodearon unas tiendas, unas chozas y otros refugios improvisados y la llevó por el sendero más oscuro y desértico para eludir a quienes vivían en el campamento. Le preocupaba que ella contara cuántos eran, que memorizara sus caras u oyera sus nombres. Hacía un mes estuvieron a punto de descubrir el campamento y no quería correr más riesgos.

La lluvia que había caído durante todo el día había seguido su

camino por el valle y las estrellas brillaban en un cielo despejado. A esa altitud, el cielo despejado también significaba que hacía frío en cuanto se ponía el sol.

Él le había encontrado una capa, pero seguía llevándola sobre un hombro y se había olvidado hasta que la vio tiritar. Sin embargo, ella no se quejaba. Ni del frío ni de que su morada fuese tan incómoda e impropia de una mujer de su categoría. Arabella Cameron no se parecía a ninguna mujer que hubiese conocido. Si las cosas fuesen distintas para ellos...

—Esto es para ti.

Él se detuvo junto al camino que llevaba a su propio refugio y le ofreció una capa marrón con capucha. Volvió a sorprenderla, pero se dio la vuelta y se levantó el pelo para que él pudiese ponérsela. Él se quedó sin aliento por las ganas que tuvo de tomarle la trenza entre las manos.

—Gracias —susurró ella mientras se alejaba un paso.

Él cerró las manos para no agarrarla.

—Puedes bajar por ese saliente si quieres estar sola un rato.

Si se distanciaban, quizá él también tuviese la oportunidad de aclararse las ideas. ¿También...?

—¿Por qué? —ella se cerró bien la capa y lo miró fijamente—. ¿Es una trampa?

—¿Una trampa?

—Si bajo por ahí sin ti, podría pasarme algo y tú podrías decir que no sabes nada. ¿Has planeado secuestrarme para matarme?

Ella lo dijo en una voz baja que parecía demasiado serena, pero su mirada de terror lo desmentía.

—Te dije que no iba a hacerte nada. Te di mi palabra, Arabella.

En ese momento, cuando lo miraba a los ojos, se dio cuenta de que no se fiaba de él y que nunca se fiaría mientras la sangre de su hermano le manchara las manos.

Entonces, ella empezó a correr por donde habían llegado. Corría demasiado deprisa en la oscuridad y con una capa muy larga para ella. Él conocía esos senderos aunque estuviesen oscuros, pero ella, no. Había tomado un sendero equivocado y se dirigía hacia el precipicio.

Corrió todo lo deprisa que pudo y la alcanzó justo antes de que diera el paso fatídico y la tomó entre sus brazos. Temió que el impulso hiciera que los dos cayeran, pero respiró aliviado cuando notó que alguien los agarraba y los mantenía en tierra firme.

—¿Puede saberse qué estás haciendo, Brodie? —le preguntó Rob mientras se levantaba.

—Protegerla —contestó Brodie levantándose también y soltándola. Ella se apartó y miró a Brodie y a Rob—. Estamos en la montaña, muchacha. Hay muchos... —él señaló el precipicio—...y acabarían con tu vida mucho antes que yo.

Ella se quedó boquiabierta y sacudió la cabeza. Rob dijo algo en voz baja, como siempre, y él cerró los ojos para intentar tener paciencia y prudencia, pero no lo consiguió.

—Vamos. Dame la mano —le pidió Brodie tendiéndole la mano.

Habría sido mejor para su tranquilidad de espíritu que Rob la hubiese acompañado en ese momento, pero no quiso entregársela y renunciar a ella. Ella vaciló, pero sacó una mano de debajo de la capa y tomó la de él. Rob se aclaró la garganta y se alejó con los otros dos hombres que lo habían acompañado. Él se puso su mano en el brazo y ella dejó de temblar mientras volvían en silencio. Tenía que decirle algunas cosas y ese sería el momento idóneo. No era una información concreta sobre lo que tenía pensado, pero ella se merecía saber algo de lo que había descubierto porque existía una posibilidad muy grande de que él fracasara y ella volviera con Caelan.

—Arabella, te ha traído aquí para impedir la boda y el tratado. Te retendré aquí hasta que consiga detener a Caelan.

Él esperó la ristra de preguntas y acusaciones de ella, pero no dijo nada.

Había acusado a Caelan otra vez, pero ella no había discutido. El miedo que la dominaba era su enemigo, tanto como el hombre que tenía al lado. Si escapaba, y pensaba intentarlo, todo lo que dijera a Caelan serviría para que acabara con su primo desterrado y con lo que tenía planeado. Lo más sensato sería enterarse de todo lo que pudiera y no enfrentarse a él.

—Si no vas a contarme tus planes, ¿podrías decirme qué crees que está planeando Caelan? El tratado traerá la paz entre los Cameron y los Mackintosh y pondrá fin al derramamiento de sangre. ¿No es algo deseable?

—Una tregua verdadera y honrosa es deseable y hay que buscarla, como hicieron mi tío y tu padre, pero Caelan está alterándola —él la miró y ella no pudo respirar—. El deber para el que nos criaron a ti y a mí no es lo que puedes esperar de Caelan si triunfa, Arabella.

Él había hablado de un deber mutuo. Hacía unos meses, eso habría servido para ganarse su respaldo, habría ayudado para allanar el camino a aceptarlo como marido. Le consolaba saber que el deber hacia sus familias iría por encima de sus deseos personales. Sin embargo, eso era antes de que hubiera matado a su hermano, de que su clan lo hubiese desterrado y de que la hubiese secuestrado.

—¿Qué puedo esperar? Caelan aceptó la silla de *laird* y juró proteger a tu... —iba a haber dicho «tu clan», pero ya no lo era—. Caelan juró lealtad y prometió llevar a cabo el tratado.

Él suspiró con desesperación y ella casi esperó que soltara algún impropio, como hacía su amigo. Sin embargo, se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Caelan ha hecho muchas promesas, ha engañado a mucha gente, me engañó a mí durante demasiado tiempo, Arabella. Creí que tú, sobre todo tú, ya habrías visto lo que esconde.

—¿Sobre todo yo? No sé qué quieres decir con eso, Brodie.

—Tú usas tu belleza como una máscara para esconder la mujer que hay debajo. Creía que podías reconocer a quienes hacen lo mismo.

Ella quiso negarlo, decirle que estaba equivocado, pero la había desenmascarado. Además, si Caelan le ocultaba algo a ella, nunca había hecho caso de las pistas. Sin embargo, ¿qué podía decirle en ese momento? ¿Debería reconocerlo?

—No me debes ninguna explicación —siguió él—. Solo quiero que sepas que mi primo no es lo que parece, hasta que ya no te necesite. Cuando te conviertas en moneda de cambio, verás lo que busca.

Ella se estremeció por sus palabras y por el miedo de que dijera la verdad. ¿Estaría ocultándole algo Caelan? Tenía que pensarlo, pero era imposible con Brodie mirándola como si esperara que lo creyera.

—¿Puedo volver con Margaret ya? —preguntó ella.

Tenía que alejarse de él. Había demasiadas palabras que amenazaban con brotar y demasiadas acusaciones que le quemaban la lengua. Peor aún, demasiadas preguntas le bullían por dentro. No sabría la verdad por soltarlas ni Brodie iba a decirle nada más. Dado que sus preguntas lo enfadaban y él las pasaba por alto, no le serviría de nada hacerlas en ese momento.

—Por aquí —contestó él señalando hacia la izquierda.

Él no le ofreció el brazo y le hizo un gesto para que pasara por delante. Ella conocía esa parte del sendero y llegaron enseguida a la



tienda de Margaret, quien estaba esperándolos. Entró sin decir nada para buscar un refugio de las dudas que la asediaban en ese momento. Oyó a Brodie.

—Margaret, no bajas la guardia con ella.

Debería haberse sentido ofendida, pero se sintió como si él supiera que escondía algo, que la consideraba distinta, como no la había considerado nadie salvo su hermano. Además, la advertencia estaba justificada porque ella había empezado a hacer planes para escaparse. Se había ofrecido a ayudar a Margaret con la costura porque eso le permitía trabajar con la ropa de otros. Ya había empezado a reunir la ropa que la disfrazaría. Cuando tuviera suficiente, encontraría su caballo y se escaparía. Aunque no supiera dónde estaba, sí sabía que tenía que bajar de las montañas hacia un lago. Una vez en los caminos principales, encontraría la dirección o a alguien que supiera cómo ir a las tierras de su padre.

Quizá solo tardara un par de días más porque había escondido unas calzas debajo del jergón y la capa que llevaba en ese momento le serviría para ocultar el rostro. Cuando tuviera una camisola o una túnica, lo intentaría. Margaret siempre la abandonaba al anochecer para ir a buscar la comida y estaría lo bastante oscuro como para que los centinelas no la reconocieran. Dentro de un par de días, como mucho, haría algo por fin y no se quedaría de brazos cruzados mientras esperaba que la rescataran o soltaran. Cuando volviera con Caelan, descubriría si Brodie le había dicho la verdad. A juzgar por los celos que la dominaban en ese momento, le preocupaba que se la hubiese dicho.

Había conseguido la ropa con más facilidad de la que se había imaginado. Aunque no sabía cuánta había allí, estaba claro que no había suficientes mujeres que supieran coser la ropa rasgada... o quizá fuese la manera que tenía Margaret de mantenerla ocupada durante su cautiverio. Fuera por lo que fuera, lo agradecía porque le espantaba la inactividad y le daba tiempo para preparar su plan.

En ese momento, observaba las sombras cada vez que el viento levantaba el faldón y supo que tendría que moverse con rapidez cuando Margaret se marchara. Se había fijado en los giros y recodos del camino porque la noche anterior le permitieron dar un paseo con uno de los hombres de Rob. Por fin, Margaret dejó la ropa, las telas y las agujas y fue a buscar la cena. Se le retorció el estómago por los

nervios y creyó que podría vomitar por la tensión. Se levantó y se quitó el vestido. Hizo una mueca de disgusto por el olor del vestido después de haberlo llevado tanto tiempo y lo escondió entre el jergón y el costado de la tienda. Con una velocidad que había admirado a su doncella, se puso las calzas y las medias. La tela le daba una forma a sus piernas que no había visto jamás. Se vendó los pechos con un trozo de lino y se puso la túnica. Se metió la trenza por debajo de la camisola y esperó que la capa disimulara cualquier error. Se puso la capucha, levantó el faldón de la tienda y miró alrededor antes de salir. Tomó aliento para serenarse y salió. Imitó el paso viril de su hermano y otros jóvenes, aceleró el paso e intentó seguir el sendero que había memorizado para llegar al cercado donde guardaban los caballos. Aunque el cielo estaba despejado, no había luna y tendría poco tiempo para bajar la montaña si no se daba prisa. No miró ni a izquierda ni a derecha y no levantó la cabeza. Entonces, oyó los caballos y vio el suyo. Trepó fácilmente el cercado improvisado gracias a la ropa que llevaba, se acercó a su caballo y le acarició el hocico y el cuello. Entonces, él buscó las golosinas que le llevaba siempre.

—La próxima vez, muchacho —susurró ella.

Encontró unas bridas colgando de la cerca y se las puso a toda velocidad. Lo sacó por la puerta intentando no asustar a los otros caballos. No tenía tiempo para ensillarlo, pero usó la cerca como escalón y se subió al lomo del caballo. No sería la primera vez que lo montara a pelo, ni la última. Se enrolló las riendas a las manos y se agarró a la melena. Le golpeó levemente los flancos con los talones y lo dirigió hacia la salida del campamento. Mejor dicho, lo habría hecho si no se hubiese encontrado con un obstáculo en el camino. Brodie estaba en jarras y con una mirada sombría. Todavía estaba lejos y ella podría lanzarse a galope tendido para que él tuviera que apartarse. Sin embargo, fue él quien empezó a correr hacia ellos. El caballo se encabritó, relinchó y resopló con rabia. Ella sujetó las riendas con fuerza creyendo que él se abalanzaría sobre ellos, pero se detuvo a unos metros y esperó a que ella dominara el caballo.

—¿Quieres correr el riesgo? —preguntó él en un tono tranquilo y no con gritos furiosos como había esperado ella.

—¿Riesgo? Él es mío, me conoce y puede sacarme de aquí —contestó ella.

—No hay luna y la niebla cae muy deprisa en la montaña. ¿Llevarías a ese caballo por el sendero de una ladera que no conoces ni has visto nunca? Si no te importa tu vida, creía que sí lo querías

más a él, Arabella.

Él cruzó los brazos sobre su imponente pecho y la miró con furia. Ella captó una acusación mezclada con decepción y, peor aún, le molestaba aunque no quisiera reconocerlo. Quería apartarlo del camino y escapar, pero, por desgracia, él tenía razón. Se acercó y levantó una mano para agarrar las riendas. El caballo escarbó con las pezuñas y lo acarició con el hocico como le había hecho a ella. ¡Era un traidor!

—Dame las riendas —le ordenó él.

—Quiero irme a mi casa, Brodie. Déjame pasar.

La voz le había temblado y había sonado, incluso a ella, como si se lo hubiese suplicado. No pudo soportarlo.

—Dame las riendas, Bella.

Ella, atónita al oír que la llamaba así, soltó las riendas. Nadie la llamaba así salvo... salvo... Malcolm, y ese era el hombre que le había quitado la vida. El mismo hombre que, en ese momento, tenía su vida en sus manos. Miró esas manos y las recordó cubiertas por la sangre de su hermano aquella mañana aterradora. No supo que se había abalanzado sobre él hasta que cayeron al suelo.

## Nueve

Lo único que lo avisó de que iba a atacarlo fue el destello de desolación absoluta que vio en sus ojos. Entonces, sus ojos azules se oscurecieron y saltó desde el lomo de caballo sobre él. Le dio un rodillazo en el abdomen y se quedó sin respiración. Luego, ella empezó a gritar unas palabras ininteligibles mientras lo arañaba. El caballo también reaccionó y saltaba alrededor de ellos mientras él intentaba dominar a ese demonio con cuerpo de mujer que le despellejaba la cara con las uñas. Si no conseguía apartarlos, el caballo acabaría matándolos a los dos. Dio un silbido ensordecedor para pedir ayuda.

Consiguió agarrarle las dos manos y se tiró al suelo arrastrándola por el camino embarrado. Rob acudió corriendo y levantó las manos para intentar asustar al caballo. Cuando se encabritó, agarró las riendas, lo puso a cuatro patas otra vez e intentó calmarlo. Lo mismo que él con esa mujer salvaje que tenía debajo. Los dos estaban en la zanja que había al lado del camino para recoger el agua de la lluvia. Estaban cubiertos de barro, la capa se le había abierto y ella, mientras intentaba zafarse, no paraba de llamarlo asesino una y otra vez.

—Arabella, para ya —le ordenó él con los dientes apretados.

Se apoyó con más fuerza sobre su delicado cuerpo para que dejara de luchar y de acusarlo. Quería que se callara. Estaba llegando más gente atraída por los ruidos y los gritos y no quería que la oyeran. Podrían pensar lo mismo. Quizá no creyeran que era culpable, pero él no quería oír eso delante de todos lo que se habían jugado sus vidas y porvenires con el de él.

—Para —susurró—. Te lo pido, para.

Su súplica serena se abrió paso en su histeria y se quedó inmóvil. Sus ojos se fijaron por fin en su rostro y él supo que había recuperado el dominio de sí misma. Su cuerpo perdió la tensión debajo de él y dejó de resistirse tan rápidamente que creyó que se había desmayado. Empezó a respirar profundamente, sus pechos se movieron contra él y le recordaron que había prometido no hacerle nada.

Le soltó las manos lentamente. Le escocía la cara y le dolía el abdomen. Se levantó, se limpió el barro y la sangre de la cara y le tendió una mano para ayudarla. Su mirada vacía se llenó de desconcierto y vergüenza mientras seguía tumbada e inmóvil. Rob se

había llevado al animal y los otros hombres se habían marchado, así que él se agachó y la tomó en brazos. Ella no se resistió, se limitó a caer sobre su pecho y, entonces, él se dio cuenta de que llevaba la ropa de otro hombre, no su vestido. Notó con claridad el contorno de sus piernas y supo que notaría mucho más si movía las manos.

Se dirigió hacia su gruta e hizo un gesto con la cabeza a uno de los centinelas para que los siguiera. Una vez dentro, la dejó de pie y salió para pedir cubos de agua caliente y fría para que Margaret se ocupara de ella.

Ya era noche cerrada cuando ella se había limpiado el barro de su cuerpo y él se había bañado en el arroyo. El agua gélida le había devuelto el juicio y creía que también le había sofocado el deseo que sentía por ella, hasta que volvió a su refugio y la vio sentada en su jergón envuelta en una manta y mirando una pared. Se acercó sin estridencias, pero sin evitar hacer ruido. Parecía frágil y vacía, como no la había visto nunca. No era la hermosa lady Arabella que sonreía de manera forzada, pero tampoco era la mujer inteligente, sobrada de recursos y desesperante. Algo se había quebrado dentro de ella. Rebuscó en su memoria el momento en que perdió el dominio de sí misma y lo atacó. Bella... La había llamado como su hermano solía llamarla. Siguió rebuscando entre los recuerdos en qué momento se lo dijo Malcolm y se acordó de la conversación que tuvieron aquella noche, pero no se acordó de mucho más.

También sabía que tendría que responder por el momento en el que se le escapó e hizo que esa mujer tan fuerte se alterara de esa manera. Suspiró y buscó la jarra que guardaba en el arcón. La observó mientras daba un sorbo y el líquido le abrasaba la garganta. Por debajo de la manta asomaba el borde de un vestido, pero no era el que había llevado desde que la secuestró. No había pensado lo más mínimo en su comodidad y aseo cuando planeó llevarla allí. En ese momento, el pelo suelto y húmedo le caía por la espalda. Margaret también la había ayudado con eso.

Se acercó con la jarra y le sirvió una copa. Ella no la aceptó y la dejó en el suelo. Se sentó enfrente de ella apoyado en la pared, estiró las piernas y volvió a beber directamente de la jarra.

—¿De dónde has sacado esa ropa? ¿Tengo que ir a ver si alguno de mis hombres está inconsciente en medio de la noche? — preguntó él sin esperar que ella fuese a contestar.

Estaba alterada emocionalmente por muchas cosas, entre otras, que él la hubiese secuestrado. Debería haberlo previsto, pero eso era una muestra de lo fuerte que era ella. Forjada en acero... Eran unas palabras que le sonaban, pero, una vez más, no sabía cuándo las había oído o dicho.

—No —el susurro rasgó el silencio y él la miró—. Nadie está herido.

—Vaya, me alegro —la verdad era que no creía que ella le hubiese hecho nada a nadie—. ¿Y la ropa?

Ella contestó sin mirarlo ni moverse lo más mínimo.

—He ayudado a Margaret a remendar ropa.

—Entonces, la arreglabas y la escondías hasta que la necesitaras, ¿no?

Era muy lista. Ella no contestó, pero se inclinó y tomó la copa. Dio un sorbo, volvió a dejarla en el suelo y se dejó caer hasta apoyarse en la pared como él.

—¿Es demasiado fuerte para ti?

Ella asintió con la cabeza y se llevó el dorso de la mano a los labios. Él fue a por una jarra de agua y añadió un poco en su copa. Luego, volvió a donde había estado sentado y se quedaron un rato en silencio, hasta que le hizo la pregunta que no había podido preguntarle a nadie más.

—¿Estabas allí cuando murió mi tío?

El sentimiento de traición que vio reflejado en los ojos de su tío cuando lo desterró lo perseguiría toda su vida. Peor aún, él no pudo negar las acusaciones y limpiar su nombre.

—No —contestó ella—. Habíamos vuelto a nuestras tierras y nos enteramos de la noticia después.

No había tenido la ocasión de reconciliarse con Lachlan, quien lo había criado, lo había adiestrado y lo había convertido en un hombre... y que había muerto creyendo que lo había traicionado a él y a su labor para garantizar un futuro pacífico para su clan.

—Mi padre dijo que no lo vio sufrir, que empezó a costarle asimilar la comida y que dos días después, él... él...

Él asintió con la cabeza y se quedó sumido en la tristeza pensando en toda la gente que había perdido por los planes de su primo. Había eludido aquello para permitir que sus sentimientos fuesen calando, pero ya no podía. Si pudiera... Sus planes no podían recuperar a los que ya había perdido, pero evitaría que su clan siguiera destruyéndose, como el de los Cameron. Estaba tan absorto

por los recuerdos que no la oyó acercarse y su caricia en la mejilla lo sobresaltó. Ella estaba arrodillada a su lado y le acariciaba la cara.

—Estás sangrando —dijo con un susurro.

Él se había lavado los arañazos, pero no les había dado más importancia. Levantó la mano para comprobar que sangraba, pero ella se la apartó.

—Yo me ocuparé.

Sus atenciones, delicadas y firmes, acabaron con cualquier sensación de dominio de sí mismo que creía que tenía. Sentía su aliento en la piel mientras le pasaba un paño por cada arañazo. No habría pasado nada, habría podido resistir su cercanía si no le hubiese introducido los dedos entre el pelo para apartárselo de la cara. Giró la cabeza y su cara quedó muy cerca de la de ella. Ella contuvo el aliento, pero no vio miedo en sus ojos. Se oscurecieron y separó ligeramente los labios. Entonces, él perdió la batalla.

Los dedos de ella se quedaron quietos entre su pelo cuando se inclinó, la besó en la boca, la estrechó contra sí y le pasó la lengua por los labios. Al principio, lo miró a los ojos, pero cuando ella los cerró, él introdujo una mano entre su pelo y la acercó más. Notaba sus pechos que subían y bajaban cada vez que respiraba. Su boca y su cuerpo perdieron la tensión y volvió a pasarle la lengua por los labios hasta que los separó más. Se deleitó con su sabor dulce, con cierto regusto a whisky, a Arabella y a mucho más.

Sonrió sin apartar los labios cuando lo dejó entrar. Encontró su lengua y la succionó ligeramente. Lo embriagaba, lo seducía. Esperó algún gesto de duda o rechazo, pero ella, en vez, le tocó la punta de la lengua con la suya. Entonces, volvió a esperar que la curiosidad, tan característica de ella como la belleza, la estimulara un poco más. No lo decepcionó porque empezó a acariciarle la boca con la lengua hasta que él notó una erección creciente.

Lo que quería de verdad era tumbarla, desnudarla y paladear cada rincón de su cuerpo. En ese momento, después de haber oído sus levísimos jadeos, quería oír los sonidos que dejaría escapar llevada por la pasión. ¿Qué oíría cuando le besara los pechos o le acariciara ese punto entre las piernas o entrara en ella? Se apartó un poco para mirarla y se sintió eufórico cuando vio que sus ojos azules rebosaban de pasión.

Entonces, algo crujió sonoramente a la entrada de la gruta. Los dos se sobresaltaron y Arabella se apartó hasta que no se tocaron lo más mínimo. Allí de rodillas, con la boca de ella inflamada por los

besos y su erección rampante por besarla, supo que quería más... de ella... con ella.

Los pasos captaron toda su atención y se apartó de su desconcertante cercanía para levantarse. Tenía obligaciones, tenía que hacer cosas y gente que dependía de él. Peor aún, sabía que ella nunca sería suya. El tiempo corría en su contra, como los recursos y el compromiso de las personas que había allí.

Quería explicarle todo a Arabella, pero sabía los métodos de Caelan. Si fracasaba, no quería que ella pagara por sus pecados. Cuanto menos supiera, mejor. Aunque si fracasaba, lo más probable era que ella y su familia también lo pagaran.

—Descansa ahí esta noche —dijo él señalando su jergón.

Ella levantó la barbilla como si fuese a discutir, pero sus miradas se encontraron, ella miró hacia otro lado y asintió con la cabeza.

—¿Por qué me llamaste así? —preguntó ella con delicadeza cuando él estaba casi fuera de la gruta.

Él se encogió de hombros y no fingió no haberlo entendido.

—Oí que te llamaban así una vez.

—¿Cuándo? ¿Quién? —preguntó ella levantándose y retorciéndose las manos—. Nadie puede hacerlo, a mi padre no le gustaría.

Volvía a ser frágil, perdía la entereza, un recuerdo la abrumaba. Con lo que había oído y lo que acababa de mostrarle, supo que su padre debió de castigarla en el pasado, como con el caballo negro. No supo si decirle el nombre o si la verdad le dolería más todavía. ¿Volvería a perder el dominio de sí misma? Aunque ella agradecería la verdad, él no podía arriesgarse.

—Lo siento, Arabella, pero no me acuerdo —contestó él dándose la vuelta.

—Fue... Malcolm, ¿verdad? —preguntó ella acercándose y agarrándole el brazo—. ¿Qué más dijo?

El tono suplicante y abatido de ella hizo que estuviera a punto de caer de rodillas.

—Sí, fue tu hermano, pero no me acuerdo de cuándo lo dijo.

Él no la miró porque sabía que no podría disimular la mentira. Ella lo soltó y él, sin decir nada más, se marchó de la cueva y la dejó sola. Rob estaba esperándolo y le hizo un gesto para que se acercara, pero él la miró de soslayo. Ella se quedó un momento inmóvil, hasta que se llevó una mano a la boca, se pasó los dedos por los labios inflamados por los besos y se dio la vuelta. Rob lo llamó y le hizo un



gesto con la cabeza. Después de poner dos centinelas a la entrada de la gruta, fue a ver por qué su amigo no tenía la expresión jovial que tenía siempre. No podía ser nada agradable.

Las palpitaciones de su cuerpo no podían indicar nada bueno. Tenía los labios inflamados y la piel de gallina. Un rincón muy profundo de su cuerpo anhelaba algo que ella no podía identificar. Bueno, si era sincera consigo misma, sí podía. Quería más de él. Los besos que se había dado con Caelan nunca habían despertado ese deseo. Habían sido besos tibios y desapasionados, besos de amigos sin intimidad ni anhelo. Los de Brodie habían sido posesivos y seductores. Él la había saboreado y la había enseñado a saborearlo. La deseaba. Ella pudo oírlo en su respiración y notarlo en la forma de abrazarla y en la... alteración de su cuerpo debajo de ella. Había hecho la pregunta porque tenía que salir de ese deslumbramiento cautivador y volver a recordar quién era él y, sobre todo, quién era ella.

Hacía unos meses, la curiosidad que sintió por él había sido adecuada porque podrían haberse casado. En ese momento, él era el hombre que la había secuestrado y matado a su hermano. Que la deseara solo podía llevar a más deshonra y dolor de corazón. Si hacía esas cosas, no podía ser el hombre que había creído que era hacía esos meses. En vez de cumplir con su deber hacia su clan, lo había dividido. En vez de honrar los deseos de su tío y de los ancianos, había destrozado todo lo que estos habían intentado lograr. En vez de ser un hombre que ella habría podido amar, era un hombre que odiaba. Peor aún, había conseguido que se odiara a sí misma por el papel que había representado en esa tragedia.

Si no le hubiese pedido a Malcolm que fuese con ellos aquella noche, podría seguir vivo y no habría pasado nada de todo eso. Además, Brodie hacía que detestara esa debilidad que le había permitido disfrutar con sus besos. Permitir esa intimidad, cuando sabía lo que sabía de él, era deplorable y confirmaba que el juicio de su padre sobre ella era acertado. Siempre que intentaba ir contra los deseos de él o hacía algo como ella quería, llegaba el desastre. Había pasado con Malcolm, tanto cuando eran niños y vivían con un padre siempre enfadado después de la muerte de su esposa como después, cuando lo mandó a la muerte. Debería aprender antes de que su mal juicio causara más muertes.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

## Diez

—Caelan tiene a Magnus —le explicó Rob mientras se acercaban a un grupo de hombres.

Eran sus amigos más fieles, unos hombres y algunas mujeres que habían abandonado el castillo de Drumlui, o los habían expulsado de él. Con su ayuda, había podido encontrar esas grutas y esconderse de Caelan.

Magnus... Su amistad se había roto por el amor de una mujer, pero Magnus seguía siendo fiel a su causa aunque aparentara lo contrario. Él no había podido ofrecerle el matrimonio a Isabel porque su propio futuro no se había decidido todavía, la amaba a su manera. Magnus sí le había ofrecido lo que él no había podido, pero ella no eligió a ninguno, se marchó de Drumlui y se fue a vivir a otro pueblo con su hermana. Magnus le culpó a él de haber perdido esa ocasión.

Sin embargo, Magnus conocía los sitios donde solía esconderse y desde donde él u otros espiaban a Caelan. También conocía la identidad de todos los implicados. Además, si habían sospechado de él no quería dejar a nadie a merced de Caelan porque no tenía compasión.

—¿Desde cuándo? —preguntó él.

—Dos días. Acabamos de enterarnos —contestó Rob.

—¿En el castillo?

Sería casi imposible sacarlo del castillo y esperó que Magnus estuviese cautivo en otro sitio, pero la expresión sombría de Rob la quitó toda esperanza.

—¿A quién tenemos allí? —siguió él.

—Grigor es el único que podría hacer algo. Los demás...

Rob se calló y miró a Hamish y Duncan, quienes se encogieron de hombros y asintieron con la cabeza. Grigor era un anciano que sabía sus planes y lo había respaldado en su intento de ser el sucesor, pero no podía esperar que lo ayudara en eso.

—¿Cuánto tiempo creéis que le queda?

Miró a los demás y ellos entendieron la pregunta. ¿Cuánto tiempo aguantaría Magnus antes de traicionarlos? Aunque, en realidad, no sería una traición porque casi ningún hombre, si había alguno, podría resistir los métodos que empleaba Caelan para doblegar su resistencia. Sin embargo, nadie sabía que Magnus estaba en todo momento trabajando para él. Jamie fue el primero en hablar.

—Creo que poco. Deberíamos irnos más al norte ahora mismo.

—Es demasiado peligroso —intervino Duncan antes de que pudiera hacerlo Brodie—. Somos demasiadas personas para desplazarnos sin saber a dónde ir. Además, se acerca el invierno.

Todos asintieron con la cabeza. Ya habían hablado de eso muchas veces y habían llegado a la misma conclusión.

—Quizá fuese más fácil que alguien se acercara lo suficiente y lo matara.

Aunque la idea debería haberlo espantado, no lo hizo. Era preferible una muerte rápida que las torturas de Caelan, pero Magnus era demasiado importante como para dejarlo allí.

—Pon más centinelas que vigilen los caminos —ordenó Brodie y Jamie asintió con la cabeza—. Decidle a Grigor que nos ayude si puede. Si se le ocurre alguna manera de sacar a Magnus del castillo, quiero que haya hombres preparados para sacarlo —Rob y Duncan asintieron con la cabeza—. Y tened cuidado porque sé que esto encierra una trampa de algún tipo.

—¿Traerlo aquí? —preguntó Rob—. ¿Es prudente?

Esa era la cuestión de fondo. ¿Podían confiar en un hombre que había sucumbido a la tortura? Resopló. ¿Qué podían hacer si no? Aunque sabía que lo más probable era que fuese una trampa, tenían que intentar liberarlo. Asintió con la cabeza.

—Sí, traedlo aquí. Estudiad cómo hacerlo.

—¿Y si está en mal estado?

Rob parecía ser el encargado de hacer las preguntas complicadas.

—Haced lo que podáis, lo que tengáis que hacer.

Se hizo el silencio y todos se dieron cuenta otra vez de que era una guerra. Él quería cambiar las cosas y cambiarlas pronto.

—Rob, dile a Grigor que no me queda tiempo —Rob lo miró sin comprenderlo—. Él lo entenderá.

Los demás se marcharon y él se quedó con Rob, quien no tardó en hacerle preguntas. Él pensó que quizá hubiese sido un error haberle dejado que pasase tiempo con Arabella, una mujer hecha de preguntas.

—Brodie, ¿qué necesitas de Grigor? No me lo has contado.

—Cuantas menos personas lo sepan, mejor para todos.

—¿Cómo puedes decirme eso? —Rob le empujó el pecho—. Me he arriesgado mucho por ti. Me merezco saberlo.

Él se había guardado toda la información y los documentos cruciales por miedo a la traición o a la necesidad de acelerar las cosas y

golpear sin la preparación necesaria. No permitía que nadie conociera todas las pruebas que había reunido para detener el camino a la destrucción de Caelan. Sin embargo, si le pasaba algo a él, no quedarían esperanzas para quienes vivían allí. Con las pruebas, podrían encontrar su camino y conseguir la protección de uno de los clanes aliados de los Mackintosh porque los planes de Caelan eran tan grandes como su vanidad y no se limitaban a dominar a los Cameron, abarcaban a todos los aliados de la confederación Chattan. Unos aliados que no se conformarían ni dejarían el camino libre para ese jefe joven, inexperto, indisciplinado y sediento de poder.

Asintió con la cabeza y volvió a su gruta para recoger la caja fuerte con las pruebas. Arabella se sobresaltó al verlo, pero no dijo nada. Seguía donde la había dejado y parecía perdida. Movi6 el arc6n y levant6 la tapa. La caja fuerte estaba encadenada y cerrada con un candado que solo 6l pod6a abrir. La tom6 debajo de un brazo y se detuvo delante de ella.

—¿Te pasa algo? —la mir6 detenidamente y esper6 una respuesta, pero ella neg6 levemente con la cabeza—. Volver6 dentro de un rato. Si necesitas algo, d6selo a uno de los centinelas.

Fueron a la tienda de Margaret, donde podr6an tener cierta privacidad, y le explic6 todo a su amigo. Le cont6 a Rob la informaci6n que hab6a ocultado a los dem6s y su reacci6n ante la dimensi6n de la maldad de su primo fue la misma que cuando se enter6 de sus m6todos. Primero se qued6 at6nito, luego se enfureci6 y acab6 firmemente convencido de que hab6a que impedirle destruir el clan con sus planes.

Hab6an hablado hasta bien entrada la noche y luego hab6a escondido la caja fuerte en otro sitio. Rob y 6l recorrieron el per6metro para comprobar que los centinelas estaban en sus sitios y para buscar indicios de alg6n problema. Entonces, cuando empezaba a despuntar al alba, Rob, Duncan y algunos guerreros fueron a ayudar como pudieran a sacar a Magnus del castillo de Drumlui. Por primera vez desde que descubri6 el primero de los secretos de Caelan y a pesar de lo que se avecinaba, sinti6 una opresi6n en el pecho al saber que su amigo estar6a all6 en vez de 6l.

Fue hac6a la gruta pensando c6mo deber6a tratar a su prisionera. Era m6s dif6cil escapar de la gruta, pero conoc6a a Arabella y estaba seguro de que volver6a a intentarlo. Se agach6, entr6 en silencio para

no despertarla y para dormir un par de horas antes de que el campamento recuperara la actividad. Ella estaba tumbada de costado y de cara a la pared. No supo si estaba despierta o dormida, pero extendió una manta en el suelo, donde estuvo sentado hacía unas horas, y se apoyó en la superficie de piedra. Dio unas cabezadas, pero no consiguió dormir profundamente al tenerla tan cerca y al recordar el sabor y el tacto de su piel.

Brodie se levantó en cuanto oyó su nombre, salió de la cueva, ordenó al centinela que la vigilara y supo que ese sería el único momento del día en el que pensaría en ella. Había algo en sus entrañas que le decía que la situación con Magnus era una trampa. Aunque Rob había salido hacía una hora, sabía que podía alcanzarlo y lo haría. Algo iba mal. Un peligro estaba acechándolos. La última vez que sintió esa intuición de guerrero fue algo parecido porque los seguidores de Caelan habían estado a punto de capturar a un pequeño grupo de hombres que había mandado para vigilar Drumlui. ¿Esa vez? No sabía qué se avecinaba, solo sabía que se avecinaba algo. Ensiló el caballo negro, reunió algunos hombres y partieron antes de que el sol hubiese salido completamente.

Margaret la visitó a mediodía y le llevó comida. Además, bendita fuese, también le llevó algo que hacer. Estar allí sentada o yendo de un lado a otro le daba demasiado tiempo para pensar. El saco con ropa le mantendría las manos ocupadas.

—¿Planearéis otra fuga con esto? —le preguntó Margaret sin el más mínimo tono de censura.

—Había pensado intentarlo de otra forma la próxima vez —contestó ella mientras volvía a sentir la camaradería entre las dos.

—Muy sensato —la hermana de Rob le entregó las agujas y el hilo y se rio—. A partir de ahora, él contará todas las calzas y camisas.

—Te pido perdón si te he perjudicado.

Siempre había alguien que pagaba por sus errores, pero no había querido que le pasara nada a esa mujer que había sido tan amable con ella.

—¿Perjudicarme, milady? ¿Qué queréis decir?

—Brodie. ¿Te ha castigado por dejar que me escapara?

Su padre no permitiría una desobediencia así. Su padre no

había...

Margaret dejó la costura sobre su regazo y la miró un rato antes de contestar.

—¿Habéis visto o habéis oído que castigara a alguien? Mi tienda está en medio de todo. ¿Lo habéis oído gritar o pegar a alguien? ¿Os ha levantado la mano?

Ella había oído a su padre y a Caelan hablar de los ataques despiadados de Brodie al pueblo y sobre su autoridad inflexible sobre la banda de bandidos que usaba para acosar a los Mackintosh, pero allí, como prisionera, no había visto nada de eso. Podría haber sido despiadado con ella para que pagara por todo lo que tenía contra Caelan y su padre, pero le había dado de comer, la había mantenido caliente y la había dejado a cargo de una mujer que, como él tenía que saber, desobedecería sus órdenes. Aparte de esos besos y el deseo que había visto en sus ojos, no la había maltratado ni, desde luego, la había forzado.

—No —contestó ella mirando hacia otro lado.

Algunas veces, era difícil aceptar la verdad y era más fácil creerse las mentiras.

—Efectivamente.

Ella cosió y evitó la mirada de Margaret durante un rato. Se intercambiaron unas prendas porque a ella se le daban mejor las puntadas finas y complicadas y Margaret era más hábil cortando y poniendo los parches. Margaret habló primero.

—Milady, ¿puedo haceros una pregunta? —ella asintió con la cabeza y Margaret tragó saliva—. Los arañazos en la cara de Brodie... ¿Intentó...?

Ella se sonrojó por la humillación al entender lo que había querido decir. Debía de parecer como si se hubiese resistido a su acoso en vez de haber sido ella quien lo había atacado.

—No —si había sido demasiado tajante podía atribuirlo al bochorno y remordimiento que todavía sentía por haber dejado que la besara—. Le verdad es que lo hice cuando él evitó que me escapara.

Trabajaron el resto de la tarde y comieron juntas cuando uno de los centinelas les llevó comida. Entonces, cuando Margaret se preparó para marcharse, le explicó que Brodie estaría un tiempo fuera.

—¿Ha vuelto a Drumlui, Margaret? ¿Va a pedir un rescate? El oro y los víveres os ayudarían a sobrevivir aquí...

—Milady, se trata de mucho más que oro y víveres —replicó Margaret.

¿Estaba ella implicada en los planes de Brodie, fueran cuales fuesen?

—¿Qué sabes de sus planes? —se acercó a Margaret y bajó la voz para que los centinelas no la oyeran—. ¿Por qué no van a pedir un rescate por mí? —Margaret fue a alejarse pero ella la agarró—. ¿Por qué no quiere negociar mi vuelta?

—Porque devolveros a Caelan significaría vuestra muerte, como la de cualquiera de nosotros que volviera a Drumlui.

Ella se apartó tambaleándose. No podía ser verdad. Caelan quería casarse con ella y quería la paz.

—No puede ser verdad —insistió ella.

Aunque lo fuese, ¿por qué iba a importarle que significase su muerte si ella no era nada para él?

—Milady —susurró Margaret—, a las mujeres nos mantienen al margen de esas cosas porque no tenemos elección, hasta que es demasiado tarde. Mi marido murió y el jefe nuevo me expulsó de mi casa antes de que yo aceptara la realidad.

—¿Tu marido?

—Sí. Lo mataron delante de mí por dudar del derecho de Caelan sobre nuestra casa. Peor aún, Rob había intentado convencer a Conall de que tenía que marcharse, pero él no le hizo caso porque creía que Caelan era un hombre justo y un señor respetable.

La cabeza se le llenó de dudas y posibilidades. Se preciaba de ser inteligente y curiosa, pero no había visto ese lado de Caelan. La habían educado para ser gentil y hermosa, la esposa perfecta de un noble que necesitaría su fortuna, su honra y los hijos que tuviera y ella nunca debería fijarse demasiado en su posible marido. Una vez elegido por su padre y los ancianos, sus defectos no importaban, solo importaba la obediencia de ella.

—Yo...

No pudo seguir por el torbellino caótico de sus pensamientos. ¿Esa mujer y los demás podían estar diciendo la verdad? ¿Los habían engañado a su padre y ella durante todo ese tiempo?

—¡Margaret! —la llamó de repente un hombre desde fuera—. Te necesitan.

Se marchó sin decir nada más, pero la ristra de improperios le indicó lo molesta que estaba Margaret. Brodie le había dicho claramente que no contestara sus preguntas, pero en ese momento,



por un arrebató, había dicho más que todo lo que ella había sabido desde antes y después de la muerte de su hermano.

Sola otra vez, se rodeó la cintura con los brazos y escuchó. Aunque el sol se había puesto, seguía habiendo actividad en el campamento. ¿Era porque Brodie y los otros se habían marchado? Era lo que sospechaba a juzgar por lo que había dicho Margaret. Tomó una manta de lana y se la puso por los hombros antes de sentarse cerca de la entrada de la gruta. No podían verla desde fuera, pero ella sí podía oír retazos de las conversaciones de las personas que pasaban por delante. Tenía que saber más cosas. Cuando volviera Brodie, le preguntaría los motivos verdaderos para que estuviera haciendo eso. Quizá, si supiera algo más, podría aclararlo todo y mediar entre Brodie y su primo, y avisar a su padre para que estuviera alerta.

Los recuerdos y las conversaciones volvieron a su cabeza durante las horas que estuvo sentada y pronto se dio cuenta de que había pasado por alto muchos aspectos de la personalidad de su prometido y de su forma de gobernar. Había pasado por alto lo que estaba pasando a su alrededor.

La noche dejó paso a otro día y a otro más antes de que Brodie volviera al campamento. Además, llevaba una prueba que ella no podría desechar ni justificar.

## Once

Se había convertido en una escabechina. Una vez preparados, avisaron a Grigor de que estaban esperando. Entonces, por el túnel secreto, Brodie se reunió con unos hombres que todavía le eran leales y sacó a Magnus del nivel más bajo del castillo. Los hombres de Brodie habían esperado una trampa y se creían preparados para hacer frente a alguna resistencia. Cuando iban a salir del túnel por el mismo sitio por el que salieron cuando secuestró a Arabella, la trampa se disparó y se encontraron expuestos en medio del patio. Afortunadamente, sus hombres tenían los caballos allí y pudieron salir mientras se daba la voz de alarma. Todo estaba saliendo según lo planeado. Al menos, eso había creído.

A pesar de todas las precauciones que habían tomado al acercarse a Drumlui, el ataque había llegado cuando menos lo habían esperado y como no habían podido imaginarse, al atravesar el pueblo. Sorprendidos por la gente con horcas y otras armas improvisadas, los guerreros de Caelan no tardaron en llegar y atacarlos por detrás. Peor aún, los Mackintosh que luchaban a favor de Caelan habían arrastrado a los habitantes del pueblo al centro del caos.

Brodie se limpió la sangre de la cara mientras se acercaban al último sendero que los llevaba al campamento y miró el grupo que había sobrevivido. Habían perdido a dos hombres por salvar a Magnus y bastantes más estaban gravemente heridos. Si se sumaban los habitantes del pueblo, inocentes atrapados en la batalla, la cifra se elevaba a siete muertos. Al menos, cuatro guerreros de Caelan también habían caído. Todos ellos eran Mackintosh. Eso era lo que más lo atormentaba. Todos los muertos y heridos eran de su clan. Esas hostilidades habían tenido un precio espantoso. Brodie se detuvo y esperó a que los demás fuesen pasando para mirarlos a los ojos.

—Rob, lleva a Magnus con Margaret lo primero. Luego, nos ocuparemos de los demás —le ordenó en voz baja.

Había mandado a un hombre por delante para que avisara de su llegada y para que pusieran más centinelas a lo largo de los caminos de llegada al campamento. Cuando llegó, ya estaban llevando a los heridos a la tienda de Margaret y Magnus ya estaba dentro. Él iba a lavarse la sangre que le brotaba de la cabeza y el costado cuando Margaret lo llamó.

—Trae a la muchacha, Brodie, necesito ayuda.

Ella volvió a meterse en la tienda antes de que él pudiera

negarse. ¿Ayudaría Arabella a los heridos? Era una prisionera y una Cameron y no tenía ningún motivo para hacerlo. Las pocas mujeres del campamento ya estaban ayudando y cuantas más manos, mejor. Si ella quería ayudarlos...

—¡Ya! —bramó Margaret por encima del caos.

El corrió hasta la gruta y entró. Ella se apartó de la entrada y se quedó con los brazos alrededor del estómago y los ojos como platos por el miedo.

—¿Es un ataque? —preguntó ella—. He oído voces y gritos que anunciaban la llegada de caballos —entonces le miró la sangre de la cabeza y la cara y la túnica empapada—. Estás herido...

—Sí, pero...

Iba a pedirselo, pero se acordó de que la última que vez que se vieron no fue muy amistosa y pensó que si se lo pedía él, ella podría negarse.

—Margaret te pregunta si la ayudarías.

Ella miró primero a la entrada y luego a él. ¿Se negaría?

—Es de día —comentó ella señalando hacia el exterior.

Él no entendió, hasta que cayó en la cuenta de que había ordenado que solo saliera de noche para que no pudiera identificar a la gente o el sitio en la oscuridad. En ese momento, eso daba igual.

—¿Ayudarás? —preguntó el otra vez.

—Sí, claro que ayudaré.

Ella miró alrededor como si buscara algo, fue hasta el jergón y recogió un montón de ropa.

—Podríamos... ella podría necesitarlo.

Él la agarró del brazo y salieron de la gruta. Ella levantó la mano para protegerse los ojos del sol y se dirigieron al bullicio del centro del campamento. Él iba contestando preguntas, pero no se paró hasta llegar a la tienda de Margaret, quien abrió un poco el faldón y asomó la cabeza.

—Estaba a punto de mandar a alguien para que fuera a buscaros, milady. Vuestra habilidad para coser nos será muy útil.

Él soltó a Arabella y ella siguió a Margaret. Brodie solo pudo oír que susurraban algo. Fue a ocuparse de sus asuntos y las horas pasaron deprisa mientras organizaba la escapatoria si fuese necesaria, mientras reunía las cosas que podían necesitar las mujeres para tratar a los heridos y mientras se reunía con sus amigos para trazar un plan que aumentara la defensa alrededor del campamento si tenían que marcharse.

Había empezado a anochecer cuando terminó sus tareas y se quedó delante de la tienda de Margaret para esperar la noticia de que Magnus había sobrevivido o había fallecido. Rob se acercó y le dio una copa con cerveza. Se encogió de hombros cuando su amigo arqueó una ceja. No se sabía nada del estado de Magnus. En cierto sentido, él no quería preguntar porque, si no tenía una respuesta, podría seguir creyendo que su amigo estaba vivo. El viento, que había sido seco durante todo el día, llevaba una humedad que presagiaba tormenta.

—Creo que el esfuerzo por parecer amistoso con los Cameron está agotando a mi primo. Esperaba que sus planes ya estuviesen más avanzados y está perdiendo la paciencia.

—¿Paciencia? —preguntó Rob—. Que yo sepa, Caelan nunca ha tenido paciencia. Incluso de niño, quería lo que quería en el momento en el que lo quería.

Rob había sido amigo de Caelan hasta que los tres se adiestraron como guerreros y participaron en sus primeras escaramuzas contra los Cameron. Entonces, Rob captó algo que lo alejó de Caelan y nunca volvió a ser amigo suyo.

—Puede tenerla cuando le conviene, pero el retraso que hemos causado al quedarnos con la muchacha está haciendo que la pierda. Esto —él señaló con una mano la actividad que había alrededor de ellos—, esto es una muestra de su desesperación.

—¿Qué va a hacer, Brodie? ¿Crees que vendrá aquí?

—Creo que es posible que pida a los Cameron que se marchen para concentrarse en borrarnos del mapa.

—¿Y Arabella? Su padre no se marchará sin ella, ¿no?

Brodie lo pensó un instante. Caelan estaba enfrentando a sus dos enemigos, le había culpado a él de la muerte de Malcolm y del secuestro de Arabella y estaba utilizando los problemas con él para manipular a Euan Cameron. Conociendo a su primo, no le extrañaría que Caelan hubiese prometido aceptar otra muchacha Cameron si Arabella no volvía viva e... intacta. Además, si Euan quería una paz duradera entre los clanes, como él sospechaba, aceptaría.

Si Lachlan y Caelan habían hecho más concesiones después de la muerte de Malcolm, las haría otra vez hasta que no se pudiera rechazar el trato, pero Caelan sabía el resultado final y Euan, no.

—¿Se marcharía, Brodie? ¿Mi padre me abandonaría aquí?

Él se dio la vuelta y se encontró a Arabella mirándolo fijamente. Estaba pálida, pero él no sabía si era por lo que acababa de oír o por lo que había visto ese día. Se acercó y él pudo ver el agotamiento reflejado en su rostro y la sangre que le manchaba el vestido y el borde del mentón.

—Arabella... —él miró a Rob, quien estaba entrando en la tienda de Margaret—. Espera un poco, antes tengo que ver cómo está Magnus.

—Está vivo gracias a su empeño por vivir y a los conocimientos de Margaret.

Él asintió con la cabeza y entró mientras Margaret salía. Magnus tenía la cara y el cuerpo magullados, cosidos y vendados, pero estaba despierto y dispuesto a hablar. Le hicieron algunas preguntas para obtener la información más importante antes de dejarlo descansar. Él, antes de marcharse, le dio instrucciones a Rob para que se protegiera a Magnus. Una vez fuera, comprobó que Arabella y Margaret se habían marchado y se dirigió apresuradamente a su gruta. Se encontró a Margaret que volvía sola.

—¿Dónde está...?

—Esperándote, Brodie —Margaret se rio levemente y sacudió la cabeza—. Y tiene muchas preguntas.

—Margaret, te dije...

—Sí, me dijiste muchas cosas, pero ella ya se merece saber la verdad, Brodie. Hoy se ha portado muy bien. Sus puntadas han impedido que Magnus se desangrara y ha hecho todo lo que le he pedido. Es recta, no es la mujer que casi todos creen que es.

—¿De verdad?

Él ya sabía que Arabella tenía muchas cosas que no mostraba a casi nadie, pero, en ese momento, no quería que le recordaran que él, como los demás, la había menospreciado.

—Pídele que te cure las heridas —ella le señaló la camisa con manchas recientes de sangre—. Te mandaré algún ungüento.

—¿Qué le has contado, Margaret?

—No le he contado tus secretos, Brodie, pero sí le he contado mi historia porque es mía.

Él resopló con todas sus fuerzas y quiso empezar a soltar improperios en voz baja como hacían ellos.

—Te pedí que no lo hicieras.

—Antes no estaba preparada, pero ya lo está. Arabella Cameron será una buena aliada cuando llegue el momento —ella fue a alejarse,

pero lo miró otra vez—. Y está llegando, ¿verdad? Todo el mundo tendrá que elegir un bando. Dale motivos para que elija el tuyo.

Entonces, se marchó. Margaret había sufrido la más dolorosa de las pérdidas porque su hermano era amigo de él y lo respaldaba, y se tomó en serio su consejo. Había salvado muchas vidas a lo largo del tiempo gracias a sus conocimientos como sanadora. Además, su capacidad para organizar los víveres y las personas hacía que fuese tan indispensable como cualquiera de sus guerreros. En el pasado, casi siempre había dejado que él llevara las riendas, pero, evidentemente, quería dar su opinión en lo referente a lady Arabella Cameron.

El único e insuperable problema era que ella no se casaría jamás con el hombre que había matado a su hermano. Había aceptado casarse con el jefe del clan, pero nunca se casaría con él y él sabía lo férrea que podía ser su resistencia. Estaba forjada en acero. Se pasó el dorso de la mano por la frente y el dolor palpitante. ¿Lo recordaría alguna vez? ¿Por qué no podía recordarlo cuando otros recuerdos de aquella noche se presentaban de repente o se colaban en sus sueños? Como, por ejemplo, el nombre de Bella.

Brotó de él y sabía que su hermano lo había empleado cuando estaba con él, pero la reacción de ella le indicaba que era algo muy preciado, algo que solo compartían un hermano y una hermana nacidos a la vez, y eso a pesar de que su padre se lo había prohibido.

El peso de esos días pasados, las horas a caballo, la batalla y el doloroso final, cayó repentinamente sobre él. El agotamiento le impidió pensar con claridad. Aun así, sabía que no podía bajar la guardia con ella. Estaba en peligro y era un peligro para él. El deseo en su cuerpo y en su alma aumentaba cada vez que la veía y todo empeoraba porque sabía que no podía darle la explicación que ella anhelaba.

Se lavó en el arroyo para limpiarse la sangre seca. Tenía la camisa pegada al corte del costado y tardó un poco en despegársela. Empezó a sangrar otra vez mientras volvía a la gruta. Si estaba despierta, quizá le pidiera que se la cosiera y se la vendara. Daba igual lo cerca que estuviera ella y lo delicadas que fuesen sus caricias porque juraba que no volvería a tomarse las libertades que ya se había tomado. Podía estar agotado y aturdido por la pérdida de sangre y la falta de comida, incluso, podía negarse a aceptar que ella no pudiese ser suya, pero el honor le exigía que no le impusiera sus sentimientos. Entró en la gruta completamente decidido a no besarla.

Aunque había ayudado a la sanadora del castillo de Achnacarry después del fallecimiento de su madre, nada la había preparado para ese día de trabajo. Había mezclado alguna pócima y había puesto vendas, pero jamás había cosido la piel y el músculo. Sin embargo, lo había hecho.

Estaba de pie en la gruta y se miró las manos. Todavía tenía restos de sangre debajo de las uñas y del vestido manchado. Margaret la había alabado y había dicho que Magnus vivía gracias a su habilidad y conocimientos con la aguja. Por primera vez en su vida, la apreciaban por algo que no era esa belleza que Dios le había concedido.

Le dio la risa de repente; era algo muy improcedente dados lo muertos y heridos, pero dejó que brotara. Si su padre la viese en ese momento, se quedaría espantado por su estado y su aspecto. Estaba cubierta de sangre, sudor y ni podía saber cuántas cosas más. El pelo le caía enmarañado por la espalda y llevaba un vestido prestado que le sentaba muy mal. La heredera de los Cameron se parecía más a una sirvienta que a una novia noble. Él había dejado muy claro cómo tenía que comportarse y aparecer en público dado que era su heredera. Aunque su hermano sería quien ocuparía la silla del *laird*, ella heredaría buena parte del patrimonio de su padre y de su madre y sería una buena herramienta para la negociación.

Cuando su madre murió, ya no pudo atemperarlo y la voluntad de él se hizo de hierro. Su objetivo era que el clan de los Cameron fuese el más fuerte, que siempre tuviese una posición de fuerza. Para conseguirlo, se castigaban las infracciones, se hacían cumplir las normas y sus hijos aprendieron sus métodos. Por eso, la gentileza y la sonrisa falsa se convirtieron en su mejor defensa y siempre las lucía. Malcolm y ella habían tenido cuidado para que no se vieran sus pequeñas rebeldías. Solo la tía Gillie la había visto como era. Ese día le parecía la mayor rebeldía de todas y se sentía maravillosamente bien. Había salvado una vida, había ayudado a los demás. Sus actos tenían sentido, no eran solo frivolidades y gentilezas. Habían tenido que secuestrarla para que sintiera esa libertad.

Estaba esperando que Brodie volviera y tenía muchas preguntas sobre lo que había oído a los dos hombres y sobre lo que el hombre que había curado había murmurado entre exclamaciones de dolor. Peor aún, también había oído a los hombres hablar sobre la refriega mientras iba a la tienda de Margaret. Historias que revelaban las dos

caras de Caelan, la que le había mostrado a ella y la que veían quienes vivían allí. Las palabras de Margaret habían sido las que más le había costado oír y aceptar, pero ella no tenía ningún motivo para mentirle. Le debía mucho porque era quien entendía el lugar de ella y, aun así, le había revelado la verdad. Margaret le había dicho que tuviese cautela. Las emociones estaban a flor de piel e iban desde la angustia y el dolor a la furia y el acaloramiento. El peor momento para tratar con su padre era cuando estaba enfadado.

Aunque no sabía todos los detalles sobre lo que había pasado en Drumlui, lo que sabía era doloroso hasta para ella. Habían muerto hombres que Brodie consideraba sus amigos. También se había enterado de que algunos habitantes del pueblo, inocentes todos ellos, habían quedado atrapados en medio y también habían muerto. Resopló y notó que el agotamiento se adueñaba de ella y decidió esperar antes de preguntarle todo lo que quería saber. Ella seguiría allí por la mañana y tendría tiempo. No vio agua para lavarse ni tenía un peine o un cepillo para arreglarse el pelo enmarañado. Fue con la jarra vacía hasta la entrada y le preguntó a un centinela si podría llenársela. Luego, se sentó en un taburete, se levantó el pelo e intentó deshacerse los nudos con los dedos. Tenía que lavarlo, tenía que darse un baño, tenía que descansar, tenía que aclarar esa situación y saber cómo iba a acabar. Oyó la respiración de alguien, levantó la cabeza y vio a Brodie que la miraba en silencio e intensamente. Se le secó la boca por esa mirada.

No llevaba la camisa, la tenía en la mano y se la apretaba contra un costado. La melena, más oscura porque estaba mojada, dejaba caer gotas por los hombros y el pecho. No le asombró su pecho desnudo, lo había visto luchar así durante todos esos meses, fue su proximidad, su tamaño y la intimidad de poder oír su respiración y ver sus músculos que se movían. Podría haber mirado hacia otro lado, pero él le miraba fijamente la boca, como si recordara los besos que se habían dado. Sacó la lengua para humedecerse los labios y él soltó un gruñido cerrando los ojos. Dejó caer la mano del costado y le mostró el profundo corte, que estaba sangrando.

—Estás herido. ¿Nadie te lo ha curado?

Ella se acercó y él retrocedió un paso antes de detenerse.

—No, me lo he lavado.

Él se dio la vuelta y fue hasta el arcón donde guardaba la ropa.

—Seguirá sangrando. Siéntate —ella le señaló el taburete donde había estado sentada—. Veré si puedo detener la sangría.



Él obedeció sin discutir, lo que le indicó que la herida tenía que dolerle mucho. Necesitaba más luz para ver mejor el corte y encendió unas velas alrededor de él. Tardó unos minutos en reunir lo que necesitaba y estuvo preparada. No, no estaba preparada. Las manos le empezaban a temblar solo de mirarlo. Las piernas también le temblaron mientras se acercaba a él. Por mucho que intentara convencerse de que era por el agotamiento, sabía el motivo verdadero... La idea de tocar su piel, de sentir el calor que producía ese cuerpo tan fuerte...

—Adelante —dijo él en un tono tajante mientras la miraba a los ojos—. Margaret me ha hablado de todo lo que has hecho hoy. Esto... —se miró la herida y volvió a mirarla a ella—...no puede ser preocupante.

La poca seguridad en sí misma que le quedaba se esfumó cuando él separó las piernas para que se acercara más. El corte iba desde debajo del brazo hasta el pecho y tenía que verlo mejor. Si se quedaba sentado no lo conseguiría y si se levantaba tampoco. Lo rodeó y se arrodilló a su lado. Acercó las velas y lo palpó para comprobar la longitud y profundidad del corte. Él se puso rígido y ella se apartó para mirarlo. Tenía apretados los labios, esos labios que había besado hacía tan poco tiempo, y supo que era por el dolor. Recordó dónde guardaba él su jarra, fue a buscarla y se la ofreció. Estaba nerviosa, la idea de tocarlo y de atravesarle la piel con una aguja e hilo hacía que se le retorcieran las entrañas. Él, como si hubiese leído sus pensamientos, levantó la copa hasta los labios de ella.

—Creo que lo necesitas más que yo, muchacha.

Su voz era suave y profunda como el whisky que le ofrecía. Ella inclinó un poco la cabeza y dio un sorbo. El calor le llegó al estómago y se extendió por todo el cuerpo. Lamió una gota de los labios y lo miró. Fue un error inmenso.

Brody se apoderó de su boca e introdujo la lengua antes de que ella pudiera respirar. La sensación de calma que le había dado el licor saltó por los aires mientras la boca de él se deleitaba con la de ella. Introdujo una mano entre su pelo y la estrechó contra él. Arabella pensó apartarse para no hacerle daño en la herida, pero él le rodeó los hombros con el otro brazo.

En ese momento, el calor que la abrasaba por dentro no tenía nada que ver con el whisky y sí todo que ver con ese hombre. La sangre se le espesaba como la lava con cada caricia de su lengua en

la boca. La abrió más y succionó la de él. Los pechos se le endurecieron y tuvo que hacer un esfuerzo para dominar el disparatado deseo de quitarse el vestido y sentir su piel contra la de ella. Notó su pelo entre los dedos y se dio cuenta de que estaba acariciándolo. Sin dejar de besarlo, le rodeó el cuello con las manos para tenerlo más cerca. Deseaba... Deseaba... Deseaba... Lo deseaba a él. El asombro hizo que se apartara y lo mirara fijamente. Él tenía la respiración entrecortada, como la de ella, sus ojos resplandecían con pasión y le miraba la boca con avidez. Se estremeció al captar la dimensión de su deseo y la palpitación que sentía en lo más profundo de su cuerpo. La expresión de él se convirtió en posesiva y primitiva mientras inclinaba la cara y volvía a estrecharla contra él.

—Brodie... —lo llamaron desde el exterior.

Él se detuvo con la boca a milímetros de la de ella. Ella parpadeó para intentar sofocar la poderosa atracción hacia él.

—¡Brodie! —gritó esa vez el hombre.

Se soltaron y ella, sentándose en los talones, intentó apaciguar la respiración. Su cuerpo no quería y sintió oleadas de anhelo por dentro. Entonces, él se levantó y fue a hablar con uno de sus hombres. Cuando volvió ella intentó mantener la mirada fija en la vasija que llevaba en la mano, pero, a pesar del esfuerzo, no pudo evitar fijarse en la erección mientras se acercaba a ella. ¿Cómo podía sentirse tan atraída por el único hombre al que no podría amar nunca? ¿Dónde quedaba su honra si lo único que quería era dejarse llevar por sus abrazos? Tomó aliento y se preparó para presentar batalla... consigo misma.

## Doce

—Pensaste en él, ¿verdad? —le preguntó él en voz baja.

La miró con detenimiento y ella no supo a quién se refería, hasta que el dolor se adueñó de ella.

—Sí —contestó mirando hacia otro lado para que no la viera así.

—¿Crees que has deshonrado su memoria porque... nos hemos besado?

Ella asintió con la cabeza mientras las lágrimas se le acumulaban en los ojos y la garganta.

—Arabella, mírame.

Ella tardó un rato en reunir la fuerza para mirarlo a los ojos.

—Lo negaría si pudiera.

Ella esperó con el corazón acelerado porque sabía que quería que negara su participación en la muerte de Malcolm. Esperó oír su explicación, su intento de mitigar su participación, hasta que supo que no llegaría. No podía llegar porque era culpable. El agotamiento y la tristeza se adueñaron de ella y los hombros se le hundieron.

—Descansa —susurró él arrodillándose a su lado—. Has hecho más de lo que esperaba de ti y te has ganado el descanso.

—No —replicó ella tomando la aguja y el hilo—. Te curaré la herida como me pidió Margaret.

Se refugió detrás de la petición de la mujer. Él asintió con la cabeza, se sentó en el taburete, volvió a separar las piernas alrededor de ella y se inclinó hacia atrás para que pudiera llegar mejor al corte. Ella, en silencio, le cosió la herida con pequeñas puntadas muy juntas mientras le secaba la sangre que le caía por el costado. Entonces, él le acercó la vasija, ella sacó un poco unguento con los dedos y se lo untó por la herida.

Él, aparte de ponerse en tensión un par de veces, no dijo nada ni se movió. Tampoco la tocó ni le miró la boca. Además, si lo hubiese hecho, ella no lo habría visto porque no apartó la mirada de lo que estaba haciendo mientras intentaba no fijarse en el hombre que estaba tocando. Después de envolverle en pecho con varias tiras de tela, su tarea había terminado y recogió sus cosas. Se levantó con las piernas temblorosas y se habría caído si él no la hubiese agarrado. Apoyó una mano en su hombro para recuperar el equilibrio, retrocedió y vio el corte de la cabeza.

—No me dijiste que tenías una herida en la cabeza —dijo ella mientras tomaba la aguja y el hilo—. Levanta la vela para que pueda

verla.

—No es nada, Arabella.

—Ha tenido que dolerte cuando... te tiré del pelo.

Ese corte seguía la línea del pelo desde encima del ojo derecho hasta el costado de la mejilla.

—No —susurró él cuando la aguja le atravesó la piel, que era más blanda que la del costado.

—Terminaré enseguida.

Ella no perdió el tiempo hablando y solo tardó unos minutos en coserle el corte y ponerle ungüento.

—Muchas gracias —dijo él mientras se levantaba.

Fue hasta el arcón y sacó una camisa. Ella vio el gesto de dolor cuando levantó los brazos y se la puso por encima de la cabeza, pero no dijo nada. A los hombres no les gustaba que les recordaran la debilidad o las heridas. Eso lo había aprendido pronto, cuando empezó a ocuparse de la familia después de la muerte de su madre.

—Descansa y te agradezco que nos hayas ayudado, sobre todo...

—¿Sobre todo?

—Cuando estás aquí contra tu voluntad y eres...

—¿Y soy una Cameron?

—Sí, una Cameron.

A ella le pareció que lo había dicho para recordarle la línea que los separaba, una distancia de seguridad desde donde podían observar y relacionarse, pero nada más.

—Hasta los Cameron podemos tener compasión, señor.

—Parece que algunos la tienen, lady Arabella.

Él se marchó si decirle que se quedara dentro ni hacerle ninguna advertencia. Al día siguiente seguirían las batallas entre ellos, pero, en ese momento, fue hasta el jergón y se quedó dormida.

Brodie solo pensaba en dormir, pero no podía permitírselo esa noche. Recorrió el campamento de cabo a rabo para comprobar los caballos, los víveres y los centinelas, hasta que se encontró delante de la gruta que había hecho suya hacía unos meses. Jamie se apartó, él se agachó, miró adentro y la vio en el jergón. Era una maldición, pero notó que se excitaba y endurecía al verla allí tumbada. Había estado maravillosa todo el día. Margaret seguía cantando sus alabanzas, como todos lo que habían estado en contacto con ella. Magnus le

debía la vida a todo lo que ella había hecho sin vacilar... Una prisionera... Una Cameron... ¿Qué iba a hacer con ella?

Su cuerpo le respondió con sus propias ideas, la mismas que él llevaba meses intentando dominar. El mismo cuerpo que ella había reparado con sus movimientos seguros y su contacto delicado. ¿Sabía ella que había inhalado su olor cuando se arrodilló entre sus piernas? ¿Había visto la erección que le había durado todo el tiempo que habían estado juntos? ¿Sabía lo que podía pasar si le daba el más mínimo indicio?

Estaba seguro de que era inocente, pero eso solo empeoraba las cosas. Pudo captar las señales de su excitación, había notado que se le endurecían los pezones y cómo respiraba a su lado. Se le habían oscurecido los ojos y había abierto un poco la boca para dejar escapar leves jadeos.

Nunca sería suya.

Suspiró al ver su estado. Parecía como si se hubiese dejado caer en el jergón sin importarle la comodidad. Entró sin hacer ruido y se quedó mirando el sueño de alguien agotado. Si se quedaba así, al día siguiente le dolería el cuello y tendría las manos entumecidas. Se inclinó, le desdobló los brazos y le apoyó la cabeza en la manta doblada que servía de almohada. Ella farfulló algo mientras él le estiraba las piernas y le desenredaba el vestido. Luego, después de quitarle los zapatos, la tapó con varias mantas. Satisfecho porque ya estaría más cómoda, se levantó y observó cómo le subía y bajaba el pecho cada vez que respiraba. En ese momento, lo que más deseaba era levantar las mantas y tumbarse a su lado, abrazarla y dormirse con ella entre los brazos. No se dio cuenta de que había gruñido hasta que ella empezó a agitarse. Retrocedió entre las sombras para que no lo viera y se despertara del todo. Ella se tumbó de costado y susurró. El nombre de su hermano quedó flotando entre los dos, donde siempre estaría.

Volvió a salir y saludó a Jamie con la cabeza. Buscaría un sitio en la tienda de campaña de Rob y dormiría unas horas antes de que amaneciera. Por la mañana, escucharía los consejos de sus amigos y seguidores más cercanos sobre lo que tenían que hacer. Los acontecimientos y el derramamiento de sangre de ese día lo habían alterado, no por la decisión de acabar con su primo traidor, sino por cómo hacerlo. Algo tenía que cambiar.

El sol resplandecía y su luz entraba en la gruta. Se despertó y comprobó que, al no estar acostumbrada a un trabajo tan arduo, le dolían todos los músculos del cuerpo. Mientras se levantaba del jergón, apartando unas mantas que no recordaba haber puesto ahí, los brazos y la espalda gritaron de dolor. Hizo un esfuerzo y estiró los brazos por encima de la cabeza antes de inclinarse para suavizar la rigidez de la espalda y las caderas.

Sabía lo que era trabajar, pero atender las necesidades de tantas personas era nuevo para ella. Las sanadoras de su padre se ocupaban de los heridos más graves después de una batalla, pero ayudadas por sirvientes. Ella se había limitado a supervisar lo que hacían y a calmar a los heridos. Allí, no sabía cuántas heridas y cuántos cortes había limpiado, cosido y vendado; cuántas dosis de las pociones y medicamentos de Margaret había administrado; cuántos trozos de ropa había rasgado para hacer vendas.

Ni siquiera había pensado en el motivo de todo eso hasta que oyó a unos hombres que hablaban delante de la tienda de Margaret. Una emboscada. Un rescate había salido mal. Caelan había atacado usando a los habitantes del pueblo como escudo. De no haber sido por Brodie, habrían muerto muchos más. Algo le atenazó las entrañas y le dijo que Caelan Mackintosh la había engañado a ella y a muchos más.

—Milady...

Ella fue hasta la entrada, donde la esperaba Rob.

—¿Sí?

—Buenos días, milady —la saludó él mientras entraba.

Ella esperaba que le llevara el cuenco de gachas de todas las mañanas, pero tenía las manos vacías. A la luz del día, vio que tenía moratones en la cara. También había luchado.

—Buenos días —le saludó ella.

—Brodie ha dicho que si dais vuestra palabra de que no intentaréis escaparos, podéis ir libremente por el campamento, milady.

Atónita, lo miró a los ojos y vio que hablaba en serio. Era una oferta inesperada... y una cadena en cierto sentido.

—¿Aceptaré mi palabra?

—Sí. Eso me dijo cuando me envió aquí.

Después de tantos días en una tienda de campaña o en esa gruta, sería un cambio muy agradable poder estar al aire libre, sobre todo, en un día soleado, pero tendría que renunciar a cualquier intento de escapar.

—¿Puedo confiar en él cuando dice que va a liberarme? — preguntó ella mirando detenidamente al mejor amigo de Brodie.

Él asintió con la cabeza sin dudarlo un momento. ¿Podía confiar en él? No se enteraría de nada si se quedaba en la gruta hasta que la rescataran. Su padre tenía que estar buscándola. Él no permitiría que esa afrenta quedara sin respuesta. Tenía que estar preparada para lo que pudiera pasar y quedarse allí no serviría de nada.

—Sí, tiene mi palabra.

Rob hizo un gesto con la cabeza y la acompañó afuera. Hacía un día desacostumbradamente cálido y el sol brillaba en un cielo despejado. Siguieron el sendero y todos los que se cruzaron los saludaron con la cabeza.

—A Margaret le gustaría que fueseis a verla si queréis — comentó Rob señalando hacia la tienda que ocupaba su hermana—. Además, podéis desayunar allí.

Ella asintió con la cabeza y empezó a dirigirse hacia allí cuando él la detuvo.

—Milady, aquí hay personas que no quieren ver a un Cameron entre nosotros, aunque esté contra su voluntad. Tened cuidado.

—Hay cosas que no se olvidan fácilmente —susurró ella.

No era fácil olvidar décadas y generaciones de conflicto. Se tardaba muchos años en crear una costumbre y muchos más en acabar con ella. El dolor y las muertes de ese conflicto no se olvidarían aunque se casara con un Mackintosh.

—Efectivamente.

Él asintió con la cabeza y esperó mientras ella se alejaba.

Arabella se quedó un momento sola y miró alrededor. Vio el conjunto de tiendas y chozas que se dirigían hacia el precipicio y hacia la gruta. Había algunas fogatas con mujeres cocinando y una cantidad asombrosa de niños que jugaban por allí. El campamento estaba rodeado por un bosque espeso que impedía que lo vieran desde abajo. Por encima, solo se veían las montañas más altas de la zona. Le parecía que estaba orientado hacia el norte, pero no sabía si el castillo de Drumlui estaba al norte o al sur de ellos.

Una de las mujeres que estaba cocinando la llamó con una mano y le ofreció un cuenco cuando se acercó. La mujer le pareció conocida, pero no podía recordar su nombre.

—Buenos días, milady. Soy Bradana, tratasteis a Duncan, mi marido.

—¿Qué tal está? —preguntó ella con una sonrisa mientras dos

niños pequeños se agarraban a la falda de su madre.

—Esta mañana se queja, de modo que debe de estar mejorando —contestó Bradana—. Así son los hombres, ¿no?

—Sí.

Ella sonrió a los niños, se terminó las gachas y le devolvió al cuenco.

—¿Necesitáis una capa, milady? El calor no va a durar todo el día y podéis resfriaros.

—Brodie me dio una capa, Bradana. Le he dejado en la gruta, pero iré a por ella más tarde. Gracias por preocuparte.

Siguió su camino hasta que llegó a la tienda de Margaret. La llamó en voz baja antes de levantar el faldón y entró. Magnus estaba dormido y Margaret lo cuidaba. Volvieron a salir y siguió a Margaret por el campamento para visitar a los heridos. Si parecía raro ver a Arabella Cameron o que ayudara a esos Mackintosh rebeldes, nadie dijo nada. Aunque ella había esperado algún tipo de revancha o insulto, no se produjo.

La mañana pasó deprisa mientras comprobaban todas las heridas y aplicaban más ungüentos o cambiaban vendas. Al único que no había visto fue a Brodie.

¿Se había marchado otra vez? Estuvo atenta para intentar verlo mientras recorrían la zona, pero no estaba por allí. Cuando Margaret le dijo que ya no la necesitaba, fue a ver a su caballo. Recordó el sendero que había tomado la noche que intentó escaparse y fue hacia el cercado improvisado donde guardaban los caballos. ¿Habría ido Brodie a Drumlui en su caballo? Fue hasta la cerca y lo vio. El caballo negro la reconoció, se acercó y le lamió por la mano.

—Pobre. ¿Crefas que te había olvidado? —bromeó ella acariciándole el cuello.

Metió una mano en el bolsillo del vestido y sacó una zanahoria que le había dado una mujer. Se la dio y él se la comió con avidez. Luego, le empujó la mano con el hocico pidiéndole más.

—La próxima vez, muchacho, la próxima vez.

—Creo que puedes perdonarme por haberme quedado contigo, pero no con el caballo.

Ella se dio la vuelta y vio a Brodie apoyado en un árbol.

—Sí, es posible que tengas razón —reconoció ella—. ¿Estás permitiendo que salga a correr? Se pone muy inquieto si no lo hace.



Entonces, el caballo la empujó ligeramente en un hombro y ella se tambaleó unos pasos. Se rio, recuperó el equilibrio y se acercó a la cerca otra vez. Oyó que Brodie también se acercaba y lo miró por el rabillo del ojo.

—Lo he cuidado y él ha sido esencial durante estos días.

—Entonces, ¿lo llevaste a Drumlui?

—Sí. Es más fuerte que cualquier otro caballo que haya montado. Además, lo entrega todo —Brodie alargó una mano grande y fuerte para acariciarle un costado al caballo—. Nos salvó a Magnus y a mí.

Ella miró fijamente al animal, tomó aliento y lo soltó lentamente.

—¿Cómo lo hizo?

—Tuvo fuerzas para llevarnos a los dos. Magnus no pudo montar el suyo cuando lo sacamos. Luego, cuando nos encontramos atrapados entre los habitantes del pueblo y los hombres de Caelan, nos sacó de allí y nos trajo hasta aquí.

—Entonces, ¿los habitantes del pueblo están contra ti? —preguntó ella.

Él apretó los dientes antes de contestar.

—No todos. La mayoría no ha elegido un bando en esto.

Él se calló y ella creyó que había terminado, pero siguió.

—Ordenaron a algunos que nos detuvieran cuando cruzáramos el pueblo. Tomaron las armas que tenían, horcas, palas y cosas así, y nos taparon el camino de salida. No podíamos luchar contra ellos ni íbamos a hacerlo, pero nos frenaron hasta que llegaron los hombres de Caelan. Entonces, nos atacaron a todos, a mis hombres, a los habitantes del pueblo y a todos los que se encontraron por el camino sin importarles qué hacían allí.

Debió de gemir porque él la miró y ella pudo captar la desolación en sus ojos.

—Arrollaron a unos y abatieron a otros solo porque estaban en medio. Murieron cuatro o cinco.

La miró fijamente como si quisiera que viera lo que él quería que viese. Si lo creía, Caelan era el responsable de esas muertes y más.

—¿Mi padre participó en eso? ¿También mandó a algún Cameron?

—No vi a tu padre. Según Magnus, es posible que se marchara al castillo de Achnacarry hace unos días.

—¿Se ha marchado? ¿Me ha dejado aquí?

El corazón se le aceleró por el dolor de sentirse abandonada.

—Lo más probable es que Caelan lo convenciera de que se marchara para que se ocupara de sus asuntos familiares. Estoy seguro de que Caelan no quiere que tu padre haga preguntas o vea su plan.

—No paras de decir eso. Dices que Caelan tiene un plan, que está partiendo en dos tu clan, que expulsa a la gente de sus tierras, que las mata —ella notó que estaba elevando la voz, pero no pudo parar—. Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Por qué soy un peón en su partida?

—¿Un peón? —preguntó él en tono tajante y enojado—. No, eres la reina que acabará sacrificando para protegerse.

Entonces, la rabia se adueñó de ella. Estaba cansada de hablar de partidas y de que la retuvieran allí. Además, también estaba cansada no saber la verdad de todo el asunto.

—¿Y qué papel tienes tú en esta partida? ¿Estás aquí a salvo mientras él juega?

Él se acercó un paso y ella retrocedió otro. Él cerró los puños con una expresión bárbara y sombría, pero, curiosamente, ella no tuvo miedo de que fuese a hacerle algo.

—Yo soy quien intenta acabar esta partida, quien intenta salvar a su reina antes de que la destruya, quien intenta salvar a su clan.

—¿Así proteges a tu clan? ¿Escondiéndote en las montañas, acogiendo a los exiliados y perdidos e intentando evitar que os capturen? ¿Qué vida es esa para ellos?

Él se apartó del cercado porque el caballo negro y los demás caballos percibían la furia creciente entre ellos. Cuando se dio la vuelta para oír su respuesta, ella miró por encima de su hombro.

## Trece

Brodie vio que se quedaba pálida y también miró por encima de su hombro. Algunas de esas personas exiliadas y perdidas estaban detrás de ellos y, evidentemente, no les había gustado oír sus acusaciones. Rob ya le había avisado de que tener a una Cameron entre ellos durante esos momentos tan peligrosos podía llevar al desastre, pero él lo había desoído. Ella era su prisionera.

—¡Brodie nos protege! —gritó un hombre escupiendo a los pies de Arabella.

—Él debería ocupar el sitio de Lachlan, no Caelan —añadió una mujer.

La multitud empezó a rugir y Brodie supo que tenía que intervenir. Arabella no tenía la culpa de nada de todo eso y no debía pagar las consecuencias.

—Ella está bajo mi protección, como todos vosotros.

Cruzó los brazos sobre el pecho y se puso intencionadamente delante de ella.

—Pero es una Cameron —le replicó alguien.

—Sí, es una Cameron —concedió él—, pero fue a Drumlui para cumplir con su deber y terminar nuestro conflicto con ellos.

—¡Va a casarse con ese malnacido!

—Cumple con su deber hacia su padre y su clan. Eso fue lo que negoció Lachlan, el acuerdo que yo respaldé y prometí defender. Ella no tiene la culpa de que Caelan haya urdido este plan.

Se oyeron unos susurros mientras asimilaban sus palabras. Entonces, Bradana dio un paso adelante y señaló a Arabella con la cabeza.

—Es posible que sea una Cameron y que muchos la rechacéis por eso, pero eso no la detuvo cuando necesitamos su ayuda. Trabajó junto a Margaret, y sola, para ayudar a nuestros hombres. Además, según lo que ha dicho Margaret, ella salvó a Magnus.

Bradana hizo un gesto con la cabeza y miró a las mujeres que eran tan rehenes de sus padres o maridos como Arabella.

—Si alguien tiene algún problema, que se mantenga alejado de ella —añadió él mirándolos a los ojos—. Un problema con ella es un problema conmigo.

Quienes habían expresado sus objeciones asintieron con la cabeza y se marcharon. Pareció como si Bradana quisiese acercarse a ella, pero antes lo miró a él. Brodie se dio la vuelta y vio lo que veía

Bradana; Arabella, muy frágil, estaba pálida y temblando. Sacudió levemente la cabeza para despedir a Bradana y todo el mundo volvió a sus ocupaciones. Ese momento ya había pasado... salvo para la muchacha.

Se habría acercado a ella si hubiese sabido qué decirle para consolarla. Como no lo sabía, esperó. Ella, después de unos momentos en silencio, levantó la cabeza y volvió al cercado. El caballo negro cruzó lentamente el cercado, relinchó y esperó un gesto de cariño de ella.

—Estoy segura de que tienes obligaciones, Brodie. No tienes que quedarte aquí conmigo.

Su voz, que hacía poco había sido fuerte y estridente, le salió temblorosa. Él tuvo que hacer un esfuerzo para no abrazarla y consolarla por los insultos, para no disculparse por haberla arrastrado a esa pelea. Además, y lo que era peor, tuvo que sofocar las dudas de si estaría acertado con lo que estaba haciendo. Al final, le concedió la intimidad que quería y se marchó. Unos pasos después, se encontró con los centinelas a los que había ordenado que la vigilaran desde lejos. Los saludó con la cabeza, se detuvo y se dio la vuelta.

Ella tenía la cabeza sobre el cuello del caballo negro, que le frotaba el hombro con el hocico. Aunque no podía ver su cara, su cuerpo temblaba e indicaba que estaba llorando. Sintió que se desgarraba por dentro.

Esa no era la lucha de ella. Ella habría honrado a su clan y a su hermano al entregarse en cuerpo y alma al enemigo, como le habían ordenado. Ella habría vivido entre enemigos y nunca habría formado parte de ellos de verdad, habría sido una Cameron aunque sus hijos se hubiesen llamado Mackintosh. Todo para conseguir una paz duradera.

Se dio la vuelta y se alejó sabiendo que, al secuestrarla, Caelan había acelerado su plan. Además, también había provocado la violenta reacción y la muerte de su gente. La otra alternativa era que permitiera que el matrimonio siguiera adelante e intervenir más tarde. Sin embargo, la idea de dejar a Arabella bajo el dominio de su primo y, peor aún, en su cama, lo había obligado a actuar. Tenía la certeza de que cuando fuese la esposa de Caelan y él tuviese su dote, empezaría la verdadera destrucción.

Como heredera del *laird* Cameron, ella le proporcionaría riqueza inmediatamente y, además, si la dejaba embarazada, ese hijo sería el heredero de los títulos y el poder de los dos clanes. También estaba

seguro de que Arabella pagaría un precio muy elevado porque Caelan nunca toleraría una esposa fuerte. Sometería su inteligencia y nunca la aceptaría por todo lo que podía ofrecerle. Además, en ese momento, cuando ella había oído esas historias y se había cuestionado su sinceridad, quizá ni siquiera dejara que viviera...

Nunca sería suya, pero había jurado que la sacaría sana y salva. Por eso la había secuestrado el día de su boda y por eso la protegía incluso en ese momento. Ella había aceptado su deber aunque no era lo que quería. Él honraría ese compromiso. Probablemente, ella acabaría casada con un Mackintosh cuando todo eso terminara y los ancianos eligieran otro jefe, pero él se cercioraría de que no fuese Caelan.

Fue a la tienda de Margaret para hablar con Magnus. Era el único que podía ayudarlo a valorar lo cerca que estaba Caelan del éxito y cuánto tiempo tenían para impedirlo.

Habían reunido pruebas casi suficientes para demostrar que Caelan estaba pagando a hombres para que hicieran lo que les ordenaba, que estaba formando su propio ejército, un montón de guerreros mercenarios de todas las Highlands, para destrozarse a cualquiera que se interpusiera en su camino. Él y sus hombres serían los primeros y los Cameron los siguientes.

Avisó a Rob y los demás para que se reunieran con él e intentó no pensar en la desolación que había visto grabada en el precioso rostro de Arabella Cameron.

Durante las horas siguientes, pensó más en ella que en sus propios problemas. Cuando volvía hacia su gruta para descansar un poco, supo cómo podía conseguir que ella sonriera.

Cada día que pasaba allí llevaba su propio desastre y cada desastre la cambiaba de alguna manera. Unas veces eran sus palabras, que ponían en duda lo que ella creía. Otras veces eran sus actos, como ponerse entre su gente y ella para protegerla. Además, estaban los besos y las caricias que hacían que quisiera olvidarse de su nombre, de su familia y de su honra.

Lo único que sabía con certeza era que no era la misma joven que llegó a Drumlui hacía unos meses para cumplir con su deber. Esa mujer sonriente, hermosa y falsa había desaparecido entre la tragedia

y la conmoción. El problema era que cada día que pasaba allí perdía más de sí misma y de sus creencias. Toda su vida había creído lo que le había dicho su padre. Creía que le debía a su madre, y a todos quienes habían muerto, la obligación de una obediencia incondicional, que la única forma de honrar a los muertos era entregarse al enemigo y utilizar su cuerpo para conseguir la paz para las generaciones venideras, pero lo que había visto, oído y hecho durante esas semanas pasadas resaltaba lo ingenua y necia que había sido.

Solo había visto una parte del conflicto entre los clanes, la que le habían enseñado. Entonces, esa gente que la odiaba solo por su nombre, había mostrado más sinceridad con ella que toda su familia, menos Malcolm. No le habían enseñado partes amables y bonitas, sino partes ásperas, sinceras y de vida y muerte. Entonces, ¿qué debería hacer?

Quería hablar como fuese con su padre para discutir con él y avisarlo de la posible traición que los esperaba. Quería saber si Caelan era tan falso como decía todo el mundo. Si los creía, ni una sola palabra de todo lo que le había dicho era verdad.

Cuando el sol empezaba a ponerse, el centinela le dijo que pasaría la noche en otro sitio y lo siguió a través de todo el campamento. Ella, que estaba demasiado alterada y que no quería ver a Brodie en ese momento, no discutió. Llegaron a otra gruta y él la invitó a entrar. Había una niña, pero eso no fue lo que le llamó la atención. En el centro de la estancia, donde había todo tipo de suministros, vio una pila de madera muy grande como las que solían usarse para hacer la colada, pero estaba llena con un agua humeante.

—Mi madre me ha dicho que os ayude a bañaros, milady.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella acercándose a la pila.

—Me llamo Fia, milady.

—¿Cuántos años tienes, Fia?

Miró detenidamente a la niña y vio el parecido inmediatamente, era la hija de Bradana.

—Casi diez, milady —contestó la niña acercándose a ella.

—Una edad perfecta —comentó Arabella mientras se desabrochaba el cinturón—. No es fácil manejar mi pelo en el baño y agradeceré tu ayuda.

No tardó en desvestirse y en meterse en un agua tan caliente que sintió un hormigueo en la piel. No podía estirar las piernas en la pila y tuvo que sentarse un poco encogida, pero aquello era un lujo inimaginable. Fia solo tendría diez años, pero resultó ser una ayudante

fantástica y le lavó el pelo y le frotó el cuerpo para quitarle toda la mugre antes de que el agua se enfriara.

Salió del agua a regañadientes y vio que la esperaban una camisola, un vestido y unas medias limpios. Tardó un poco, pero Fia la ayudó a secarse y peinarse el pelo antes de llevarla a otro sitio del campamento. Bradana estaba esperándolas y le sonrió.

—¿Os sentís mejor, milady? —le preguntó tomando a Fia debajo de un brazo—. ¿Has ayudado a milady como te dije, Fia?

—Sí, ha sido la mejor ayudante que he tenido —contestó Arabella.

Quiso abrazar a la niña, pero ella... ella no era uno de ellos.

—Mamá, ¡tiene un pelo tan largo que llega hasta el suelo! —exclamó la niña.

—Pero no habrás dejado que lo toque...

—¡No! —exclamó Fia—. No podía dejar que se manchara otra vez.

Aunque no solía hacerlo, ella fue a tomar el pequeño monedero que siempre llevaba en el cinturón para darle una moneda y agradecerle su ayuda, pero no lo encontró y se dio cuenta de que no tenía nada suyo.

—Le habría dado algo por su ayuda, Bradana, pero me temo que no tengo nada —reconoció ella.

—Vuestras alabanzas y vuestro agradecimiento son suficientes para ella, milady.

La niña se fue con unas amigas que la esperaban cerca.

—Gracias a ti también —añadió Arabella—. Por tu ayuda de antes y por el baño. Sé que no pudo ser fácil que te enfrentaras a tu gente por mí.

—Los odios son muy profundos, pero llega un momento en el que da igual —Bradana le señaló un taburete que había fuera de la tienda—. Sentaos y os haré una trenza para que no se ensucie y apartároslo de los ojos.

Ella no pudo resistir la tentación. Lo que más la serenaba era que le cepillaran el pelo y le hicieran una trenza. Aunque su madre murió cuando era muy pequeña, podía imaginarse que habría sentido eso si ella se lo hubiese hecho.

—Milady...

Se despertó cuando le tocaron en el hombro. No recordaba

haberse quedado dormida. Se incorporó y vio a Bradana, que le ataba la trenza.

—No quería...

—Cualquiera con ojos en la cara puede ver que estáis agotada —replicó Bradana sacudiendo la cabeza—. No os preocupéis —la mujer se levantó y se acercó a la pequeña fogata—. ¿Habéis comido? ¿Tenéis hambre?

Creyó que estaba más cansada que hambrienta hasta que el estómago rugió sonoramente. Bradana se rio y le entregó un cuenco con un guiso y un trozo de pan.

—Descansad un poco y comed.

—¿Y Fia? —preguntó ella antes de tomar la primera cucharada.

—Vendrá cuando tenga hambre o comerá con Glenna y su padre.

—Entonces, ¿esto es como vuestro pueblo, os ocupáis unos de otros?

Arabella miró alrededor. Las fogatas proyectaban sombras en las tiendas y las chozas. Los hombres y las mujeres habían terminado sus tareas y pronto se acostarían. No había ni casas ni cobertizos ni tenía el trazado ordenado del pueblo cercano al castillo de Drumlui, pero, aun así, ese campamento tenía el ambiente de un pueblo.

—Por ahora, milady. Cuando Brodie... cuando todo esto se haya solucionado, esperamos que podamos volver a nuestras casas.

—¿Y si no se soluciona? Si él sigue siendo un expatriado, ¿adónde iréis? ¿Qué haréis?

—Tengo fe en él, milady. Todo se arreglará —Bradana sonrió y asintió con la cabeza—. Es un hombre bueno y un buen líder. Él arreglará esto.

Bradana se levantó antes de que ella pudiera hacerle otra pregunta y le dio una palmada en el hombro.

—Él también se ocupará de vuestra seguridad, no tengáis miedo.

—Gracias por la comida y por el baño —ella se levantó junto a la mujer—. No sé bien a dónde debería ir ahora.

—¡Adentro, milady! Os he preparado un jergón. Descansad y nos os preocupéis por lo que no podéis cambiar.

Quiso abrazar a esa mujer que le ofrecía tanto consuelo sin darse cuenta. Durante demasiado tiempo, solo había conocido los deberes que tenía que cumplir y las personas de las que tenía que ocuparse. Nadie se ocupaba de las pequeñas necesidades como



había hecho esa mujer. La sencilla oferta de hacerle una trenza, las palabras que había dicho en su defensa y, en ese momento, esa oferta de un sitio protegido para que descansara.

Bradana, como si la hubiese oído, abrió los brazos para recibirla. Ella aceptó el abrazo y todo el consuelo que ofrecía. No debería importarle tanto, pero esa amabilidad de unos desconocidos le aliviaba mucho el dolor. Bradana la soltó al cabo de un rato y levantó el faldón de la tienda.

Pasara lo que pasase en el futuro, recordaría ese momento de paz y benevolencia en medio del caos. Entró sintiéndose liviana como hacía mucho tiempo que no se sentía. Quizá Bradana tuviese razón. Quizá Brodie arreglara las cosas y todo saliera bien.

Desgraciadamente, su optimismo duró un día antes de que empezara el caos total.

## Catorce

Arabella recorrió el sendero que iba desde la gruta de Brodie a otras que estaban escondidas entre los árboles. Una serie de estancias unidas entre sí y que no se veían hasta que se estaba en la entrada. Un sitio muy ingenioso para esconderse.

Esa mañana, como tenía pocas cosas que hacer porque Margaret ya había visitado a los heridos, ella había inspeccionado las grutas y había encontrado una cantidad considerable de víveres y suministros. Si no los encontraban, esa gente podría vivir allí durante meses.

Decidió ir a ver si su caballo seguía allí o si Brodie se había marchado, tomó uno de los senderos que se adentraban en una zona más boscosa, recorrió una distancia bastante corta y alguien la agarró por detrás. Un brazo le rodeó los hombros y le tapó la boca, otro la agarró de una muñeca y la arrastraron entre las sombras. Intentó zafarse, pero se encontró sujeta contra un árbol.

—¡No digas nada, Arabella!

La voz le pareció conocida, miró al hombre a los ojos y descubrió que era su primo Alan.

—¡Alan! —susurró ella—. ¿Cómo me has encontrado?

Él la soltó y ella lo abrazó con fuerza.

—Llevo semanas buscándote.

Su padre decía que era su favorito. Aunque tenía doce años y era demasiado joven para luchar y cazar con los hombres, sería muy valioso cuando fuese mayor.

—Entonces, vi que escapaban con los heridos y los seguí hasta aquí.

—¿Dónde están los demás? —preguntó ella mirando alrededor.

—He venido solo. Tu padre tuvo que marcharse de las tierras de los Mackintosh y se llevó a los demás —Alan retrocedió un poco y le tendió una mano—. He estado esperando el momento y la ocasión para sacarte de aquí. Vamos.

Si él había sido capaz de escabullirse hasta allí, también podría ser capaz de sacarla de allí. Fue a tomar su mano cuando recordó el juramento que había hecho.

—¡Tienes que marcharte, Alan! —ella lo empujó y señaló el sendero—. Si te das prisa, no te verán.

—No voy a marcharme sin ti —insistió él agarrándole la mano y tirando de ella.

Ella contuvo el aliento cuando oyó un ruido metálico y supo que se habían desenvainado unas espadas. Brodie fue el primero en salir de entre las sombras.

—Ninguno de los dos va a ir a ninguna parte.

Alan fue a desenvainar su espada, un gesto que ella sabía que sería el último independientemente de su edad e inexperiencia. Arabella se puso entre su primo y los hombres.

—¡No! ¡Solo es un niño! —gritó ella.

—Prendedlo —ordenó Brodie mientras la agarraba a ella.

Su mano era como una tenaza que la apartaba de Alan mientras hacían prisionero a su primo. Entonces, justo cuando Rob iba a llevárselo, Brodie los detuvo.

—Espera, déjame verlo.

Brodie lo dijo en un tono raro, casi como si estuviese atragantándose, mientras miraba fijamente a Alan. Miró su rostro con todo el detenimiento del mundo y sacudió la cabeza.

—Llévatelo. Iré enseguida.

Ellos obedecieron su orden mientras ella miraba con impotencia a Alan. Entonces, cuando se marcharon, él se dirigió a ella.

—¿Quién es, Arabella?

—Es mi primo Alan —él frunció el ceño y ella siguió—. Lo conociste durante nuestra visita. Siempre iba detrás de...

Ella no pudo terminar, pero él asintió con la cabeza.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó él mirando alrededor con los puños cerrados—. ¿Dónde están los demás?

—Es un rastreador muy bueno desde que era muy pequeño. Los hace con animales y personas, esto es un juego para él.

—¿Y los demás?

—Me dijo que había venido solo, que mi padre se marchó de las tierras de los Mackintosh, como te dijo Magnus.

Él la soltó y ella se apartó unos pasos tambaleándose.

—Entonces, vete —dijo él señalando con la cabeza hacia el campamento—. Sigue haciendo tus cosas.

Él se dio la vuelta y empezó a seguir a sus hombres.

—¡Espera! —gritó ella corriendo para alcanzarlo—. ¿Qué vas a hacerle?

Ella no pudo evitar acordarse de las cosas espantosas que hacía a los Cameron que capturaba, según su padre y Caelan.

—Me ocuparé de él. No es de tu incumbencia en este momento.

¿Qué podía hacer ella para que no lo torturara y matara? Ese

sería su destino después de que hubiese encontrado ese lugar y pudiera decírselo a los demás. Ella no tenía nada que ofrecer a cambio... Entonces, lo miró a los ojos y se acordó de cómo la había mirado él y cómo la había besado.

—Te ruego que tengas piedad —le pidió ella en voz baja—. Si aceptas no maltratarlo... —ella desvió la mirada un segundo y volvió a mirarlo a los ojos—...te daré lo que quieras.

Supo cuándo había entendido su oferta porque esos ojos marrones se oscurecieron, pero, en cuestión de segundos, la rabia se reflejó en esa mirada ardiente. La estrechó contra su cuerpo granítico antes de que ella supiera lo que estaba pasando. Bajó la cabeza y le dio un beso abrasador, posesivo y resentido. Entonces, la soltó y se apartó. Ella se estremeció por la excitación, no por miedo.

—Arabella, me decepciona que dudes de mi honor ahora y por esto —dijo él en un tono tan áspero como su mirada—. No mato a niños —él se inclinó y ella creyó que iba a besarla otra vez, pero bajó la voz—. Además, independientemente de lo mucho que pueda desearte, y te deseo, no tomaré lo que no me corresponde.

Ella no pudo respirar después de oír esas palabras eróticas y dichas con rabia. Él se alejó antes de que el hechizo se hubiese roto.

A ella le flaquearon las piernas y cayó de rodillas intentando respirar. Lo había juzgado mal otra vez y no había confiado en él. Se había formado una opinión con falsedades en vez de fiarse de lo que creía ella.

Las historias que había oído no encajaban con el trato que le había dado a ella. Su forma de tratar a su gente solo indicaba que era íntegro. Una vez más, el mundo en el que había vivido se convirtió en arenas movedizas, en un torbellino de mentiras y rumores que socavaba su juicio sobre todo y todos. Oyó el chasquido de unos pasos y volvió a la realidad.

—¿Milady, os encontráis mal?

Se dio la vuelta y vio a unos de los hombres de Brodie. No sabía cómo se llamaba, pero él le tendió una mano y ella la tomó para levantarse.

—Estoy bien —contestó ella limpiándose las hojas del vestido.

Lo miró y solo vio preocupación en sus ojos. ¿Habría presenciado el encuentro con Brodie y el beso? Captó cierto bochorno en sus ojos verdes y él miró hacia otro lado. Efectivamente, lo había visto.

—Gracias... —lo miró y lo reconoció—. Dougal —era el bardo,

pero ¿qué hacía?—. ¿Estás siguiéndome?

Ella supo la respuesta antes de que él contestara.

—Sí, mi lady. Tengo que ocuparme de que no os pase nada mientras estáis aquí.

Dicho así, sonaba mucho mejor que guardián o carcelero.

—Entonces, ¿viste a mi primo? —él asintió con la cabeza—. ¿Y pediste ayuda? —él asintió con la cabeza otra vez.

Ella no había oído ninguna voz de alarma durante esos minutos tumultuosos. Entonces, se acordó del sistema de comunicación de Brodie con sus hombres en el castillo. Debía de tener algo parecido para avisar en silencio de un peligro o un ataque. Sintió, a su pesar, que cada vez tenía más respeto por sus métodos.

—No corre peligro —dijo Dougal negando con la cabeza.

—¿Adónde lo llevarán?

El bardo se encogió de hombros. Él no se lo diría porque no lo sabía o porque no quería, pero ella aceptó que no le pasaría nada a Alan.

—¿Puedo irme? —preguntó ella.

No sabía si ese hombre tenía otras órdenes después de esa incursión en el campamento.

—Debéis quedaros más cerca de las tiendas, milady.

Efectivamente. Ella se dirigió al centro del campamento y buscó a Brodie o a Rob con la mirada, pero no los encontró. Decidió mantenerse ocupada hasta que encontrara a Brodie y pudiera explicarse y disculparse, porque se lo debía.

Brodie se quedó entre las sombras mientras Rob interrogaba al niño. Impresionado por lo conocido que le parecía, al principio pensó que era un Mackintosh, hasta que Arabella dijo que era su primo. Sin embargo, en ese momento, cada vez que el niño lo miraba, algo brotaba en su memoria.

En honor al niño había que decir que no confesó nada de valor ante las preguntas de Rob, que solo frunció el ceño y negó con la cabeza. Sin embargo, él podía captar el miedo en su expresión, que sabía que lo peor estaba por llegar y que le daba miedo. Aun así, que hubiese podido rastrearlos y acercarse tanto a Arabella decía mucho de su destreza. Lo único favorable para ellos era que, al ser un Cameron, no acudiría a informar a Caelan ni le llevaría a Arabella, sino que acudiría al jefe de los Cameron en el catillo de Achnacarry.

—¿Cuántos iban contigo? —le preguntó Rob en su tono más amenazante y agarrándolo de la camisa—. No me obligues a hacerte daño.

Rob no haría algo así sin el permiso de Brodie, pero el primer paso era emplear el miedo para que el niño hablara. Si creía las mismas historias que Arabella, se quebraría enseguida. Vio que el niño, Alan lo había llamado ella, temblaba, pero no contestó.

Entonces, vio el rostro del niño iluminado por la luz de una fogata. No allí, en el bosque. Las llamas se elevaron y estuvo a punto de llamarlo, pero desapareció. Parpadeó por la aparición y se dio cuenta de que Rob estaba hablándole.

—Brodie, ¿te pasa algo?

Él sacudió la cabeza para olvidar la alucinación y miró al niño que estaba sentado con las manos atadas a la espalda.

—¿Nada...?

—No, no va a decirnos nada.

Brodie se acercó hasta que el niño tuvo que levantar la cabeza para mirarlo.

—¿Estás seguro de que no tienes nada que decirnos?

Alan tembló más todavía, pero apretó los labios con un gesto de obstinación y resistencia. Él se encogió de hombros, salió de la cueva y lo dejó en manos de Rob. El niño contaría sus secretos de una forma u otra.

Después de haber comido y de haberle concedido un par de horas a Rob, volvió hacia la cueva. Desafortunadamente, la muchacha estaba en medio del camino con los brazos cruzados y dispuesta a pelear. Su expresión de rabia era tal que no supo si prepararse para hacerle frente o pedir ayuda.

—Sé que tienes a Alan ahí dentro. Quiero... ¿Puedo verlo?

Su tono lo sorprendió. Había esperado rayos y truenos sobre su cabeza y esa petición tan educada lo asombró.

—No. Todavía no hemos terminado de interrogarlo —contestó él.

—Lleva horas ahí metido, ¿hasta cuándo aguantará?

Unas lágrimas brillaron en sus ojos azules y él tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse firme a pesar de las ganas de secárselas. ¡Ella siempre encontraba su punto débil! Si se ofrecía otra vez a él, no creía que pudiera rechazarla.

—¡Rob! —le llamó él. Su amigo salió de la cueva y asintió con la

cabeza—. ¿Hemos terminado?

—Sí. Nos ha contado todo lo que teníamos que saber —contestó Rob antes de ver a Arabella—. Milady...

Brodie se dio cuenta de que le costaba mucho no hacerle preguntas. Sabía las historias que contaban de él y entendió que ella tuviera miedo. No le gustaba que las creyera, pero lo entendía.

—Puedes entrar —le dijo a Arabella.

Entró en la cueva y ellos la siguieron. Alan estaba dormido en un rincón. Ella se arrodilló a su lado y le acarició la cara. Brodie intentó dejar a un lado le envidia por ese gesto tan cariñoso y la miró mientras ella susurraba varias veces el nombre del niño. Rob le dio un codazo en el costado y se inclinó para contarle lo que habían sonsacado.

—Vino solo. El niño es un prodigio. Es posible que su tío no lo sepa, pero volvió a sus tierras a petición de Caelan.

Entonces, el niño abrió los ojos y saludó a su prima con una voz pastosa y cantarina.

—Arrabeella —susurró ladeando la cabeza como si no la viera.

Los jóvenes no solían resistirse al whisky y Rob lo había empleado para soltarle la lengua a Alan.

—¿Estás bebido, Alan? —ella se inclinó y olió el aliento de su primo—. ¿Has bebido whisky?

Ella se sentó en los talones y se giró para mirarlo. Brodie esperó la explosión de furia y acusaciones. Rob, previéndolo y demostrando que podía ser un cobarde cuando se trataba de mujeres, se dirigió hacia la entrada de la cueva. Ella entrecerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Has hecho bien —comentó ella—. Bien hecho.

Algo parecido al respeto se reflejó en sus ojos mientras esbozaba una sonrisa levísima. El niño intervino antes de que él pudiera decir una necedad.

—Habría dado resultado...

Entonces, Alan se encogió de hombros y volvió a ladear la cabeza como si no encontrara a su prima para hablarle. Arabella se giró para decirle algo, pero él sacudió la cabeza tan deprisa que empezó a reírse. Ella lo ayudó a calmarse mientras hacía un esfuerzo para no sonreír.

—Ella no quería venir. Tardamos mucho y nos encontrasteis. Si hubiese venido cuando se lo dije, ahora estaríamos libres.

No habrían escapado, pero se alegró al saber que ella había mantenido la palabra que le había dado. Sobre todo, cuando a él le

habría costado mucho cumplir la promesa de no intentar escapar en esa situación.

Una vez reconocido eso, Alan dejó de resistirse a los efectos del alcohol y se quedó dormido otra vez. Arabella lo tapó con una manta, se levantó y lo miró a los ojos.

—Creíste que lo maltrataría para sacarle lo que quería saber.

—Lo creí... durante un minuto. Luego, supe que no harías algo así.

—¿De verdad? —preguntó él.

—De verdad, aunque intentaste que creyera que podía pasarle cualquier cosa.

Él asintió con la cabeza porque le costaba hablar cuando ella lo miraba con respeto.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó ella mientras salían.

Rob estaba esperándolo. Cuando él no contestó, ella le dio la respuesta que ella quería.

—Puedes mandarlo otra vez con mi padre y negociar con él para que ayude a solucionar esto.

Rob lo miró porque era algo que no habían hablado entre ellos.

—Vuestro padre no hará algo así, milady.

—Lo pensaría si se lo pidiese yo —era encantadora por lo ingenua que era acerca de su padre, pero parecía como si necesitara creer lo mejor de su padre y lo peor de él—. Si devolvierais a Alan como gesto de buena voluntad.

—¿Crees de verdad que hablaría con el hombre que mató a su hijo? —preguntó él.

Aunque fuese el más ínfimo de los Mackintosh, Euan Cameron no lo dejaría vivo ni un segundo. Aunque Caelan no ocupase la silla más alta, tampoco habría paz si lo reemplazaba él. La verdad fue como un muro entre ellos, lo vio en los ojos de ella cuando se dio cuenta. Siempre los separaría independientemente del respeto que sintiera hacia él por el trato que le había dado a su primo, independientemente del deseo que sentían cuando hablaban o estaban juntos, independientemente...

—No debería haberlo dicho —susurró ella retrocediendo.

Él alargó una mano sin importarle que estuviesen mirándolo y le levantó la cara.

—No. Siempre escucharé tus ideas, Arabella, pero esta...

Él sacudió la cabeza y bajó la mano.

—¿Puedo cuidarlo esta noche, con tu permiso?



La delicadeza de sus palabras lo dejó atónito. Casi todas sus conversaciones acababan con desconfianza y enfado. Esa vez, él asintió con la cabeza y ella entró. Él se quedó un momento en silencio y soltó el aire que había estado conteniendo.

—Ten cuidado, Brodie —le advirtió Rob antes de marcharse.

Él dio órdenes a un hombre para que se quedara de centinela.

—¿Que tenga cuidado? —se preguntó a sí mismo en voz baja—. Ya es demasiado tarde.

## Quince

Las peores consecuencias de la primera borrachera de Alan fueron cierto dolor de estómago y un dolor de cabeza. Margaret, a petición de Brodie, le mandó una pócima verde que olía fatal. Alan la miró fijamente y se negó a beberla, hasta que los síntomas empeoraron. Entonces, se la bebió de un sorbo y se quejó a voces, pero a mediodía estaba pidiendo comida.

No lo vio durante dos días... a Brodie. Aunque el caballo negro seguía en el cercado, no vio ni rastro de él por el campamento. ¿Esta evitándola? Ella dormía en la tienda de Margaret o en la de Bradana y las ayudaba con las tareas, ya fuera remendar ropa o preparar comida o hacer lo que hubiera que hacer. Alan y ella hablaron mucho y se enteró de muchas cosas sobre Drumlui y Achnacarry. Alan le contó que su padre había dejado las tierras de los Mackintosh y que como temía un ataque de estos, estaba enviando soldados para que defendieran el castillo del sur, el castillo de Tor. Más aún, estaba planteándose implicar al rey en esa disputa. Aunque era un prisionero, la juventud de Alan permitió que lo trataran mejor que lo que habrían tratado a un hombre. Le permitían salir varias veces al día y Bradana se ocupaba de él.

Arabella seguía convencida de que su padre ayudaría si supiera la verdad y decidió que había llegado el momento de saber lo que opinaba Brodie. Si Alan pudiera escaparse, si le llevara información a su padre, podría dar resultado. Empezó a buscar maneras de ayudar a chico a que se escapara. Al fin y al cabo, él no había dado su palabra, como había hecho ella. Solo necesitaría librarse de la vigilancia algo de tiempo para escabullirse por la montaña y encontrar el camino a Achnacarry. Dijo que se necesitaban dos días a caballo hacia el noroeste de Drumlui y llegar casi hasta la orilla del lago Arkaig. Tardaría tres o cuatro días por tierra hasta Achnacarry y menos si pudiera navegar por el lago o el río.

Aunque estaba visitando a Alan en una de las cuevas, siguió comprobando las demás y se dio cuenta de que se podían organizar los suministros de otra manera para que fuese más fácil seguirles el rastro a medida que se utilizaban. Además, si tenían que abandonar el campamento, algo que temía todo el mundo, sería más fácil encontrar y llevarse las cosas más imprescindibles. Estaba pensando decírselo a

Margaret, ya que todo estaba más en calma, cuando la aparición de Brodie le sorprendió, pero le sorprendió más todavía que pareciera que no había dormido. Tenía ojeras y estaba pálido.

—¿Estás enfermo? —le preguntó ella levantando una mano para tocarlo. Él se lo impidió, pero ya había visto el gesto—. ¿Tienes fiebre?

—No estoy enfermo, no temas.

—Si no estás enfermo, ¿qué te pasa, Brodie?

—Bradana me dijo que estabas buscándome —dijo él evitando contestarle.

—Iba a hablar con Margaret sobre cambiar de sitio algunos de los suministros, sería más eficiente...

—¿Más eficiente para quién?

—Para las mujeres que los supervisan, para las personas que tienen que utilizarlos, para todos vosotros si tenéis que abandonar el campamento como algunos piensan que habrá que hacer pronto.

—¿Has estado haciendo preguntas? —preguntó él con una ceja arqueada.

Esa vez, él no pareció molesto por su curiosidad.

—Sí. También he escuchado las conversaciones de tu gente. Tengo cierta experiencia con esto.

Ella señaló las cajas y bultos que los rodeaban. Como señora de las posesiones de su padre, había trabajado con su administrador y había hecho cosas así.

—Muy bien, Arabella, si Margaret accede, lo dejaré en vuestras manos.

La miró fijamente, como si viera algo distinto, y empezó a marcharse.

Ella no había dicho lo más importante. Al escuchar a su gente, al observarlo a él, incluso al ser su prisionera, había empezado a darse cuenta de que tenía que saber y entender muchas cosas sobre ese conflicto, sobre el papel de Caelan y Brodie en él, sobre el papel de ella y su porvenir... Levantó la cabeza, se puso muy recta y lo miró a los ojos.

—Creo que ya estoy preparada para oír tu verdad.

Ya lo había dicho. Claramente, sin exigencias ni rencor. ¿Qué diría él? Dejó escapar un suspiro de agotamiento, aunque ella creía que él no se había dado cuenta, y asintió con la cabeza.

—Acompáñame esta noche a cenar y podremos hablar. Y no te olvides de hablar con Margaret sobre tus ideas.

Ella sonrió y asintió con la cabeza mientras lo observaba alejarse. Se dio cuenta de que le costaba andar. Le pasaba algo y si no estaba bien, sospechaba que era por falta de sueño.

La tarde pasó despacio y pasó casi toda comentando sus ideas con Margaret. Cuando la cena estuvo preparada, se preguntó si sería prudente hablar con Brodie. No tenía sentido si no estaba dispuesta a escucharlo y a creerlo. Se dio cuenta cuando llegó a la entrada de la cueva que había elegido Brodie con una de las amigas de Bradana que la ayudaba a llevar la cazuela con el guiso, el pan y el queso. Se paró tan repentinamente que la otra mujer estuvo a punto de tirarlo todo.

¿Cómo podía confiar en él? Había matado a su hermano y la había secuestrado a ella. Aun así, en el fondo, sabía que mantendría su palabra y el honor. Había adoptado a esa gente, a esos exiliados, como propios y había luchado para que estuvieran a salvo. Los había puesto por delante, contra todo sentido común, y estaba dispuesto a encontrar la manera de devolverles sus casas y sus familias.

—¿Os habéis tropezado, milady? —preguntó Nara desde detrás de ella.

—Sí, Nara. Perdona mi torpeza.

Ella intentó disimular la vacilación y siguió. El centinela avisó a Brodie y le hizo un gesto para que entraran. Tardaron unos minutos en dejarlo todo sobre la mesa con la ayuda de Nara. Ella no pudo evitar mirar hacia donde estaba Brodie leyendo una carta. Él la saludó con la cabeza, pero siguió leyendo mientras ellas preparaban la cena, hasta que le dio las gracias a Nara y esperó a que él terminara. Estaban solos. Por fin, él dejó la carta a un lado y esperó a que ella se sentara. Llevó una jarra con agua, se sentó y sirvió las dos copas. Arabella levantó la tapa y sirvió el guiso en dos cuencos. Él la observó mientras ella troceaba el pan y el queso. Entonces, comieron en un silencio que podría haber sido tenso por lo que se avecinaba. Cuando terminaron, ella recogió los cuencos y la comida que había sobrado para devolvérselos a Nara.

Luego, él se levantó, sacó la petaca de whisky que guardaba en su arcón y sirvió un poco en las copas. Ella se acordó de lo que le había pasado a Alan y se prometió a sí misma que bebería muy poco. Como él no dijo nada, ella le preguntó por su estado.

—Pareces más agotado que cuando vinimos hasta aquí. Sé que

entonces no dormiste mucho, pero tampoco tuviste este aspecto.

Él sonrió y levantó su copa.

—Sabéis halagar a un hombre, milady.

—No quería decir... Yo... ¿Por qué no duermes, Brodie?

Entonces, después de decirlo, se dio cuenta de lo íntima e indiscreta que podía haber parecido. Debería disculparse.

—Los sueños me atosigan.

—¿Pesadillas? —él asintió con la cabeza—. De niña, cuando murió mi madre, tuve pesadillas durante muchos años. La tía Gillie solía frotarme la frente y cantarme unas canciones absurdas antes de dormir para alejarlas.

—¿Daba resultado?

Él dio un sorbo, la miró fijamente y los ojos se le oscurecieron. Ella se olvidó casi de la pregunta.

—Sí, casi siempre.

—Tendré que recordarlo —él hizo una pausa y abordó el asunto que estaba esperando ella—. Arabella, ¿sabes cómo empezó el conflicto?

—Promesas incumplidas, la traición de una amante, tierras, oro... Como suelen empezar los conflictos —contestó ella—. Los Cameron reclamaron unas tierras cerca de Drumlui y los Mackintosh reaccionaron. Las luchas empezaron y las batallas siguieron durante cuatro o cinco generaciones.

—El derramamiento de sangre y las muertes acabaron con familias enteras. El sueño de mi padre y mi tío era acabar con todo eso.

—Y el del mío —añadió ella.

—Desgraciadamente, no es el de Caelan.

—Pero respaldó la tregua. Como laird, aceptó las condiciones que ya se habían pactado.

—Sí, lo hizo ante los clanes, Arabella. Sin embargo, mientras tanto, estaba negociando con otros clanes de la confederación Chattan y de las Highlands.

El jefe de los Mackintosh también lo era de la confederación Chattan, un grupo de clanes unidos por sangre o por un juramento que controlaba gran parte de las Highlands. Para ella, la participación de la confederación era el único motivo para que los Cameron no hubiesen triunfado en ese conflicto.

—¿Por qué lo sabes, Brodie?

Ella quería creerlo, pero él no lo conseguiría nunca solo con su

palabra, al menos, como un forajido desterrado. La miró fijamente como si estuviera pensando qué y cuánto podía contarle. Por eso, cuando se levantó y fue hasta su arcón, la sorprendió. Lo observó mientras sacaba la caja encadenada. La dejó delante de ella, quitó el candado y la abrió. Estaba llena de cartas y documentos con distintos sellos de cera. Él tomó la carta que había estado leyendo cuando ella llegó, la puso encima, le hizo un gesto para que las leyera y se retiró entre las sombras mientras ella lo hacía. Tardó un tiempo, pero lo leyó todo y cada carta o documento iba alterándola más hasta que llegó al final. Esos documentos esbozaban un plan minucioso y mortal contra su clan. No era un plan para alcanzar una paz duradera, era la aniquilación completa de los Cameron. Acabaría con todos y cada uno de los Cameron y sus títulos quedarían enterrados con ellos. Caelan, incluso, había prometido oro de su dote para sobornar y recompensar a quienes lo siguieran. Algunos de esos planes se remontaban a tiempo atrás y otros era mucho más recientes.

—Sin embargo, él declaró que quería la paz...

—Al parecer, Caelan vio cómo tu padre mataba a sus padres. Eso lo destrozó de alguna manera y planeó esto durante años. Paso a paso, conspiración a conspiración.

—¿Mi padre?

Ella quiso negarlo, pero había oído algo cuando los Cameron hablaban de sus gloriosas victorias del pasado. Sin embargo, no sabía nada de Caelan. Casi sin avisar, se le revolvió el estómago y sintió náuseas por el espanto de todo ello. Tuvo el tiempo justo para vomitar en la palangana. Cuando terminó, él le tocó un hombro y le ofreció un paño y una copa con agua. Se incorporó y lo miró.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó ella.

—Desde que te conocí hace unos meses —contestó él encogiéndose de hombros—. Gracias a ti.

Ella se tambaleó y él la llevó a que se sentara en el jergón.

—¿Por qué yo? —él le entregó un almohadón y ella se lo puso detrás de la espalda y se apoyó en él—. ¿Qué hice?

—Hiciste que me replanteara todo lo que había dado por supuesto —él se sentó a su lado y le tomó una mano—. Cuando descubrí una mujer distinta detrás de la fachada que presentabas, me di cuenta de que había algo que no encajaba con Caelan. Empecé a preguntar e investigar, pero no tuve tiempo suficiente...

—¿Y eso es lo que has estado haciendo desde entonces? ¿Has estado reuniendo pruebas? —preguntó ella señalando con la cabeza

la caja que seguía en la mesa.

—Sí. Las últimas no nos llegaron hasta hace unos días.

La había salvado. Al secuestrarla, él había ganado tiempo, pero la había salvado de Caelan. Él le acarició el dorso de la mano y ella lo miró a los ojos.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer con todo eso?

—Había esperado reunirme con Caelan y convencerlo para que hiciera lo que tenía que hacer. Habría dejado que se marchara, pero...

—Él no abandonará jamás. Ha trabajado demasiado en todo esto. ¡Dios mío! ¿Crees que tuvo algo que ver en la muerte de tu tío?

Él asintió con la cabeza y ella sintió un escalofrío en la espalda. Caelan había matado a Lachlan porque quería la paz. Entonces, ¿quién...?

—¿Y... Malcolm? —preguntó ella sin atreverse a sentir esperanza.

—Mi daga, Arabella. Su sangre en mis manos. Hubo testigos.

—Podrías decírselo a mi padre. Él ayudaría. Ya está pensando en implicar al rey.

—Con estas pruebas, con estas declaraciones, tu padre se limitaría a acabar con los Mackintosh. Los borraría de la faz de la tierra como Caelan había pensado hacer con vosotros.

—Mi padre nunca....

Él la miró con intensidad y ella comprendió la verdad. Si tuviese la ocasión y esas pruebas, su padre sería tan despiadado como había pensado ser Caelan. Se hizo el silencio y ella intentó buscar una salida para mantener la paz, para que todos siguieran vivos.

Él roncó y ella se sobresaltó. Lo miró y vio que tenía los ojos cerrados. El agotamiento le tallaba unas arrugas profundas alrededor de los ojos y entre ellos. Para no molestarlo, se quedó sentada con la mano en la de él y pensando en todo lo que había leído... y en todo lo que él había hecho por ella. Aunque podría haberlo hecho, no había intentado obligarla a que lo creyera. Había hecho lo que hacía mejor, la había protegido, ayudado y dirigido mientras corría peligro al interponerse entre el peligroso plan de su primo y ella. Era el primer hombre que la veía como era, que veía detrás de su fachada y veía quién era de verdad. La respetaba aunque la retuviera allí, le daba la oportunidad de utilizar la cabeza y de ser útil. Nunca daba más valor a las apariencias que al fondo. Miró las manos agarradas y se dio cuenta de que, en algún momento, se había enamorado de Brodie Mackintosh. Él corazón se le aceleró y lo confirmó. Amaba a Brodie

Mackintosh.

Él se agitó, pero ella no podía hablar en ese momento. Susurró su nombre y le puso la cabeza sobre el regazo. Mientras intentaba aclarar los sentimientos que acababa de descubrir, empezó a pasarle un dedo por la frente y la nariz, como le había hecho a ella su tía tantas veces para aliviarle las pesadilla y los dolores de cabeza, para aliviarle el dolor por la pérdida de su madre y, más recientemente, por la de su hermano. Aunque no podía entender que ese hombre le hubiera quitado la vida a su hermano, al parecer, su corazón había decidido aceptarlo en cualquier caso. Dudaba mucho que nada bueno pudiera salir de sus sentimientos y no se los diría. Nada podía garantizar que él sintiese lo mismo y que fuesen a sobrevivir a la batalla que se avecinaba. Estaba segura, con certeza absoluta, de que eso terminaría con alguna batalla.

Seguía pensando en todo lo que había descubierto, y todavía le sujetaba la mano, cuando Rob entró y se la encontró así. Abrió la boca para decir algo, pero ella lo despidió con la otra mano. Brodie no había dormido lo suficiente. Rob, sin disimular el asombro, asintió con la cabeza y se marchó, pero no si antes dirigirle una mirada de curiosidad.

Ella, con la comodidad y calidez de su cercanía, también se quedó dormida. Un rato después, él le soltó la mano y se puso de costado. Ella introdujo los dedos entre su pelo y le acarició la cabeza. Cuando él se quedó quieto otra vez, ella dejó de mover los dedos, pero dejó la mano en su cabeza y se durmió más profundamente.

Su inquietud la despertó enseguida. Él intentaba moverse, pero no podía y empezó a hablar en sueños.

—¡El niño! —gritó él con la voz ronca—. ¡El niño!

Ella fue a despertarlo, pero él gruñó de dolor.

—¡Malcolm! La daga. La sangre. ¡No, no a Malcolm!

¡Estaba reviviendo aquella noche! Volvió a darse la vuelta como si luchara contra algo o alguien. No entendía lo que decía, pero el dolor y el remordimiento eran evidentes.

—A Malcolm no —gimió él—. Por Dios, él no, es el hermano de Bella...

Le cayeron las lágrimas al oír que la llamaba como solo la



llamaba su hermano y al pensar en lo que había pasado aquella noche entre ellos. Él se calmó un instante, hasta que levantó la mano y señaló algo.

—¡El niño! El niño lo vio.

El niño. Solo se le ocurría un niño, ¡Alan! ¿Había estado Alan allí? ¿Había seguido a su hermano, como hacía siempre, y lo había presenciado? Brodie se calmó otra vez y durmió profundamente mientras ella meditaba lo que había dicho. Esos sueños habían empezado cuando Alan apareció para intentar ayudarla a que se escapara. Brodie había reaccionado de una forma rara a su primo y ella lo había sorprendido varias veces mirándolo fijamente, como si quisiera reconocerlo.

¿La presencia de Alan había provocado esos sueños? ¿Su cabeza estaba intentando recordar los acontecimientos que él juraba que no podía recordar? No creía que fuese a hacerle algo al niño, pero si había visto a Brodie matando a su hermano, otros que lo defendían sí podrían hacerle algo. Si ellos supiesen... Si él recordara... Si Caelan quedase desenmascarado, el único testigo contra Brodie sería Alan. Tenía que sacar a Alan de allí e informar a su padre para que preparara el ataque.

Cuando Brodie estuvo profundamente dormido, apoyó su cabeza en una manta y salió de la gruta. Antes, miró atrás y volvió a quedarse impresionada de que lo amara. Era un amor imposible e irracional que no podía acabar bien. Sin embargo, mientras se dirigía hacia la tienda de Bradana, supo que siempre recordaría el tiempo que habían pasado juntos antes de que su mundo quedara destruido.

## Dieciséis

Se despertó sobresaltado. Estaba tumbado en el jergón y la luz que entraba por la abertura de la gruta le indicaba que había amanecido hacía mucho tiempo. Los cuencos y la comida de la cena habían desaparecido, aunque la caja fuerte seguía allí, abierta.

Arabella también había desaparecido. Habían hablado largo y tendido, ella había leído las pruebas que había reunido durante los últimos meses y entonces... se había quedado dormido.

Se levantó, se apartó el pelo de la cara y salió de la gruta. El campamento estaba activo y la gente hacía sus tareas. Como no había ningún centinela, supo que Arabella había ido a la tienda de Bradana. Antes de ir a buscar a Rob, entró otra vez en la gruta, metió los documentos en la caja fuerte y la guardó en el arcón. Se dio la vuelta para marcharse y vio el almohadón contra la pared. Se había quedado dormido a su lado. Entonces, recordó que ella le había acariciado la frente. ¿Le habría cantado alguna canción absurda para espantar sus pesadillas? Sonrió al pensar en su voz y sus caricias. Salió y buscó a Rob, quien, a juzgar por la expresión de su rostro, no se alegró de verlo.

—Ya te has despertado, ¿no?

Rob no se detuvo y él tuvo que agarrarlo del hombro.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

Rob lo miró fijamente y miró alrededor antes de contestar.

—Sí, pasa algo y se llama Arabella Cameron.

—¿Qué ha hecho? —preguntó él buscándola con la mirada y sin encontrarla.

—No se trata de lo que ha hecho ella, Brodie. Se trata de lo que has hecho tú.

—Ten cuidado, Rob —le advirtió él.

—Brodie, ya es demasiado tarde para eso. Veo cómo la miras y os vi juntos anoche.

—¿Anoche?

—Estabas dormido en su regazo y estabais agarrados de la mano.

—Algo ha cambiado entre nosotros, Rob. No puedo explicarlo, es como si...

—No. No puede ser. Lo sabes, Brodie, lo sabes.

Rob fue de un lado a otro nervioso por lo que había visto y lo que significaba. Brodie sabía la verdad del asunto y no podía cambiarse,

como tampoco podía discutirse. Sin embargo, Brodie lo agarró del brazo.

—El plan sigue siendo el mismo, Rob, nada ha cambiado.

Rob lo miró con el ceño fruncido. Evidentemente, no se creía lo que había dicho.

—¿Te alejarás de ella? ¿Dejarás que se case con el próximo jefe?

Si vencían, Brodie esperaba que Grigor ocupara el lugar del jefe. Era uno de los ancianos y la elección evidente. Era familiar del jefe anterior y todos los que participaban en eso lo aceptarían. Luego, se elegiría otro jefe de entre los hombres aptos de todos los clanes de la confederación, y no sería él. Los Cameron nunca aceptarían las condiciones si él llegaba a ese puesto.

—Ella entiende cuál es su deber, Rob, como yo.

Rob, con los brazos cruzados, lo miró fijamente mientras pensaba lo que había dicho. Negó con la cabeza y dio una patada en el suelo.

—¿Has decidido quién debería ser tu emisario?

—Sí, el hermano de mi madre, el jefe MacPherson. Me escuchará y se planteará lo que hemos descubierto.

—¿Te respaldará en esto? —preguntó Rob.

—Eso creo. No aprecia a Caelan y no tiene motivos para apoyarlo.

—¿Cuándo piensas ponerte en contacto con él?

Rob señaló con la cabeza y Brodie vio a la mujer de la que estaban hablando. Estaba en el camino que llevaba a la tienda de Margaret. Las dos estaban estudiando las propuestas sobre los suministros en las cuevas. Rob dejó escapar un silbido.

—Es peor de lo que me imaginaba. Si sigues mirándola así, todo el mundo sabrá la verdad. Convéncete de que no es para ti y pasa página, Brodie.

—Ya lo he avisado —Brodie contestó a la pregunta anterior de Rob—. Va a mandar a alguien para hablarlo.

—Entonces, ¿vamos a esperar?

—Sí —él notaba que algo estaba cambiando. No solía tener intuiciones, pero había aprendido a no desdeñarlas—. ¿Las mujeres y los niños saben lo que tienen que hacer si pasa algo? ¿Recuerdan el plan?

—¿Si pasa algo? ¿Qué esperas?

—Si el niño nos ha encontrado, otros pueden hacer lo mismo.

Aumenta la vigilancia abajo, revisa la ruta de escapatoria con Margaret y los demás. Estamos muy cerca de conseguirlo y no quiero arriesgarme a fracasar.

Rob asintió con la cabeza y habría ido a cumplir sus órdenes si él no lo hubiese detenido.

—¿Qué propones que haga con... ella?

—Es un incordio, Brodie. Solo es una distracción para ti y no es nada más que un rehén —Rob levantó la mano antes de que él pudiera replicar—. Escúchame. La trajimos para ganar tiempo y para...

—Y para protegerla.

—Sin embargo, si le pasa algo aquí, el jefe Cameron ya no estará de nuestro lado. Los tendremos a los dos pisándonos los talones. Para que nuestro plan salga adelante, el jefe Cameron tiene que pactar las condiciones con el nuevo jefe Mackintosh. Si pierde un hijo y una hija, eso será imposible.

—Entonces, ¿estás insinuando...?

—Mándala con él. Ahora que sabemos que el jefe Cameron ha vuelto a Achnacarry, mándala allí. Entonces, él será el responsable de su seguridad.

Tenía sentido, pero, aun así, deseaba que estuviera con él. La... deseaba.

—Lo pensaré, Rob. Tu consejo tiene sentido.

—¿Y el niño? —preguntó Rob—. ¿Qué vas a hacer con él?

Alan sabía dónde estaban y podía decirlo. El niño... Las llamas... Las sombras... Hombres que bebían y reían... Sangre... El niño...

—Brodie —le llamó Rob—. ¿Qué te ha pasado? Parecías perdido y ya te ha pasado antes, varias veces durante los últimos días.

Brodie sacudió la cabeza para librarse de la visión y miró a Rob.

—Tiene que quedarse hasta que nos marchemos de aquí. Entonces, podremos soltarlo para que vuelva a sus tierras. Comentaré con el jefe MacPherson que tenemos que encontrar un sitio para nuestras mujeres y nuestros niños hasta que esto termine.

Se despidió de Rob con la mano y volvió a sus obligaciones. Como tenía que sofocar la inquietud creciente, se adiestró con algunos de sus hombres, pero, sobre todo, intentó no buscarla por todos los rincones. Se había enamorado, y se había enamorado totalmente a pesar de lo que le había dicho a Rob. La única mujer que, según él mismo, no podría interesarle nunca era la que había conquistado su

corazón, la que tendría que entregar a otro hombre como parte de ese pacto, la que sabía que era perfecta para él.

Decidió que sería más fácil separarse si no pasaba más tiempo con ella y, a última hora de la tarde, se montó en el caballo negro y cabalgó fuera del campamento para estar solo. La luna llena le permitía ver los senderos, pero no azuzó al caballo como si fuese de día. Tendría que devolverle el caballo. Sonrió al pensar que ella estaba más molesta porque le había quitado el caballo que porque la hubiese secuestrado. Al menos, el caballo la llevaría sana y salva a sus tierras. Sabía que tendría que seguir el consejo de Rob. Sabía que ella estaba entrando demasiado en sus vidas allí y que eso no podía seguir así. Era una heredera, lady Arabella Cameron, y se casaría para que terminara el conflicto entre sus clanes. Si sus planes salían adelante, él seguiría siendo un desterrado, un hombre sin clan ni nombre.

Decidido a terminar con aquello y a devolverla sana y salva a su padre, volvió al campamento mientras buscaba por el camino algún indicio de que los habían descubierto. Unos centinelas lo reconocieron y encerró el caballo antes de dirigirse a su gruta. Se frotó el cuello y esperó haber liberado algo de la tensión y poder dormir un poco. Siempre que no pensara en ella ni anhelara acariciarla y paladearla... Efectivamente, iba a ser una noche muy larga. Vio a Dougal a la entrada de su gruta y eso solo podía significar que ella estaba esperándolo dentro. La sangre le bulló y las imágenes de ella aparecieron en su cabeza.

—Arabella...

Ella se dio la vuelta y lo miró fijamente. Podía ver su cuerpo a contraluz del brasero. Era una visión casi fantasmal mientras se acercaba a ella, pero no podía disimular que estaba nerviosa.

—Brodie...

—¿Qué te ha traído aquí a estas horas de la noche?

—He oído decir que vas a mandarme con mi padre. ¿Es verdad? ¿Cómo se había enterado? Rob tenía la lengua muy suelta y habría ido contándoselo a unos y otros hasta que le llegó a ella.

—Sí. Dentro de unos días estarás de camino para volver con tu padre.

—¿Y Alan? También he oído decir que vas a quedártelo como prisionero.

—Arabella, él sabe dónde estamos. Entenderás que tenemos que retenerlo aquí.

—¿Y si jura no decirlo? Puede decir que nunca me encontró, que nunca nos encontró.

¿Nos...? El corazón se le desgarró un poco al oírlo.

—Bastará un poco de whisky o de algunos de los castigos que tanto le gustan a tu padre para que lo diga y los traiga hasta aquí. Necesito tiempo para trasladarlo todo a un lugar seguro.

Él la observó mientras ella pensaba las palabras. Se le oscurecieron los ojos fugazmente.

¿Remordimiento? ¿Dolor? ¿Arrepentimiento? Entonces, tomó aliento, lo soltó y lo miró a los ojos. Su mirada tenía un brillo de deseo evidente y se acercó un paso a él.

—Arabella... —susurró él sacudiendo la cabeza y retrocediendo un paso.

—Si vas a mandarme lejos de aquí y no voy a volver a verte, tengo que hacerte una pregunta.

—¡Siempre con preguntas! —replicó él riéndose.

Ella ya estaba tan cerca que si levantaba la cabeza, él sentiría su aliento.

—Ya sé que dijiste que no tomarías lo que no te corresponde, Brodie...

—Arabella, no lo hagas —él sabía lo que ella iba a decir y que no sería capaz de rechazarla si llegaba a decirlo—. Vuelve con Bradana. Ahora mismo.

Sin embargo, sin saber cómo, tenía las manos en sus hombros y la abrazaba. Ella levantó la cabeza. Su promesa de no hacerle nada se esfumó cuando habló y él cerró los ojos.

—Si te lo doy voluntariamente, ¿me... tomarías?

Había sido muy arrogante al creer que podía dominar el deseo que lo abrasaba por dentro. Su inocencia debería haber bastado para alejarlo, pero, en cambio, lo atraía hacia ella. La miró a los ojos mientras le rozaba los labios con los suyos para comprobar si podía dominarse... y no pudo.

Ella separó los labios y él introdujo la lengua hasta que ella se la acarició con la suya. Le permitió que se deleitara con él, hasta que se oyó un ruido que atravesó ese deslumbramiento sensual y la soltó. Fue hasta la entrada de la gruta y la miró.

—Es la última ocasión que tienes para marcharte. Si no te marchas ahora, bueno, no seré capaz de dejar que te marches más tarde.

Ella se estremeció y él captó la excitación que la dominaba por

sus palabras.

—Voy a quedarme, Brodie —susurró ella.

Él salió de la gruta y despidió a Dougal y los otros centinelas. No quería testigos de lo que se avecinaba. Soltó la lona enrollada que tapaba la entrada y volvió donde estaba ella mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó él dominando la necesidad de tomarla plenamente.

Sabía que era virgen y no quería asustarla con su apasionamiento.

—Esperaba que tú lo supieras.

—Lo sé...

Su cabeza le dio vueltas a todo lo que quería hacer con ella debajo y con ella encima y, sobre todo, dentro de ella.

—Enséñame.

No supo cómo consiguió mantener una expresión de dominio de sí mismo, pero lo consiguió. Aunque la sangre le hervía y el corazón se había desbocado, bajó las manos a los costados y se juró que no la tocaría... todavía.

—Desvísteme, Arabella.

Fue una petición más que una orden y supo que se había metido en un lío cuando ella sonrió y se pasó la punta de la lengua por los labios. La había visto tomarse las tareas con interés y curiosidad y, en ese momento, él era esa tarea.

Le acarició el pecho mientras le quitaba el peto de cuero y lo dejaba caer al suelo. Luego, le desató la camisa y se la sacó de las calzas. El roce de la tela en la erección hizo que apretara los dientes. Por el momento, la tela escocesa que llevaba alrededor de la cintura se la escondía.

—¿Te he hecho daño?

—No, muchacha, estás haciéndolo muy bien.

Arabella le pasó las manos por debajo de la camisa y la levantó por encima de los hombros hasta que también acabó en el suelo. Ella le recorrió con las manos todos los músculos y él contuvo la respiración de placer. Cuando le rozó los pezones con las puntas de los dedos, él se prometió que le correspondería adecuadamente.

Entonces, ella lo miró a los ojos antes de mirar su próximo objetivo. Estaba siendo cautivadoramente atrevida, como él había esperado. Tiró el extremo del cinturón hasta que lo soltó de la hebilla y la tela escocesa acompañó a las otras prendas. Se le entrecortó la

respiración e hizo una pausa antes de tomar el cordón de las calzas.

—Valor, muchacha.

Ella vaciló y él la abrazó contra su piel ardiente mientras le llenaba la boca con la lengua. Ella le rodeó el cuello con los brazos y él le tomó el trasero entre las manos para estrecharla contra toda la extensión de su dureza.

Arabella le rodeó la cintura con las piernas todo lo que le permitía el vestido y él supo que podía notar su erección.

—Llevas demasiada ropa —susurró él. Ella bajó las piernas y se quedó de pie—. Déjame que te la quite.

Ella asintió con la cabeza y lo miró con los ojos rebosantes de pasión.

Se puso detrás y le soltó la trenza. Pasó los dedos entre el pelo, lo sacudió y observó cómo se rizaba alrededor de ella. Luego, lo levantó y le recorrió el cuello con la lengua mientras le soltaba los lazos poco a poco. Cuando el vestido le cayó hasta las caderas, se lo bajó a lo largo de las piernas hasta que se sumó al montón de ropa. Luego, volvió a besarle el cuello y le mordisqueó el lóbulo de la oreja hasta que ella se estremeció y se agarró a sus piernas para sujetarse.

—Agárrate a mí, muchacha —susurró él.

Ella se arqueó para buscar su contacto.



## Diecisiete

Brodie le rodeó la cintura con una mano para estrecharla contra sí y le tomó un pecho con la otra mano y luego el otro. Le pasó el pulgar por los pezones hasta que se endurecieron. Ella jadeaba con cada caricia, era más de lo que se había esperado, y no se parecía a nada de lo que había esperado. Notaba su boca ardiente en el cuello, lo besaba, lo lamía y lo mordisqueaba. La sangre le llegaba como la lava hasta un lugar muy profundo dentro de ella. Su brazo la tenía atrapada con el provocador tormento de su mano y notaba la protuberancia de carne en la espalda.

Su cuerpo reaccionaba por su cuenta y se arqueaba con cada caricia. Entonces, notó que esa mano le levantaba la camisola y sintió el frescor en las piernas. Cuando le acarició los rizos de la entrepierna, pudo mantenerse de pie porque la sujetaba con el otro brazo. Dejó escapar un gemido antes de que se diera cuenta.

—¿Te gusta? —le susurró él al oído.

Ella solo pudo gemir otra vez y él se rio. Introdujo un dedo entre sus piernas y le flaquearon por el placer y lo escandaloso de esa caricia, pero ese lugar anhelaba más y las caderas se arquearon contra su mano.

—Separa las piernas, amor.

Ella las separó y él introdujo el dedo entre la humedad para buscar el punto que necesitaba sus caricias. Gritó cuando lo encontró, él le dio la vuelta a la cara para tomarle la boca mientras seguía acariciándole ese punto entre los pliegues de su carne. Sentía un anhelo ahí y algo se tensaba dentro de ella con cada movimiento los dedos. Alguna conexión interna hacia que sintiera las caricias en los pechos y el corazón. Solo podía jadear con la respiración entrecortada. Entonces, la tensión se liberó, gritó sobre la boca insaciable de él y su cuerpo se hizo mil pedazos. Se arqueó contra su mano y él presionó más profundamente introduciendo los dedos mientras susurraba sin apartar la boca de la de ella. Entonces, vacía, se derrumbó contra él. Él retiró la mano, pero otras oleadas se adueñaron de ella hasta que se quedó sin respiración.

Brodie se agachó, tomó la tela escocesa, la extendió en el suelo y la tumbó encima antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Una oleada de placer le recorrió todo el cuerpo hasta que le llegó entre las piernas. Ella sonrió por la sensación.

—¿Te ha gustado? —preguntó él.

Ella se rio y comprobó que podía respirar.

—Pero no... nos hemos unido.

Ella se dio cuenta de que se había dejado arrastrar por lo que había sentido en el cuerpo, pero que él seguía vestido y erecto.

—Hay tiempo, Arabella —replicó él mientras le quitaba la camisola y la tiraba a un lado.

Se sintió perversa solo con las medias puestas y cuando él se tumbó a su lado, ya no pudo pensar nada más. Podía acariciarla donde quisiera, y lo hizo. Se arrodilló encima de ella, le succionó los pezones y la besó por todo el cuerpo pasándole la lengua por cada centímetro de piel hasta llegar al vientre y los muslos. Ella separó las piernas y levantó la cabeza para ver lo que estaba haciendo. Fue un error. Sus ojos reflejaban tal avidez y deseo mientras la besaba por el interior de los muslos que ella contuvo el aliento y dejó caer la cabeza otra vez. El primer contacto de la lengua la escandalizó, pero a su cuerpo le gustó. Las caderas se arquearon contra su boca.

—¿Qué haces...? —preguntó ella entre gemidos y agarrándose con fuerza a la tela escocesa.

—Deleitarme contigo —contestó él acariciándola con el aliento.

Cuando su lengua entró donde habían estado sus dedos, la cabeza echó a volar. Cuando sus dedos la acompañaron, se dejó arrastrar por el placer. Se cimbreaaba al ritmo de los dedos y la lengua como si suplicara más. Separó más las piernas y él metió las manos debajo de ella para sentirla más cerca y deleitarse con cada rincón de su cuerpo.

Esa tensión deliciosa fue creciendo dentro de ella y los músculos empezaron a vibrar mientras él la arrastraba hacia un placer implacable. Cuando él apartó la boca para arrodillarse entre sus piernas, gimió por la pérdida, pero la tranquilizó, la atormentó, la estimuló con la mano en la hendidura de la carne.

Entonces, lo notó allí y levantó la cabeza mientras él introducía el poderoso extremo de su carne en ella. La miró a los ojos mientras entraba muy lentamente, mientras la abría, la abrasaba y la atravesaba. Hasta que, con una embestida, entró todo lo que podía entrar y el cuerpo de ella se abandonó. Él se inclinó y la besó mientras la poseía y se unía con ella.

Llena de él, con su lengua en la boca y su carne en la de ella, se estremeció de deseo. Contoneó las caderas para sentirlo más dentro y él dejó escapar un gruñido, se incorporó un poco y la miró a los ojos.

—¿Preparada? —preguntó él justo antes de empezar a

moverse.

Levantó las caderas y las bajó hasta que entró tan profundamente que alcanzó otro punto que ella no sabía que tenía dentro. Arqueó las caderas para seguir el ritmo de sus acometidas, él se rio sin dejar de besarla y ella lo repitió una y otra vez.

Su carne se endureció dentro de ella y se retiró hasta que ella gritó por la sensación de vacío. Entonces, volvió a llenarla con acometidas inagotables hasta que sintió que el cuerpo caía en una locura irracional. No podía contener las oleadas de placer que la arrasaban por dentro y, cuando todavía conservaba un retazo mínimo de conciencia, notó que la carne de él se endurecía otra vez y que vertía su simiente dentro de ella.

No supo cuánto tiempo se quedaron tumbados, unidos, desnudos y sudorosos, pero le dio igual. El cuerpo le vibraba, le habían acariciado y complacido cada centímetro del cuerpo, cada rincón desconocido para ella. Él, sin embargo, sí había sabido encontrarlos, acariciarlos y paladearlos. Al cabo de un rato, él se retiró, se quedó a su lado, la abrazó con la cabeza en su pecho y se quedaron así mientras todas las sensaciones iban abandonándole el cuerpo dejándola incapaz de moverse, pero sintiéndose más viva que nunca.

—¿Estás bien? —le preguntó él en voz baja.

Ella había oído a las mujeres hablar sobre la primera vez de una doncella. Todas hablaban del dolor, pero ninguna había dicho nada del placer, probablemente, para que las jóvenes doncellas no lo hicieran.

—Estoy... bien —contestó ella.

Él se rio y la abrazó con más fuerza.

—Me alegro.

La besó con delicadeza, entrelazó los dedos con los de ella, le levantó la mano y se la besó.

Estaba maravillada por todo lo que había pasado entre ellos, pero la pasión se esfumó enseguida y dejó paso al remordimiento.

—¿Lo lamentas, Arabella? —ella lo miró y él sonrió—. Tu expresión ha cambiado.

—¿Lamentarlo? Sí. Tú y esto, no —contestó ella mirándolo—. Pero lamento muchas cosas.

Ella vio que los ojos de él se ensombrecían y quiso borrar esa tristeza. No quería pensar en las repercusiones de lo que había hecho esa noche, quería saborearla porque sabía que todo cambiaría cuando llegara el amanecer y durante los días venideros.

Pero no en esos momentos.

Levantó una mano y trazó unos círculos en el pecho de Brodie. El vello le hizo cosquillas en las yemas de los dedos. Si él entendió su propósito, no dijo nada, aunque la respiración se le fue entrecortando a medida que bajaba la mano. Cuando llegó al vientre con el dorso de la mano, su virilidad empezó a elevarse.

—Es un tipo muy impúdico —comentó él riéndose en voz baja.

Se quedó sin respiración cuando ella tomó con la mano a ese tipo impúdico, que fue endureciéndose mientras ella lo miraba. Él arqueó las caderas y la carne brotó de entre su mano cada vez más dura y grande. Brodie le apartó la mano.

—¿Te he hecho daño? —preguntó ella.

—No, Arabella, pero yo sí te haré daño si sigues así.

—Ah...

Ella parpadeó sorprendida por haberlo excitado tan deprisa. Nunca había hablado con su tía de eso y era novedad para ella. ¿Eso significaba...?

—¿Quieres hacérmelo otra vez? ¿Quieres hacerlo conmigo?

El beso tórrido que le dio él debería haber servido de respuesta. La dureza que se frotaba contra su vientre era una pista. Entonces, él le tomó la mano y la llevó abajo para que tomara toda la extensión de la erección sin soltarle la mano. Osciló las caderas, entró y salió de su mano y su cuerpo recordó la sensación de tenerlo dentro de ella.

—Sí, quiero hacértelo otra vez —susurró él sin dejar de besarla—. Quiero hacerlo contigo. He soñado miles de maneras de tenerte, Arabella.

El beso siguiente la dejó sin respiración, pero lo que dijo a continuación la dejó sin poder hacer nada.

—Te he deseado desde hace meses —él le quitó la mano y deslizó la suya entre sus piernas—, desde que oíste mi ofensa y la pasaste por alto, desde que me sonreíste sinceramente.

Ella no pudo evitar un gesto de disgusto mientras él le acariciaba ese sitio tan íntimo. Él retiró la mano, dejó escapar una serie de improperios en voz baja, como solía hacer su amigo, y se levantó. Tenía las calzas puestas, pero tan bajas que le permitían ver esa parte de su anatomía que se había unido con ella y que mostraba la evidencia de esa unión. Se las subió precipitadamente y recorrió la estancia recogiendo cosas; una palangana con agua, un paño y jabón.

—Tienes que asearte, Arabella —dijo él mientras las dejaba al lado de la tela escocesa.

Los colores oscuros y el dibujo de la tela escondían lo que ella sabía que estaba allí; su sangre y la simiente de él.

—Puedo hacerlo sola.

Él asintió con la cabeza, fue hasta el jergón y le puso unas mantas más. Ella tardó unos minutos en asearse y cuando le devolvió la palangana con agua ensangrentada, él salió, la vació y se quedó unos minutos fuera.

Desgraciadamente, esos minutos bastaron para que la tristeza por solo disponer de esa noche se adueñara de ella. Los dos cumplirían con su deber, ella con su clan y él con el suyo a pesar de que lo hubiesen desterrado... y nunca volverían a estar juntos. Se dio la vuelta, recogió la ropa del suelo y se envolvió en la tela escocesa. Empezó a llorar, pero él la abrazó antes de que se hubiera dado cuenta de que había vuelto y se dejó rodear por su fuerza. No supo cuánto tiempo estuvieron sentados así, pero él no la soltó. Cuando se quedó sin lágrimas, levantó la cabeza.

—¿Quieres que te acompañe a la tienda de Bradana? —le preguntó él secándole las lágrimas con los pulgares.

Él se levantó y la levantó a ella con el montón de ropa entre los dos. Ella quería quedarse y no separarse nunca de él, quería pasar todas las noches de su vida entre sus brazos, quería que él la mirara siempre como la había mirado hacia un momento, como si fuese la única mujer que llegaría a amar. Sin embargo, nada de eso ocurriría y se limitó a negar con la cabeza y a conformarse con lo que podía.

—Me quedaré si me aceptas.

—Se enterarán —le advirtió él señalando con la cabeza hacia el exterior de la gruta—. Ya lo saben.

Esa gente que había reunido era una familia y, como en todas, las habladoras se sabían muy deprisa. Las mujeres supieron lo que iba a pasar en cuanto se alejó de Bradana y Margaret para buscar su gruta. Dougal y los otros centinelas habrían comentado como viejas cotillas que los habían despedido. Todo el mundo menos los niños y, con un poco de suerte, su primo sabría que había yacido con él esa noche. Además, aunque quería quedarse con él por motivos egoístas e íntimos, también tenía que darle tiempo a Alan para que se escabullera sin que lo vieran. Por eso, cuanto más tiempo pasaran los centinelas lejos de la zona de las grutas, mejor.

—Vaya, veo otra vez en tus ojos que lo lamentas, Arabella.

Él tomó la camisola de ella y la extendió con la esperanza evidente de que ella se marchara.

—Como dije antes, no lamento lo que hemos hecho, sino lo que no haremos nunca —replicó ella tomando la prenda de él y tirándola a un lado—. Además, como ya saben lo que ha pasado, no hay ningún motivo para fingir que no ha pasado.

Sabía el dolor que le esperaba al día siguiente y eso le reavivó el atrevimiento. Dejó caer la tela escocesa y se quedó desnuda delante de él, salvo por las medias. Esa vez, él no intentó convencerla de que se marchara. La tomó en brazos, la llevó al jergón, la tumbó, la tapó con las mantas y se tumbó a su lado. Se quedó tan quieto que ella creyó que quería que durmieran acurrucados. Cerró los ojos y dejó que su cuerpo la calentara. Entonces, se acordó de algo que le había dicho él y sonrió.

—¿De qué maneras sueñas tenerme, Brodie?

Le reacción fue inmediata y evidente porque sintió su erección, dura y larga, contra el trasero.

—Vas a matarme con tus preguntas, muchacha.

Ella se dio la vuelta y se apoyó en los codos. Parecía enfadado como siempre que lo machacaba con sus preguntas, pero también la observaba con un brillo en sus ojos marrones.

—Solo tenemos una noche, Brodie, y no me gustaría que nos separáramos lamentando no haber hecho algo que nos gustaría hacer.

—Cabezota, obstinada, inteligente, preguntona. No puedo imaginarme que procedas de las entrañas de Euan Cameron —comentó él antes de sacudir la cabeza—. No, eso no es verdad. Creo que eres exactamente igual que él, aunque creo que la parte preguntona te viene por tu madre.

Ella se rio al acordarse de las veces que su padre la había regañado por alguna infracción con esas mismas palabras.

—Ponía a prueba su paciencia y creo que no he terminado todavía.

Él entrelazó los dedos con los de ella, al parecer, le gustaba hacer eso. Entonces, le besó la mano.

—Efectivamente, muchacha, sospecho que vas a ponérsela a prueba durante las próximas semanas.

Se quedaron en silencio y casi sin tocarse, pero nunca se había sentido tan cerca de un hombre. Le dolía pensar que sus vidas se separarían y que, probablemente, él no la perdonaría por haber ayudado a su primo a escaparse. Podría llegar a entender que lo hubiese hecho, pero perdonarla era otro asunto.

—No has contestado mi pregunta —ella le miró el miembro—.

¿De qué maneras quieres tenerme?

Ella no pudo evitar sonreír cuando el cuerpo de él reaccionó a la provocación. Se irguió poderoso del resto del cuerpo. Sus ojos eran como ascuas y ella se abrasaba por dentro. Los pechos y los pezones se le endurecieron.

—Te diré cómo me gustaría tenerte, Arabella.

Él le susurró cosas escandalosas sobre cómo la tomaría, dónde la acariciaría y el placer que se darían el uno al otro. Fueron unas palabras tan vibrantes y cautivadoras que el cuerpo se preparó para él, se asombró cuando esa parte tan recóndita de su ser se humedeció y palpité. Lo deseaba, deseaba que le hiciese todo eso, deseaba acariciarlo. Le tomó la erección como él le había enseñado antes. Su rostro se puso en tensión y se ensombreció mientras ella bajaba la mano hasta la base y todo lo demás que encontró allí. Lo que empezó como curiosidad y ganas de conocer su cuerpo, se tornó en algo distinto cuando él empezó a acariciarla como lo hacía ella. Fuera en la boca, los pechos, las piernas o la entrepierna, la volvía loca, como ella a él. Sin embargo, todavía le quedaba una pregunta antes de dejarse arrastrar por el placer, algo que no entendía.

—¿Cómo puedo montarte? —consiguió preguntar ella mientras se estremecía y empezaba a deshacerse.

—Muchacha —susurró él sacudiendo la cabeza—. Estás demasiado escocida.

Era posible, pero, en ese momento, su carne anhelaba tenerlo dentro, anhelaba que se unieran, anhelaba liberarse cuando él se liberara dentro de ella.

—Enséñame.

Le dio igual si la voz le tembló o pareció demasiado exigente y le dio igual si su comportamiento no era el propio de una dama, de una Cameron. Solo le importaba que hubiese escandalizado a Brodie, pero él la agarró de la cintura y se la puso encima.

—Si te duele, tienes que decírmelo, Arabella.

Ella asintió con la cabeza y él le dijo que se arrodillara sobre sus caderas, casi, como si estuviese montando a caballo. Fue bajándola hasta que el miembro le rozó entre las piernas. Luego, la inclinó hasta que sus pechos se tocaron y la besó con la melena de ellos separándolos del resto del mundo. Notaba las manos de él en el trasero y se frotó la sensible hendidura con toda la extensión de él.

—Ahora, móntame, muchacha. A tu ritmo.

Ella se incorporó, cerró los ojos y fue introduciéndoselo

centímetro a centímetro, gemido a gemido. Nunca había soñado que algo así fuese tan... decadente y placentero. Cuando lo miró, parecía preocupado, pero esa expresión cambió y la agarró con fuerza del trasero para sujetarla y moverla más deprisa. Fue entrando más profundamente y se preparó para la explosión. La acariciaba por todo el cuerpo y cuando llegó a ese punto mágico que tenía justo al lado de donde estaba entrando él, se lo acarició con firmeza y cada vez más deprisa, hasta que el cuerpo de ella se dejó llevar. Entonces, se sentó, la abrazó y le dio la vuelta. Ya estaba muy dentro, pero entró más con una acometida y acariciándole los pliegues y ella gritó. Él salió casi completamente, volvió a entrar hasta el fondo y se liberó.

Solo se oían sus respiraciones. Al principio, ella ni siquiera sabía cuál era de cada uno. Los jadeos y la respiración entrecortada dieron paso a una respiración más pausada. Estaba inerte debajo de él y no podía casi moverse. Brodie salió, pero siguió abrazándola con un brazo en su abdomen. El tiempo pasó mientras estaban pegados el uno al otro, agotados y satisfechos. Ella supo que nunca encontraría esa confianza y esa sensación de abandono desenfrenado con ningún otro hombre, pero cuando la tenue luz del amanecer empezó a entrar entre las rendijas del faldón de la entrada, también supo que todo había terminado.

Se oyeron susurros que llegaban del exterior y supo que habían descubierto que Alan había desaparecido. Cuando se oyeron más pasos que iban de un lado a otro de la entrada, supo que querían llamar a Brodie y que no se atrevían. Sin embargo, ella, en vez de despertarlo, se acurrucó más a él y sonrió cuando la abrazó y se durmió más profundamente. Una hora más ya daría igual, si Alan se había escapado, nadie lo encontraría. Egoístamente, se abrazó a él hasta el último instante posible.



## Dieciocho

—Brodie...

Él oyó el susurro que lo llamaba, pero no quiso abrir los ojos y que esa noche terminara. Captaba la luz a través de los párpados, pero ni siquiera eso hizo que aceptara que había llegado el día y que todo había terminado para ellos.

—Brodie —susurró Arabella otra vez—. Tienes que despertarte.

—Arabella... —susurró él rodeándola con un brazo y poniéndosela encima—. Creo que no puedo complacerte otra vez. Un hombre tiene que descansar un poco —bromeó él aunque sabía que todo su cuerpo estaría dispuesto en cuanto ella hiciera los más mínimo.

Entonces, se dio cuenta de que no estaba desnuda, que la tela de su vestido se interponía entre ellos.

Se espabiló y abrió los ojos. Efectivamente, estaba vestida y lo miraba con cautela.

—¿Qué pasa? —preguntó él dejándola a un lado y sentándose.

Se apartó el pelo de la cara y comprobó que la luz radiante del sol entraba por los costados del faldón.

—Tus hombres están esperándote afuera —le explicó ella intentando recogerse el pelo con una trenza—. Sé que no has dormido bien estos días y no he querido despertarte.

Ella no le había dicho todo.

—¿Y?

Estaba distinta. No sabía qué era, pero parecía nerviosa. ¿Lamentaría por fin lo que había hecho? ¿Se había dado cuenta del error que había sido?

—Y no quería que la noche terminara todavía.

La besó en los labios inflamados y le acarició la cara. Esa noche había conocido cada rincón de su cuerpo, pero volvería a empezar. No obstante, los dos tenían que cumplir con su deber y lo sabían.

—Ni yo.

Él se levantó y buscó las calzas y la camisa. Se las puso y supo que la magia estaba esfumándose. Ella empezó a doblar las mantas y a guardarlas en su sitio. En un abrir y cerrar de ojos, no quedó ni rastro de la increíble noche que habían pasado juntos.

—Brodie —le llamó Rob desde fuera. Debía de haberlos oído moverse—. ¿Ya estás despierto?

Él se rio, pero se dio cuenta de que ella no se reía, de que su

rostro parecía esculpido en piedra. ¿Acabaría de darse cuenta de que ya tenía que enfrentarse a los demás? ¿Estaría abochornada de que supieran, como sabían, lo que había pasado entre ellos?

—Sí, Rob.

Fue hasta la entrada, enrolló el faldón y lo ató. Ella miró hacia otro lado para acostumbrarse a la luz. Rob y Duncan entraron con una expresión sombría.

—Se ha largado —dijo Rob mirándola, aunque ella no lo miró.

—¿Quién? —preguntó Brodie mirando a los tres. Entonces, antes de que alguien lo dijera, supo la verdad—. Alan —Arabella se dio la vuelta, a él se le revolvieron las entrañas y lo supo—. ¿Cuándo?

—Esta noche. Estaba cuando Margaret le llevó la comida, pero esta mañana había desaparecido.

Él había despedido a todos los centinelas para que no oyeran lo que sabía que iba a pasar, lo que ella sabía que iba a pasar.

—Ya sabéis lo que hay que hacer. Adelante.

Rob y Duncan no preguntaron nada y se marcharon apresuradamente para empezar a buscarlo. Aun así, ella no lo miró a los ojos, estaba medio girada hacia el jergón donde...

—Anoche te dije que lo liberaría pronto. ¿No me creíste? —preguntó él.

No podía entenderlo. No les había hecho nada a ninguno de los dos, no los había maltratado. Que Dios se apiadara de él, se había enamorado de ella y ella lo había traicionado, había pasado la noche con él cuando sabía que el niño estaba escapándose.

—Por eso viniste anoche. Sabías que intentarías preservar tu intimidad y que alejarías a los centinelas de las grutas mientras estábamos juntos.

—Lo siento, Brodie —susurró ella.

Él se acercó, la agarró de los hombros y le dio la vuelta para que lo mirara de frente.

—Lo sabías.

La miró detenidamente como si buscara un indicio de que esa noche que habían pasado juntos no había sido solo una artimaña para que se fugara.

—Te entregaste a mí para retenerme aquí, contigo.

No lo negó, él la soltó y ella retrocedió unos pasos tambaleándose.

—No fue el único motivo y lo sabes —replicó ella poniéndose muy recta y mirándolo a los ojos—. Todo lo que te dije era verdad, es

verdad. Quería estar contigo, quería tener la oportunidad y que no me entregaran a un hombre al que nunca querré. Te... deseaba.

—Preparaste la fuga, la encubriste entregándote a mí y ¿pretendes decirme que debería creerte? —ella asintió—. Dime por qué debería creerte, Arabella.

—Porque te amo, Brodie Mackintosh. Te amo contra todo sentido común. Te amo a pesar de que sé lo que hiciste —ella le escupió las palabras—. Lo ayudé a que se escapara para que no te mancharas las manos con la sangre de otro inocente, porque sé que tu corazón y tu alma no soportarían otra muerte inútil.

Aunque el corazón y el alma que ella había mencionado querían alegrarse por la declaración, no tenía sentido. Él había matado a su hermano y ella no podía amarlo ni por eso ni por muchas más cosas. Era la única virgen de los dos y tenía que estar confundiendo la euforia por haber hecho el amor con un sentimiento más profundo.

—No lo entiendo. ¿Qué inocente iba a morir por mi culpa? —él sacudió incrédulamente la cabeza y frunció el ceño—. Alan estaba a salvo.

—Quizá estuviese a salvo de ti, pero quienes te apoyan se levantarían contra él en cuanto supieran la verdad.

—Arabella, mi gente no es un peligro para Alan, ni para ti.

Ella tomó una bocanada de aire y la soltó lentamente.

—Alan estaba allí aquella noche.

Sus palabras fueron como un mazazo. Aquella noche. El niño. Malcolm. Sangre. Muerte. La cabeza se le llenó con los sonidos y las imágenes de aquella noche que le había cambiado la vida. El fuego rugió delante de él mientras hablaba con Malcolm de... ella. El humo los rodeó y también le nubló la cabeza. No podía ver bien. Apartó la mirada del fuego, miró hacia los árboles para intentar aclarar la vista y vio... A un niño que los observaba escondido entre los árboles. Era demasiado joven para beber con ellos y demasiado mayor para estar con los críos. Alan había estado allí.

—Él lo vio todo, vio lo que pasó.

Arabella asintió con la cabeza y con lágrimas en los ojos, lágrimas por su hermano.

—Si Caelan queda desenmascarado, él será el único testigo.

—Tu padre no me aceptará nunca —replicó él—. Independientemente de que Caelan sea el acusador, la sangre de Malcolm mancha mis manos. Yo lo maté —él extendió las manos como si todavía pudiera verse la sangre—. ¿Por qué no lo reconoció

entonces?

—Los que te acusaban eran Mackintosh. ¿Por qué iba culparte un niño Cameron cuando lo que decían ellos era más fuerte y ya lo habían tomado como la verdad?

—Yo he aceptado la culpa por lo que pasó, Arabella.

—Sin embargo, tu clan aceptaría tu vuelta si no está Caelan para declararte culpable. Esta gente que has juntado aquí te protege como tú los proteges a ellos. Si el único obstáculo para que acepten tu vuelta es ese niño, después de todo lo que has hecho para devolverles sus casas y sus familias, ¿no crees que alguien se... ocuparía de él?

A Brodie se le ocurría más de un hombre que no vacilaría en matar al niño. Al fin y al cabo, era un Cameron y un obstáculo para que lo reaceptaran.

—¿Qué te contó? —preguntó él sin alterarse.

Él seguía sin poder ver nada aparte del principio y el final de aquella noche. Ella se quedó pálida en cuanto oyó la pregunta.

—Perdona, no quería que tú...

Sin embargo, había querido saberlo. La noche era un torbellino de fuego, humo y sangre en su cabeza y se lo habría preguntado al niño si lo hubiese sabido.

—No me contó nada. Cuando me di cuenta de que tus sueños eran recuerdos, le dije que no contara a nadie lo que había presenciado, que si alguien sabía que había estado allí y que lo había visto, eso podía costarle la vida —él se quedó dormido en su regazo y ella no había contado a nadie lo que había oído—. Brodie, no dirá nada, no dirá a nadie dónde estamos, ni a mi padre, te lo juro.

Brodie no estaba tan seguro. Ellos lo habían doblegado con whisky, pero otros no serían tan considerados. El niño hablaría y diría todo lo que sabía.

—Me gustaría que hubiese confiado en mí, Arabella. Ahora, todos estamos en peligro.

Esa era la clave del asunto. Ella decía que lo amaba, pero no había confiado en él. No le había hecho nada para que desconfiara, había sido sincero con ella. Los dos entendían su responsabilidad, su deber y su honor, pero ella no confiaba en él. Eso lo desgarraba más que estar desterrado. Ella le había entregado su cuerpo y decía que lo amaba, pero no lo consideraba digno de su confianza.

—¡Brodie! —volvió a llamarlo Rob.

Él se marchó sin decir nada más. Si hablaba con ella, sabía que la rabia y el dolor se adueñarían de él y que podía destrozarla. Sin

embargo, a pesar de su traición, no quería destrozarla.

Eran malas noticias. Habían encontrado el rastro de Alan y sabían que se dirigía hacia el norte, hacia el lago y, probablemente, hacia el castillo de los Cameron en Achnacarry. Sin embargo, también habían encontrado señales de que otros desconocidos habían estado cerca del campamento. Tardarían dos días en embalar y sacar a todo el mundo de allí. Un día si solo se llevaban lo esencial. A las tres horas de enterarse de la desaparición de Alan, había dado órdenes de que empezaran... y en esas tres horas, el campamento se dividió.

Volvió a la gruta y comprobó que ella no estaba allí, algo que no le sorprendió. Sabía que no querría verlo en ese momento. Recorrió el campamento para supervisar los preparativos que llevarían a las mujeres, niños y algunos hombres hacia el norte, a las tierras de su tío, pero lo recibieron de maneras muy distintas. Algunos de los hombres mayores, los que habían luchado contra los Cameron y tenían familiares que habían sido sus prisioneros, lo saludaron con la cabeza como si estuviesen complacidos. No lo había entendido hasta que se acordó de que se llevaron a la hermana del anciano Tormod... y que volvió unos meses después con signos evidentes del precio que había tenido que pagar por ser una prisionera mujer. Ellos habían esperado que él le hiciera lo mismo a Arabella, ya que era una prisionera y una Cameron. Por eso, consideraban que la noche que habían pasado juntos solo era una forma de cobrarse lo que se le debía.

Algunas mujeres mayores lo miraron con asco, como si pensaran lo mismo. Sacudieron la cabeza y chasquearon la lengua cuando pasó a su lado. Sin embargo, los peores fueron quienes habían llegado a intimar con Arabella, quienes habían trabajado con ella y a quienes había ayudado, los hombres a los que había cuidado cuando estaban heridos. Magnus, Margaret y Bradana fueron los peores. No lo miraron con asco, por primera vez, lo miraron con decepción.

Además, no la vio mientras ayudaba a embalar las cosas y a subirlas a las pocas carretas que tenían. Por algún motivo, había esperado que proclamara su rectitud en tono desafiante o que estuviera en medio de todo ayudando a Margaret. Sin embargo, había desaparecido, pero como ni Rob ni los demás centinelas habían dado la voz de alarma, sabía que estaba por allí.

La primera pista de que algo iba mal fue el cuenco de gachas que debería haber sido la comida de mediodía. El cuenco tenía unos grumos de una sustancia oscura en vez de las gachas cremosas y suaves que había esperado. Cuando dio un sorbo de cerveza para pasarlos, era agua. Lo atribuyó a la situación del campamento. Con las prisas por los preparativos, la comida se quemaba algunas veces y los odres de cerveza y agua se confundían.

Luego, llegó la comida de la noche. Todo el mundo se sirvió de una cazuela muy grande con un guiso, pero cuando él metió el cucharón, solo se encontró una capa seca y quemada en el fondo. Miró alrededor para ver si los demás tenían algo, pero todos se habían marchado. Buscó a Margaret porque sabía que ella sería franca si estaba enfadada con él.

—¿Qué significa esto? —le preguntó enseñándole el cuenco con el guiso quemado.

—Has debido de llegar tarde a la cazuela —contestó ella sin mirarlo.

—¿Qué ha dicho ella?

Él no quería fingir que no sabía quién estaba en el centro de esa especie de rebelión.

—¿Ella? —Margaret lo miró en jarras—. ¿Te refieres a la mujer a la que has arrebatado la virginidad y hoy te ha dado igual cómo estuviera? —Margaret lo miró con furia y se cruzó de brazos—. No ha dicho nada. No ha dicho tu nombre ni lo que pasó entre vosotros.

No había pensado en ella desde que salió de su gruta esa mañana.

No maltrataba a las mujeres con las que se había acostado, pero tampoco había pensado cómo estaba el día después de haber disfrutado de su cuerpo de tantas maneras que había perdido la cuenta. No le había impedido que hiciera lo que quisiera a pesar de ser virgen.

—Claro, ahora caes en la cuenta —siguió Margaret sacudiendo la cabeza—. Un poco tarde.

Sin embargo, él sabía que todo había sido parte de su plan para ayudar a Alan.

—No sabes lo que hizo.

Margaret se acercó y empezó a golpearle con un dedo en el pecho.

—Sé lo que hizo, todos lo sabemos, como sabemos lo que hiciste tú —ella retrocedió y le miró la entrepierna—. Pensabas con el sexo y se aprovechó de ti —ella se rio—. Típico de un hombre.

—Hay más, más que no sabes ni entiendes, Margaret.

—Entiendo más de lo que crees, Brodie. Llevas los últimos años sin permitir que una mujer se acerque a ti, siempre entregado a tus obligaciones con el clan. En cuanto a esta, tampoco te permitiste desearla porque creías que tu primo ganaría. Ahora, sé que te ama y que la amas. También sé que ella tuvo que tomar una decisión que no quería tomar, pero la tomó

—Margaret...

Ella levantó una mano para que no siguiera hablando.

—No se lo has dicho, ¿verdad? Eres más necio de lo que me imaginaba —siguió ella agitando el dedo.

—Margaret, es una situación imposible para nosotros. Tú lo sabes, yo lo sé y ella lo sabe.

—Dejas que tu deber se interponga entre vosotros para no tener que dar el paso que deberías dar. Además, eso es un motivo más para que ella sepa lo que sientes. El amor no se cruza muchas veces en nuestro camino ni es algo a lo que se renuncia, Brodie. Dilo, deja que ella cumpla su deber sabiendo lo que sientes, a pesar de tus estupideces y tu orgullo.

Él sacudió la cabeza y miró al cielo con desesperación, hasta que Margaret lo agarró del brazo y tiró de él.

—Díselo, Brodie. Yo pagaría cualquier cosa por poder decírselo otra vez a Conall —ella desvió la mirada y él supo que estaban saltándose las lágrimas. Nunca había visto llorar a esa mujer tan fuerte y se sorprendió—. Concédele eso para que pueda tener esas palabras cerca del corazón durante los días sombríos que se avecinan, para que sepa que lo que ella te ofreció quedó enaltecido.

Y los días sombríos se avecinaban. Él, para bien o para mal, tendría que abandonar el destierro y mostrar sus pruebas. No habría grises, todo sería blanco o negro, bueno o malo, vida o muerte. Entonces, asintió con la cabeza.

—Lo pensaré, Margaret.

Ella soltó algún improperio en voz baja. Él se dio la vuelta para marcharse y se dio cuenta de que no le había preguntado por ella.

—¿Qué tal está?

—Bien —contestó Margaret—. Está bien, que es mucho más que lo que te mereces saber.

Él se alejó y dejó a Margaret diciendo lo que pensaba, pero oyó lo último que dijo antes de callarse.

—No esperes, Brodie. Hay poco tiempo.

Brodie pensó lo que había oído y se alegró de que Arabella estuviese bien después de esa noche apasionada. Sin embargo, más tarde, cuando terminó las tareas y se fue a dormir, se preguntó cuánto tiempo les quedaría a él y a su misión.

El día siguiente le dio la respuesta: nada.



## Diecinueve

El sol salió y Arabella hizo un esfuerzo para despertarse. Había buscado refugio en la gruta donde habían escondido a Alan cuando Brodie descubrió la verdad. En parte por compasión de sí misma y en parte por bochorno, pero, sobre todo, porque estaba agotada, en cuerpo y alma, y quería estar sola.

Después de poner algunas mantas en el jergón, se dejó caer en él. No había ni un rincón del cuerpo que no se resintiera del uso que le había dado durante la noche anterior. Le dolían los músculos de las piernas y le dolía la espalda, pero esos sitios íntimos, intactos hasta hacía unas horas, le dolían de una forma distinta. La piel del interior de los muslos tenía las marcas de su barba incipiente. Los labios y los pechos seguían inflamados. Sin embargo, todo ese dolor físico no podía compararse con el que sentía en el corazón.

No había confiado en él ni para decirle la verdad. Aunque sabía hasta qué punto había cumplido su palabra y las promesas que le había hecho, no había confiado en que mantuviera a salvo a Alan. Además, supo el momento exacto en el que él había comprendido su artimaña, lo había visto en sus ojos y en su actitud. Probablemente, él ni siquiera se dio cuenta de que se giró como si quisiera prepararse para un golpe, pero ella lo había visto. ¿Qué otras traiciones lo habían preparado para la de ella? Rob y Duncan lo vieron y se enfadaron con ella más de lo que ya estaban. Cuando Brodie se marchó, Rob la acompañó a la gruta y la dejó sin decirle nada, pero estaba casi congestionado por la furia.

Al cabo de un rato, alguien que no vio dejó agua caliente y jabón en la entrada de la cueva. Luego, Margaret llegó con comida. Ella sintió remordimiento porque la mujer siempre estaba ocupada, pero Margaret descartó con la mano cualquier palabra de disculpa. No quiso compartir la comida que había llevado y se limitó a observar todo lo que hacía ella. Por fin, hizo la pregunta que estaba flotando entre las dos.

—¿Qué tal estáis, milady? ¿Puedo ofreceros algún ungüento? — Margaret suavizó la mirada un instante—. ¿Queréis hacerme alguna pregunta ya que no tenéis ninguna mujer de la familia con la que hablar?

—Estoy bien, Margaret. Gracias por preocuparte —entonces, cuando la mujer iba a marcharse, ella no pudo evitar hacerle la pregunta—. ¿Lo sabe todo el mundo?

—Sí, lo sabe todo el mundo.

Arabella notó el calor en las mejillas. ¿Qué pensarían de ella?

—Ah, ¿sobre Brodie y vos? —preguntó Margaret.

Ella la miró a los ojos y vio un brillo burlón.

—Creía que te referías...

Arabella sacudió la cabeza.

—Sí, milady, también sabemos lo de vuestro primo.

Margaret se dio la vuelta para marcharse otra vez, pero ella tenía otra pregunta.

—¿Qué tal está Brodie?

—Estará bien... cuando deje de ser un majadero.

Ella sonrió por primera vez en el día. Entonces, ella no era a la única a la que sacaba de quicio.

—Lo conozco desde que nació; es amigo de Rob y siempre quiere hacer algo por los demás. Antepone a su clan incluso cuando él se merece ese privilegio. Además, cuando se pone así de terco, quiero abofetearlo y decirle que es idiota.

Ella la consideraba capaz de hacerlo. Su padre nunca habría tolerado un comportamiento así de las mujeres de su clan, ni de su hija, pero Brodie respetaba a Margaret y a sus opiniones y aceptaba el consejo de las mujeres que habían escapado con él. Sería un buen marido cuando se casara, el tipo de marido que le gustaría tener a ella. Eso le atravesó el corazón y el dolor estuvo a punto de conseguir que gimiera en voz alta. Afortunadamente, Margaret se había dado la vuelta para marcharse y, al parecer, no se había dado cuenta.

Habría sido el marido perfecto para ella si no fuese el hombre que había matado a Malcolm. Había tenido razón cuando dijo que su padre nunca aceptaría una paz que lo incluyera a él. Su corazón quizá fuera de él, pero su mano, no. Quizá, todo lo que había hecho para alejarlo de ella hubiese sido lo mejor. Nunca volvería a confiar en ella. Suspiró y volvió a sentarse en el jergón.

Había conseguido dormir unas horas y se había despertado al oír las órdenes que se daban y la gente que pasaba por delante de la gruta para cumplirlas. Por una parte, quiso ayudar, pero, por otra, sabía que sería más una distracción que una ayuda y se quedó para descansar todo lo que no había descansando la noche anterior.

Por eso, cuando el sol salió esa mañana, decidió que tenía que hacer frente a las repercusiones de lo que había hecho, tanto con Brodie como al ayudar a Alan a que se escapara. Se levantó, se alisó el vestido y se estiró para desentumecer el cuerpo todavía dolorido.

Aunque todos estarían ocupados con los preparativos para trasladar el campamento, habría una cazuela con comida en el centro del campamento. Se hizo una trenza, tomó la tela escocesa que usaba como mantón para abrigarse un poco por la mañana y salió. Saludó con la cabeza al centinela que la seguía a todas partes y se dirigió al centro del campamento. Las reacciones fueron muy diversas. Como había dicho Margaret, todos sabían lo que había pasado entre Brodie y ella. Algunos la miraron con una mezcla de curiosidad y comprensión, pero otros la saludaron como si nada hubiese cambiado.

Acto seguido, el caos relativamente organizado del campamento se convirtió en una vorágine. Guerreros a caballo y a pie surgieron por todos lados. Sus gritos se mezclaron con los de las mujeres, los hombres y los niños. Intentó esconderse en una arboleda, pero vio a un hombre a caballo que perseguía a Fia. Salió del escondite y la alcanzó primero. Agarró a la aterrada niña, corrió hasta la choza más cercana y la empujó adentro. Vio a más mujeres y niños aterrados e inmóviles en el claro. Corrió hacia ellos mientras oía a Brodie que gritaba órdenes y encabezaba a un grupo de hombres contra los invasores. Sus miradas se encontraron un segundo y el corazón se le aceleró por su forma de mirarla.

—¡Ponte a salvo! —le gritó él mientras se rompía el hechizo entre ellos.

Agarró de las manos a dos niños y gritó a las mujeres para que la siguieran. Corrieron, se detuvieron cuando se acercaron demasiado a los hombres que luchaban y consiguieron llegar a una de las cuevas. Cuando el pequeño grupo estuvo dentro, ella volvió para buscar a Margaret, pero oyó que la llamaban por su nombre y se paró. Un hombre la miraba con la espada en la mano. Cuando empezó a blandirla, también tiró de las riendas y detuvo al caballo justo delante de ella. Se tapó los ojos por el polvo que había levantado el caballo, se tambaleó y se cayó.

Alguien la agarró de un brazo y, de repente, se encontró boca abajo sobre las piernas de un hombre montado a caballo. Intentó zafarse, pero una poderosa mano en la espalda la mantuvo donde estaba.

—No temáis, lady Arabella. Os llevaré a un lugar seguro. No os mováis.

Entre la confusión de gritos, gente corriendo y gente luchando, no supo qué dirección habían tomado, pero enseguida estuvieron lejos del tumulto y en el camino que llevaba montaña abajo.

—No puedo parar hasta que estemos a salvo —le avisó el jinete. Oyó que un pequeño grupo de jinetes los rodeaban y luego, nada más.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido? —preguntó Brodie mientras corría hacia el lugar donde estaban juntando a los heridos—. La vi llevando a unas mujeres hacia las cuevas.

—Sí, pero luego volvió hacia aquí. ¿La abatieron? —preguntó Rob.

Un miedo pavoroso lo atenazó por dentro. ¿La habían matado? Recorrieron todo el sendero para buscarla entre los heridos, pero no la encontraron. Pidieron ayuda para quienes la necesitaban y Margaret y otras mujeres acudieron inmediatamente.

—¡Arabella! —gritó él mientras seguían buscándola.

Entonces, se pararon y él volvió a mirar hacia el claro donde la había visto.

—El hombre se la llevó.

Brodie se dio la vuelta y vio a la hija de Bradana.

—¿Qué hombre? —preguntó él agachándose para hablar con ella.

Rob acudió a su lado y se quedó esperando.

—El hombre a caballo. La agarró y se la llevó por allí con los otros —contestó Fia señalando hacia el camino que salía del campamento.

La niña hizo una mueca cuando Rob y él soltaron unos improperios.

—Vete con tu madre, Fia —le ordenó él.

—¿La recuperarás, Brodie? —preguntó ella con el terror reflejado en los ojos—. Ella no quería ir.

Él quiso darle su palabra, pero no podía.

—Ahora, vete con tu madre.

Ella obedeció, pero su mirada triste le suplicaba que fuera tras Arabella. Se dirigió a su amigo.

—Reúne a los hombres —le ordenó.

Sabía que los caballos estaban a salvo y podían seguirlos.

—No.

Brodie se dio la vuelta para mirar a su amigo.

—¿No?

—Si los perseguimos montaña abajo, lo más probable es que

ella muera. Nosotros conocemos los caminos y senderos, pero ellos, no. Podrían caer por un precipicio. ¿Es lo que quieres? —él no contestó y Rob insistió—. ¿Es lo que quieres?

—Sabes que no.

—Piénsalo un minuto. Eran Mackintosh de Caelan. Volverán al castillo de Drumlui. Caelan quiere recuperarla.

Era verdad. Caelan la recuperaría aunque solo fuese para demostrar que podía derrotar a Brodie, pero ¿todavía pensaba seguir con su conspiración? ¿Pensaba casarse con ella y destruir a los Cameron? Si se casaba con Arabella, y era lo legal salvo que el padre de ella lo impidiera, dispondría de una fortuna y podría pagar los sobornos prometidos.

—Y nosotros sabemos entrar en el castillo —añadió Rob.

—Sí, pero no podemos derrotarlos con los hombres que nos quedan. Acabamos de perder a tres y muchos están heridos.

—Entonces, nuestra mejor arma es la astucia. Es lo que nos ha mantenido vivos estos meses. No juegues sus bazas ahora.

Brodie intentó aclararse las ideas. Rob tenía razón.

—Seguiremos el plan original con algunos cambios. Tenemos que ir al norte, como habíamos planeado, y cuando sepamos cuántos pueden luchar, sabremos qué podemos hacer.

Pasaron el resto del día atendiendo a los heridos y organizando a los que se marcharían por la mañana. Antes de retirarse a descansar, Brodie reunió a todos, hombres y mujeres, para comentar lo que iban a hacer.

A la mañana siguiente, después de acompañar a quienes se dirigían hacia las tierras de su tío, esperó a que se hubieran alejado y reunió a los que quedaban para explicarles el plan verdadero.

—No tenemos hombres suficientes para entrar y salir del castillo de Drumlui. Tenemos las pruebas que necesitamos, pero no somos suficientes para presentarlas.

Rob le dirigió una mirada sombría y él se encogió de hombros.

—Podríamos... —empezó a decir Rob.

—No, no os enviaré a la muerte. Habéis peleado muy bien a mi lado, por mi misión.

—No hemos peleado por ti, Brodie. Peleamos por nuestras familias y nuestras casas —intervino Duncan—. Bueno, también peleamos por ti.

Se oyeron unas risas.

—Ahora ha llegado el momento de buscar un porvenir nuevo con mi tío y de prestarle vuestros servicios y lealtad.

—¿Qué harás tú? —preguntó Hamish—. Rescataste una vez a esa mujer, ¿vas a dejarla ahora en manos de ese malnacido?

Rob, que había estado observándolo detenidamente, dio un paso adelante con los brazos cruzados.

—Entonces, ¿cuál es tu plan, Brodie?

Brodie había estado toda la noche pensándolo. Sin hombres suficientes, no podría sacar adelante su cometido. El conflicto ya había dividido a los Mackintosh y sus lealtades.

—Para poner a Grigor en la silla del *laird*, tenemos que quitar a Caelan y dejarlo sin derecho a ocupar esa silla ante nuestros aliados y nuestros enemigos. Los documentos y pruebas que se han reunido — señaló a la caja fuerte que estaba a su lado en el suelo— son una parte. La otra parte es conseguir que los Cameron nos respalden.

Se oyeron los gritos que él ya esperaba y escuchó las objeciones, algunas racionales y serenas y otras vehementes y rabiosas. No dijo nada hasta que todos, incluso Margaret y otras mujeres, dijeron lo que tenían que decir. La muchacha había dado la única respuesta posible a ese dilema cuando dijo que ella convencería a su padre sobre Caelan. Si Euan Cameron no hubiese querido la paz de verdad, habría roto el contrato matrimonial y habría atacado a los Mackintosh cuando mataron su hijo. Que Lachlan hubiese conseguido otra tregua y otro tratado indicaba que el jefe Cameron estaba decidido a acabar con ese conflicto, a acabar con la inagotable muerte y destrucción.

Él pensaba aprovecharse de que sabía eso cuando abordara al padre de Arabella, si vivía lo suficiente como para hablar con él.

—Mi plan es ir a Achnacarry y hablar con Euan —hizo una pausa por el griterío—. Podéis seguirme o no —se oyeron más gritos y objeciones—. Creo que él quiere la paz, creo que quiere recuperar a su hija y creo que nos ayudará.

—¿Antes o después de descuartizarte? —preguntó Rob.

Él se acercó a su amigo y le puso una mano en el hombro.

—Ahí es dónde entráis vosotros. Lo intentaré y vosotros, y quien nos apoye, esperaréis fuera de Achnacarry con las pruebas que hemos conseguido con nuestra sangre y nuestras lágrimas. Si el jefe Cameron accede, atacaremos juntos Drumlui para rescatar a Arabella y derrotar a Caelan.

—¿Y si no accede? —preguntó Jamie—. ¿Y si te mata?

—Entonces, vosotros decidiréis si vuestra lucha ha terminado o no. Llevad las pruebas a mi tío. Encontraréis un sitio con él, aunque solo sea eso. Vosotros tendréis que tomar la decisión.

Se hizo el silencio mientras pensaban lo que había dicho y las pocas alternativas que tenían. Lo habían seguido todos los días desde que lo desterraron. Rob lo siguió a las pocas horas hasta que lo encontró en su lugar de caza favorito. El resto fue llegando a medida que se divulgaba la existencia de ese grupo. Todos habían cumplido y habían demostrado lealtad. Jamás habían rechazado sus órdenes, pero ¿aceptarían ese plan? ¿Saldría bien?

—Brodie, me has salvado el pellejo más de una vez y te seguiré.

Magnus dio un paso adelante y le tendió la mano. Aunque no estaba curado, se había negado a irse al norte con los demás.

—No pienso dejar que sea el único que se divierta —comentó Duncan—. Además, Bradana y mi hija no me perdonarían que no ayudara a que la muchacha vuelva sana y salva.

Brodie le estrechó la mano. Uno a uno todos fueron aceptando su disparatado plan. Todos menos Rob, quien se limitaba a observarlos. La fe y la amistad de Rob había sido la única cosa que lo había mantenido vivo durante ese suplicio. Si no lo respaldaba en ese momento...

—Entonces, ¿crees que es Grigor quien tiene que liderarnos y no tú? —le preguntó Rob.

—Grigor tendría todo mi apoyo, Rob. Sabes que podría recoger todas las piezas rotas y juntarlas otra vez. Los ancianos se unirán detrás de él cuando Caelan quede desenmascarado.

—¿Por qué no tú? Tú deberías ser el sucesor.

Los murmullos fueron extendiéndose por el grupo.

—Sabéis muy bien por qué no puedo serlo. Nunca me aceptarían con las manos manchadas con la sangre del heredero de los Cameron.

—Pero se ha asesinado a gente durante generaciones. El propio Euan mató a muchos Mackintosh con su espada —replicó Hamish.

—Es distinto matar a un hombre en una tregua.

Eso era lo que hacía que su crimen fuera peor que todos los anteriores.

—Sin embargo, si Caelan queda desenmascarado, nadie creerá a sus amigos tampoco. Es posible que estén mintiendo —intervino Duncan.

Él apretó los dientes. Eso era exactamente lo que había intentado decirle Arabella.

—Aquella noche hubo otro testigo.

—¿Por qué no lo has dicho? —preguntó Rob acercándose a él.

—Acabo de saberlo.

—¿Es... ella? Ella no pudo estar allí.

—Fue alguien que se consideraba demasiado mayor para quedarse con los críos.

Rob abrió los ojos como platos cuando comprendió quién era el testigo.

—¿Antes o después de que se escapara?

—Se escapó por eso —reconoció Brodie—. Por miedo a algo como esto —Brodie pidió la atención de todos—. Hemos hablado de esto muchas veces. Grigor es nuestra mayor esperanza. Muchos de nuestros aliados lo respetan. ¿Lo apoyaréis? ¿Me seguiréis ahora?

Poco después, estaba rumbo al nordeste, hacia el lago Arkaig. Si el tiempo los acompañaba y los hados les eran propicios, llegarían a Achnacarry antes de que Arabella llegara a Drumlui. Solo rezaba para que viviera y pudiera decirle lo que debería haberle dicho aquella noche.



## Veinte

Pasaron por el claro al que la llevó Brodie para enseñarle las increíbles vistas de las tierras de los Mackintosh y tuvo que hacer un esfuerzo para fingir que se alegraba de que la hubiesen rescatado. Ella solo quería volver a las montañas y saber si él seguía vivo, si quedaba alguien vivo.

Esos tres días habían pasado despacio, tenía el miedo en el corazón y la cabeza mientras tenía que sonreír y comportarse como la dama gentil que esos guerreros esperaban que fuese. Los había frenado con todas las excusas que se le habían ocurrido, incluso con la única verdadera. La regla le había llegado la primera noche y se había sentido muy mal de verdad. Lo aprovechó para ganar un día porque los hombres no soportaban oír hablar de los dolores y otras cosas desagradables que las mujeres sufrían todos los meses. Pidió más paradas y descanso durante el camino para sus necesidades privadas. Esos hombres eran tan jóvenes que no conocían la realidad y tan educados que no iban a preguntarle nada más.

Al principio, creyó que Brodie los perseguiría, hasta que comprendió que se ocuparía de la seguridad y necesidades de los demás antes que de las suyas propias. La mirada que se intercambiaron durante el ataque al campamento le había dicho que lo suyo no había terminado. Por eso, estaba completamente segura de que iría a por ella.

Hasta que entró en Drumlui y se encontró con Caelan. Los hombres lo informaron y el corazón se le hizo pedazos con cada palabra que dijeron, y lo peor fue que ella no pudo demostrarlo para que Caelan no supiera que ella sabía su plan. Hizo lo que se esperaba que hiciera la gentil y distinguida lady Arabella, lloró sin parar. Entonces, se desmayó.

Caelan vio lo que quería ver; su prometida rescatada, alterada, abrumada y agotada por haber sido la prisionera de su cobarde primo. Había perdido práctica en representar su papel porque se había acostumbrado a comportarse como la mujer que era de verdad mientras estuvo con Brodie. Él le había permitido usar la cabeza y sus conocimientos sin sentirse amenazado por ella.

Su prometido llamó a los sirvientes para que atendieran sus necesidades y mandó a una sanadora a sus aposentos. Cuando preguntó por su padre y su tía, aunque sabía que no estaban allí, Caelan prometió que los llamaría enseguida. Si ella no hubiese sabido

la verdad, podría haberlo creído cuando dijo lo desolado que se había sentido por la separación y que había mandado a muchísimos hombres para buscarla.

Llevaba dos días en Drumlui cuando él la llamó al salón para hablar con ella. No presagiaba nada bueno. Los sirvientes no le decían nada, pero, al menos, había comido bien y se había dado el baño más largo y caliente de su vida. Además, se encontró con un aro de oro y joyas que la esperaban mientras se vestía, un regalo para celebrar su regreso sana y salva.

Vestida con una camisola, un vestido y unas medias que eran suyas y con el aro nuevo que le sujetaba el pelo recogido con una trenza muy elaborada, no con la sencilla y práctica que había llevado durante las últimas semanas, Arabella Cameron, hija única y heredera del jefe de los Cameron, entró en el salón dispuesta a librar la batalla de su vida. Sin embargo, antes esbozó esa sonrisa, la que había enfurecido a Brodie y había apaciguado a Caelan. Le serviría de protección más que cualquier escudo en una batalla.

—Milady... —la saludó Caelan cuando llegó delante de él—. Me alegro de que hayáis dejado vuestros aposentos para acompañarnos durante el almuerzo. Ha pasado mucho tiempo desde que nos honrasteis con vuestra presencia y doy gracias al Todopoderoso por vuestro regreso sana y salva.

Él se sentó en la silla del *laird*, pero, esa vez, ella captó muchas cosas de él. Que su sonrisa era más engreída, que le miraba los pechos, que los demás se mantenían alejados de él, que sus palabras eran tan falsas como las de ella. Hizo una reverencia larga y profunda, hasta que se incorporó, le sonrió y él aplaudió, bajó apresuradamente los escalones de la tarima y la ayudó a subir a la mesa.

—Milord —susurró ella mientras él esperaba a que se sentara—, me siento honrada por este trato.

Una vez sentada, alargó la mano y le tocó la suya un buen rato.

—Además —siguió ella—, vuestro regalo ha sido muy considerado, ha sido una sorpresa maravillosa.

Los sirvientes empezaron a llevar fuentes con comida y a servir el plato de madera que iba a compartir con él. Hizo algún comentario favorable sobre todo lo que servían, pero cuando miró la mesa, se dio cuenta de que no conocía a nadie. Uno de los ancianos la saludó con la cabeza y le pareció conocido, pero no prestó mucha atención cuando estuvo allí. ¿Sería el tal Grigor del que había oído hablar? Cuando ya habían comido, tomó aliento e hizo la primera pregunta.

—Milord...

—Por favor, tienes que seguir llamándome Caelan.

Ella sonrió y lo miró parpadeando.

—Muy bien, Caelan, creía que mi padre y mi tía estarían aquí. ¿Sabes cuándo llegarán?

El trayecto entre Achnacarry y Drumlui era de unos tres días y se tardaba más o menos lo mismo, en dirección contraria, hasta el castillo de Tor, su fortaleza del sur. Sin embargo, un caballo fuerte y un buen jinete podían tardar menos si hacía falta.

—Envié un emisario en cuanto supe que estabas a salvo. Diría que tardarán una semana como mucho.

—¿Nos casaremos entonces? —preguntó ella con un leve suspiro.

—¿Estás impaciente? —preguntó él inclinándose y dándole un beso en la mejilla. Ella no dejó de sonreír ni se inmutó—. Confieso que yo también estoy ansioso, pero los ancianos me han convencido de que tu padre debería estar presente en una ocasión tan importante. Al fin y al cabo, él ha pagado con la vida de su único hijo para lograr este tratado.

Ella no habría podido disimular el dolor ni por todo el oro del mundo. Miró hacia otro lado, parpadeó e intentó recuperar el dominio de sí misma.

—He sido muy desconsiderado, Arabella. Tú también has sufrido por este tratado.

Ella levantó la copa y dio un buen sorbo antes de volver a mirarlo.

—Sí, Caelan, muchos han sufrido, demasiados. Por eso, nuestro matrimonio acabará con todo eso para las generaciones venideras.

Él levantó la copa, dio un sorbo y le dirigió una mirada.

La frialdad de esa mirada hizo que ella se encogiera un instante antes de aceptar la copa que él le había acercado a los labios. Tenía que cambiar de tema o se desenmascararía a sí misma.

—Espero que mi tía me traiga el resto de mi ropa y de mis joyas. He pasado demasiado tiempo en manos de unos campesinos y unos villanos en ese campamento.

—Cuéntamelo si no te altera demasiado. No quiero que vuelvas a tus aposentos porque te has trastornado otra vez, pero tengo curiosidad por mi primo. ¿Te negó haber cometido el crimen?

—No —contestó ella con sinceridad—. Acepta la culpa por la muerte de Malcolm, incluso, se complace.

—¡Ese maldito traidor! —exclamó Caelan antes de mirarla—. Perdóname el arretrato, Arabella. No pudo imaginarme las bajas que habrás tenido que sufrir en sus manos —sus ojos dejaron escapar un destello sombrío—. ¿Te ha tenido atada y amordazada?

—Sí, durante las primeras semanas. Luego, me obligó a trabajar en cualquier cosa que me ordenara —se estremeció y extendió las manos—. Me da hasta vergüenza enseñártelas.

La piel de sus manos no era tan suave como antes. Las semanas que había pasado trabajando con las otras mujeres se las habían encallecido y le habían roto las uñas. Su estado era muy elocuente. Las manos de una dama no podían mostrar signos de un trabajo físico.

—Lo pagaré, Arabella, puedes estar segura.

Caelan se llevó la mano de ella a los labios para besarla, pero casi ni la rozó.

—Sé que te ocuparás de él —comentó ella asintiendo con la cabeza.

Él se regocijó por lo halagadoras que eran sus palabras. Ella quiso vomitar en sus botas.

Si quería estar preparada cuando llegara Brodie, y estaba segura de que iría a por ella, tenía que poder moverse por el castillo, por el patio e, incluso, por el pueblo.

—No puedes imaginarte cuánto me alegro de estar aquí, milo... Caelan —señaló con la cabeza hacia la luz que entraba por las ventanas del salón—. Él me tuvo encerrada en una cueva durante muchos días, no sabía cuándo era de noche y cuándo de día. Es maravilloso volver a ver la luz del sol —miró a los demás comensales y sonrió a Caelan—. Ahora que estoy libre, me gustaría caminar para recuperar las fuerzas.

—Milady...

—Arabella —le interrumpió ella.

—Arabella, creo que no es seguro que salgas. Mis hombres me han dicho que muchos escaparon durante el rescate. Podrían atacar y no quiero que corras peligro.

—Entonces, ¿puedo pasear por el salón o por las almenas? No creo que pueda haber sitios más seguros.

—Creo que deberías descansar estos días para que recuperes las fuerzas, para prepararte para la boda, para prepararte para nuestra noche de bodas —añadió él con un susurro para que nadie lo oyera.

Ella no sabía si él sabía que estaba fingiendo, pero discutiendo

no conseguiría lo que quería, de modo que inclinó la cabeza y acató sus órdenes.

—Muy bien, Caelan. Siempre agradeceré tus consejos y tu fuerza.

Él se levantó e hizo una señal a dos de los muchos centinelas que había alrededor de la habitación, quienes acudieron al pie de los escalones. Él la tomó de la mano y la acompañó hasta ellos.

—No temas, mi amor —dijo él mientras le besaba la mejilla—, lo llevaré ante la justicia por ti y por todo lo que te ha hecho.

Ella hizo la reverencia más profunda que pudo, sobre todo, para apartarse de él, pero también para exhibir en público su humildad y que aceptaba ese matrimonio. Cuanto menos sospechase él, mejor. Sonrió mientras se levantaba y salió del salón con un centinela delante y otro detrás.

Una semana... Brodie iría antes de que terminara la semana para salvarla otra vez.

La había observado detenidamente y había escuchado con mucha atención todo lo que había dicho. Los sirvientes de ella lo habían informado directamente. Sin embargo, no había dicho ni hecho nada impropio. Había reaccionado a él como antes de que la secuestraran. Había aceptado sus gestos de cariño, aunque con cierta rigidez, pero era comprensible después de que la hubiesen sometido a un trato tan inhumano. En ese momento, con el regreso de ella y el matrimonio, sus planes seguían su curso según lo previsto.

No había avisado a su padre en absoluto. Los documentos ya estaba firmados y certificados y ella ya era suya a todos los efectos, legales y religiosos. Solo necesitaba hacer los juramentos y consumarlo para reclamarla a ella y a su dote. A él le daba igual que su padre estuviese presente o no, como al sacerdote que iba a celebrar la ceremonia.

Mientras se alejaba, todavía podía notar el estremecimiento de ella cuando habló de la noche de bodas. Sonrió. Le había preocupado si llegaría intacta o no, pero lo comprobaría pronto. Uno de sus hombres le había informado de que había estado indispuesta durante el viaje, según él, había sangrado durante días, así que, por lo menos, no iba a su cama con un hijo bastardo.

Por el momento, la vigilaría de cerca y haría los preparativos. Cuando hubiese descansado unos días, ella estaría preparada para él.

La... utilizaría mientras la necesitase viva, pero se preguntaba si Brodie también lo habría hecho. Era frecuente que se pegara y se maltratara a los prisioneros, sobre todo, a las mujeres. Ella había dicho que la habían obligado a trabajar para él, ¿la habría obligado también a... servirles a él y a sus hombres? Le daba igual. No iba a casarse con ella por su reputación, su belleza o su gentileza. Lo hacía solo para conseguir el oro que necesitaba para sobornar a las personas que podían ayudarlo a aniquilar su clan. Cuando todo eso hubiese terminado, encontraría la esposa adecuada para un hombre tan poderoso como sería él. Dentro de unos días, todo estaría zanjado.

Dos días después de que se la hubiesen llevado, Brodie estaba a unos metros de la entrada del castillo de Achnacarry con las manos en la cabeza. No llevaba ni armadura ni armas. Sus hombres se habían quedado a un par de kilómetros de allí, en el bosque que había a orillas del lago Arkaig, donde no podían verlos. Si las cosas salían mal, tendrían tiempo para escapar.

Sabía que los centinelas que había en las murallas lo habían visto y, probablemente, estarían esperando a que su señor les diese alguna orden. Esperaba que no lo recibieran con una flecha en el corazón o la cabeza. Cuando la reja se levantó y un grupo de guerreros se dirigió hacia él, se consideró afortunado. Lo prioritario era estar vivo para salvar a su clan y salvarla a ella. Un rato después, apaleado, molido y ensangrentado, ya no estaba seguro de que fuese a seguir vivo.

Los primeros cinco no esperaron ni dieron ninguna explicación, cayeron sobre él con patadas y puñetazos. No pararon hasta que estuvo en el suelo sin poder hablar ni moverse. Una vez satisfechos, lo arrastraron dentro del castillo. No podía ver por la sangre y porque tenía los ojos hinchados. Tenía las costillas rotas y quería gritar cada vez que respiraba.

El poco dominio de sí mismo que le quedaba desapareció cuando lo tiraron al suelo delante del jefe Cameron y le ataron los pies y las manos a la espalda.

—Yo traeré la cuerda —dijo alguien—. ¡Arrastradlo y descuartizadlo, milord!

Rob tuvo razón cuando le anunció cómo acabaría. Lo colgarían y le arrancarían las vísceras.

—¡Espera! —reconoció la voz de Euan y oyó unas botas que se

acercaban—. Quiero ver al hombre que mató a mi hijo.

Unas manos lo agarraron, le dieron la vuelta y le machacaron los brazos debajo de la espalda. Tenía una mano rota. Entonces, alguien se arrodilló sobre su abdomen, le puso una daga en el cuello y fue bajándola mientras le cortaba la ropa.

—Habla —consiguió decir casi sin poder respirar—. Habla.

—¿Crees que vas a hablar conmigo? ¿Crees que voy a hablar contigo? Llevo meses esperando para vengarme del asesino de mi hijo —le clavó un poco la daga y él notó que brotaba sangre de la herida—. Creo que no voy a acabar contigo tan deprisa. Una herida en las entrañas hará que sufras durante días —la hoja de la daga le cortó la piel del abdomen—. Días en los que suplicarás morir y no se te concederá.

Todos vitorearon a su jefe y él notaba que se desvanecía. Tenía que hacer algo.

—Arabella...

Empezó a caer en la oscuridad. El agua fría le produjo espasmos e intentó tomar aire. Cada movimiento y cada tos lo desgarraban de dolor. Rezó para que pudiera sobrevivir porque si no sobrevivía, tampoco lo haría...

—Arabella —repitió él en voz más alta.

—¡No hables de mi hija, maldito asesino! —bramó Euan mientras le daban un puñetazo en la cara—. No permitiré que el hombre que mató a mi hijo diga su nombre.

—Él no mató a Malcolm.

Brodie se agarraba a la consciencia por un hilo muy fino y creyó que se había imaginado lo que había oído.

—¿Qué has dicho, niño? —preguntó Euan.

Niño... ¿Niño? Alan.

—He dicho que Brodie no mató a Malcolm, que lo hizo el otro.

¿Podía ser tan sencillo? ¿Podía la palabra de un niño absolverlo de un crimen que había aceptado él mismo? ¿Decía la verdad ese niño?

—¡Salid del salón! —gritó Euan. Aunque muchos protestaron, todos se marcharon—. Ven, Alan.

Se hizo una pausa mientras el niño debía de estar acercándose a su tío.

—Dime la verdad. ¿Estabas allí aquella noche?

—Sí, tío —reconoció Alan—. Solo quería ver qué hacían.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Euan—. Ya has reconocido tu

desobediencia, dime el resto porque eso no cambiará el castigo.

Si él hubiese podido moverse lo más mínimo, habría estrangulado a ese hombre. ¿Por qué iba a hablar un niño después de esa amenaza?

—Niño, ¿qué viste? —consiguió preguntar él.

—Los otros se quedaron despiertos mientras Brodie, Malcolm y los demás se quedaron dormidos por el suelo —Alan hizo una pausa—. ¡Yo puedo beber más que ellos, tío!

—¿Qué pasó entonces, Alan? Cuando Malcolm se durmió en el suelo.

—Él...

—¿Lord Caelan?

—Sí, lord Caelan apuñaló a Malcolm. Yo creí que se despertaría y se defendería, pero no se despertó —él pudo captar el dolor en la voz del niño y que estaba llorando—. Entonces, lord Caelan tiró a Malcolm encima de Brodie y lo dejó allí.

Alan lloró abiertamente mientras explicaba cómo había muerto su querido primo.

—Ocupaos de él —dijo Euan.

Él creyó que se refería al niño y se sorprendió cuando cortaron las cuerdas que lo ataban. Lo levantaron mientras recuperaba la sensibilidad de los brazos y las piernas.

—¿Por qué no me lo dijiste antes si sabías la verdad? —le preguntó Euan a Alan.

—No debería haber estado allí. Sabía que te enfadarías. Además, lord Caelan dijo que había visto a Brodie apuñalar a Malcolm y no me atreví llamarlo mentiroso.

—Muy prudente —dijo Brodie entre toses y escupiendo sangre—. Caelan habría encontrado la manera de matarte también.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó Euan mirándolo fijamente—. ¿Por qué no rebatiste entonces a tu primo?

—Sigo sin acordarme de aquella noche —contestó él—. Solo Alan puede decirnos lo que pasó.

—¿Alguien más sabe que estuviste allí?

—Arabella —contestaron los dos.

—¿Lo sabe ella? —preguntó Euan.

—Ella sabe que Alan estuvo allí, pero no sabe lo que presencié.

—Arabella me hizo jurarle que no le diría a nadie que estuve allí, dijo que si alguien lo sabía, podía costarme la vida.

Se hizo el silencio otra vez mientras los dos asimilaban lo que



había dicho el niño. Su propio cerebro no lo aceptaba.

Había vivido mucho tiempo con esa culpa, lo había creído a pies juntillas. En ese momento, sabía que no era verdad. Le flaquearon las piernas y se habría caído de bruces si no lo hubiesen sujetado.

—Sorcha, llama al sanador —ordenó Euan—. Nora acompáñalo a una estancia.

Brodie agarró a Euan de un brazo cuando pasó a su lado.

—Mis hombres están esperándome junto al lago. Llamadlos.

Esas fueron las últimas palabras que pudo decir hasta después de algún tiempo.

## Veintiuno

Cuando recuperó la consciencia, algunas personas lo miraban desde encima de él. Reconoció a Rob, pero no al otro hombre y a la mujer. A juzgar por lo que estaba haciéndole en las heridas bajo la atenta mirada de Rob, eran el sanador del clan y una sirvienta.

—Estás consciente —comentó el hombre—. No estás mal.

Rob arqueó una ceja porque no valoraba igual el estado de su amigo.

—Tienes rotas algunas costillas, cortes y moratones. También tienes rota la mano izquierda y la nariz, cree él.

—Además, has perdido mucha sangre —añadió el sanador—, pero sobrevivirás.

Había pasado por eso y mucho más durante su vida de guerrero, pero no todo a la vez.

—¿Cuándo podré montar a caballo?

El sanador y Rob se miraron y se rieron. La sirvienta sacudió la cabeza con disgusto. Brodie intentó incorporarse para encontrar a Euan y aclarar todo eso, pero no llegó muy lejos. El cuerpo lo traicionó y cayó de espaldas. No podía ser. Tenía que levantarse de la cama, tenía que ir con ella y decirle lo que había descubierto.

—Lord Euan vendrá a hablar contigo —le explicó Rob—. Podrías descansar para que nos vayamos antes...

—¿Has traído la caja? —Rob asintió con la cabeza—. Tráela.

Rob se marchó y él se entregó a las curas del sanador.

Cuando llegó Euan, ya le habían lavado y vendado las heridas. Cuando Euan terminó de leer los documentos, él ya podía levantarse de la cama y ponerse de pie. Se bebió un brebaje repugnante que debería acelerar su curación y esperó la reacción del jefe de los Cameron.

—No lo sabía.

—No teníais que saberlo. Nos utilizó a los unos contra los otros —le explicó Brodie—. Además, ni siquiera sabríais que estaba destrozándoos poco a poco.

—¿Por qué? —preguntó Euan—. Este conflicto es como muchos otros, casi se ha convertido en un juego para nosotros cuando no se nos va de las manos, pero esto —él levantó al papel que estaba leyendo—, esto es personal.

—Matasteis a sus padres delante de él y, desde luego, es algo personal para él.

Él detestaba lo que estaba haciendo su primo, pero podía entender el deseo de venganza.

—Era un tiempo despiadado que nos llevó, a los dos clanes, al borde de la locura. Sin embargo, yo no maté a su madre —algo ensombreció la mirada de ese hombre y se quedó pálido—. Ella corrió hasta el centro de la pelea y la abatieron. He lamentado sus muertes desde ese día.

—¿Hay algo más? —preguntó Brodie.

—Su madre murió de la misma manera que mi Fiona —contestó Euan mirando hacia otro lado—. En el mismo festival. Había sido idea de Fiona.

Fue la última vez que los clanes intentaron terminar al conflicto. Un festival que había reunido a mucha gente por lo prometedor que era y que había terminado en una matanza cuando una disputa entre facciones de los clanes había ido subiendo de tono y empezaron a pelear.

—¿Estaba Arabella allí?

¿Era ella el objetivo de Caelan por algún motivo más? ¿También había tenido un papel en todo eso?

—Sí, estaba allí. Era poco más que una cría, pero lo suficientemente mayor como para desobedecerme y escabullirse fuera de nuestra tienda. Fiona fue a buscarla y se metió en medio de la pelea cuando empezó. La encontramos encima de Arabella, le salvó la vida con la suya.

Euan endureció el tono y Brodie comprendió que...

—Culpáis a Arabella de su muerte —muchas cosas encajaron. Su forma de tratar a sus hijos, sobre todo, a Arabella. Su búsqueda de la paz...—. ¿Lo sabe ella?

—No pude soportar mirarla desde entonces porque tenía el aspecto y los ojos de su madre. Creo que empecé a reprochárselo.

—¿Lo sabe ella? —le preguntó él otra vez.

—Nunca lo hablé con ella —reconoció Euan sentándose en la cama—. Creo que ella no sabe el motivo verdadero. Aprendió a no molestarme, hacía lo que se le decía.

Todo lo que hacía una niña para protegerse cuando otros no lo hacían. Si hubiese podido entonces, él habría golpeado a ese hombre cada vez que les levantaba la mano a sus hijos, que eran muchas. Pero era imposible hacerlo en ese momento, tendría que esperar,

aunque llegaría el momento. Arabella se había convertido en una persona distinta por lidiar con su padre y por proteger a su hermano. Nunca había permitido que Euan viera su curiosidad y su fuerza, pero él sí las había visto. Él había visto la verdadera Arabella que se ocultaba dentro de la mujer dolida. Cuando Caelan estuviese a buen recaudo, él se ocuparía de que nunca volvieran a hacerle daño.

—¿Sabe Caelan que fue un accidente? ¿Qué lamentáis la muerte de su madre y vuestra participación?

—No. Cuando hablábamos, parecía no reconocermme y creí que se había olvidado de mí.

—¿Olvidarse? No. Solo disimulaba el odio para que nadie lo viera.

—Como he dicho, eran tiempos despiadados —Euan lo miró a los ojos—. Fue, más o menos, cuando un hombre de tu clan secuestró a la tía de Arabella, el hombre llamado Grigor.

—¿Su tía?

Él no había oído hablar de eso.

—Sí. Había quien decía que los dos se veían en secreto y que los descubrieron, pero la verdad es que Grigor la secuestró y la deshonoró. Tuvimos que atacar para recuperarla.

Miró a Rob, quien estaba tan atónito como él. Los dos sabían que Grigor y la mujer habían estado viéndose cuando ella estuvo en el castillo de Drumlui. Los habían visto más de una vez juntos después de que la protegida de ella se hubiese retirado a sus aposentos. Además, Grigor no dejaba de mirarla cuando estaban en la misma habitación. Él sospechaba que nadie sabía la verdad del asunto.

—Sin embargo, matar en el fragor de la batalla es distinto que planear un asesinato a sangre fría en plena tregua, y culpar a otro de haberlo hecho. Tiene que pagar por ello —añadió Euan en un tono que indicaba que no iba a permitir otra solución.

Él no sentía compasión por su primo y por lo que había hecho y, cuando llegara el momento, se mantendría al margen para permitir que Euan se vengara, pero también quería asestar el golpe que terminara con los planes destructivos de su primo.

Tardaron unas horas en trazar el plan. Él esperaba que Arabella estuviese utilizando su astucia para seguir viva hasta que pudieran llegar allí. Además, rezaba para que supiera que irían a por ella como fuese. Una vez, en medio de las conversaciones, se preguntó si

Arabella estaría haciendo tantas preguntas a Caelan como le hacía a él. Se rio y los demás lo miraron extrañados. Estaba seguro de que sabría defenderse de su primo, pero la sacaría sana y salva de Drumlui aunque tuvieran que hacer frente a las doce plagas de Egipto o a todos los demonios del infierno. Por fin terminaron de planearlo y su cuerpo le pidió descanso. Los demás se marcharon, pero Euan se quedó y él supo qué quería saber porque no encontraba las palabras para empezar.

—La tuviste prisionera —él asintió con la cabeza—. Durante cuatro semanas —él asintió otra vez—. ¿Le... arrebataste la virginidad?

Él no quería ofenderlo con su hija y estaba eligiendo cuidadosamente las palabras cuando Euan siguió.

—Si la conozco bien, ella te la ofreció.

Él se rio y le dolió. Se agarró el costado y respiró despacio para sofocar las oleadas de dolor.

—Es lo que me imaginaba —el padre de Arabella sacudió la cabeza—. Confiaba en ti si acudió a tu cama —Euan lo miró con los ojos entrecerrados, como si lo viese por primer vez—. No creía que fueses el indicado, pero es posible que lo seas.

—He jurado lealtad a Grigor, lord Euan. Él liderará a los Mackintosh y supervisará el tratado y la paz. Además, él elegirá a su sucesor de entre los otros clanes de la confederación.

—No creo que tus hombres estén haciendo esto para poner a Grigor en la silla del *laird* —comentó Euan encogiéndose de hombros.

Crejera lo que creyese, Euan no iba a tomar esa decisión. Él sabía que ese hombre quería la paz, pero había aceptado ese acuerdo extraordinario para salvar a su hija, y por las otras concesiones por las que abogaría él cuando llegara el momento.

—Descansa un poco —le aconsejó Euan—. Partiremos con el alba.

Al alba, Brodie, dolorido, se montó en el caballo negro para dirigirse a Drumlui. Sospechaba que solo era el principio de un trayecto por el infierno.

Arabella intentaba disimular los sentimientos verdaderos, pero le costaba más cada hora que pasaba. Las dos mujeres que le había asignado Caelan la miraban con recelo y antipatía. Nunca volvería a quejarse del lo hosca que era Ailean después de haber pasado los

últimos días con esas mujeres. Al principio, había creído que podría sacarlas del apoyo incondicional y de la obediencia absoluta, pero no lo había conseguido. Cada vez que llegaba otra sirvienta, fuese con comida o ropa de cama limpia, ella intentaba que conversaran entre sí, pero todos sus intentos de descubrir sus planes habían fracasado, todos sus intentos de conseguir alguna libertad de movimientos habían fracasado. Entonces, recibió una visita que las dos mujeres no podían rechazar. Grigor Mackintosh llamó a la puerta y pidió hablar con ella. Mientras las dos mujeres decidían qué podían hacer, ella abrió la puerta y lo invitó a entrar.

—Lady Arabella, he pensado que debía venir a veros —comentó él con cortesía mientras se sentaba al lado de ella—. Parece que estáis recuperándoos de vuestro suplicio.

—Trae algo de comida y bebida para mi invitado —le dijo ella a Bethoc, la más joven de las mujeres, pero pareció como si fuese a negarse—. Bethoc, recuerda quién va a ser tu señora dentro de unos días —le advirtió Arabella con una sonrisa—. Será mejor que estés a buenas conmigo porque yo supervisaré todo lo que se hace en el castillo.

—Hay que dejar las cosas claras desde el principio, milady —añadió Grigor.

La joven pensó ese giro de la situación y decidió que ir a por comida y bebida sería más seguro que desobedecerle directamente.

Bethoc salió casi corriendo de la habitación y ella sonrió a la otra mujer, pero Grigor la sorprendió y habló primero.

—Quiero hablar en privado con milady.

Grigor se levantó y solo dio un paso antes de que Lisa también saliese corriendo. Ella estaba segura de que iría directamente a decírselo a Caelan, por lo que tenían poco tiempo.

—¿Están Brodie y los demás vivos? —preguntó Grigor.

Ella sabía que Brodie y sus hombres confiaban en Grigor, que los había ayudado a sacar a Magnus del castillo, pero no entendía por qué creía él que podía confiar en ella.

—Vamos, vuestra tía me dijo que se podía confiar en vos.

Ella se quedó boquiabierta. Era lo que menos había esperado que dijera él. ¿Su tía...? Ya hablarían más tarde de eso.

—Lo estaban cuando me sacaron de allí. Pero, algunos... —no terminó y se encogió de hombros.

—¿Qué creéis que hará?

—Ha mandado a las mujeres y los niños hacia el norte, con su

tío. ¿Los hombres? No lo sé —entonces, lo supo—. Vendrá a por mí —ella levantó la cabeza, sonrió y lo repitió—. Vendrá a por mí.

La expresión de sus ojos cuando lo vio en el claro del campamento era una expresión de amor. La amaba y volvería a ir a por ella.

—Tienes que estar preparado. Vendrá pronto, pero no sé cuántos lo acompañarán —se oyeron unas pisadas en el pasillo y tuvo que acabar precipitadamente—. Tiene las pruebas que necesita. Diles a quienes vayan a luchar contra él que es el *laird* legítimo.

Él arqueó una ceja. Aunque Brodie había dicho que apoyaría a Grigor, ella creía que tenía que ser al revés.

—Necesitarán a alguien que siempre ha antepuesto los intereses del clan. Es el guerrero más fuerte y con capacidad de volver a unir el clan. Es respetable, digno...

Grigor levantó las manos fingiendo espanto.

—Sí, milady. Yo siempre lo he creído, pero él, no. Es posible que si se lo exigimos los dos, él entre en razón.

Cuando la puerta se abrió de par en par, Caelan los encontró tranquilamente sentados mientras Grigor la compadecía por el suplicio que había sufrido. Las sirvientas miraron adentro como si esperaran encontrar algo más.

—Espero que no nos atribuyáis a todos esos actos criminales. Ese sinvergüenza no seguirá adelante —Grigor se levantó para marcharse—. Hola, Caelan, ¿has venido a ver a tu mujer? —le dio unas palmadas en el hombro a Caelan y asintió con la cabeza—. Es maravilloso presenciar el amor joven.

—Caelan... —intervino Arabella—. No te esperaba, pero me alegro de verte. ¿Podemos hablar? —Caelan seguía mirando a Grigor, quien se alejaba por el pasillo, cuando ella le tocó el brazo—. ¿Terminarás pronto con tus obligaciones y podremos dar un paseo? Ya sé que te preocupa mi seguridad, pero tú me acompañarás...

Era difícil rechazarla si quería seguir con la farsa.

Arabella se encontró paseando por el sendero que rodeaba el castillo con un enfadado Caelan, pero el paseo se interrumpió cuando los centinelas gritaron que se acercaban unos jinetes. Caelan no esperó a saber quiénes eran porque, fueran quienes fuesen, no podía ser nada bueno para él. Se cerraron las entradas, los centinelas se alinearon en las murallas y a ella volvieron a encerrarla en sus

aposentos. Entonces, Caelan dejó de fingir y llamó al sacerdote mientras la arrastraba escaleras arriba y la metía en una pequeña estancia.

—Preparaos, lady Arabella, nos casaremos en cuanto venga el sacerdote.

—No lo permitiré. El sacerdote no me oirá decir esas palabras.

—Sí, sí te oirá.

Él sonrió y a ella se le puso la carne de gallina. Quiso retroceder, pero había muy poco sitio. Supo entonces que él tenía un plan y que emplearía la fuerza que hiciese falta para llevarlo a cabo. Salió y atrancó la puerta por fuera. Ella la empujó, pero no cedió. También gritó pidiendo ayuda, pero nadie acudió. Entonces, al cabo de un rato, él volvió a entrar con un frasco.

—Es una pócima maravillosa. Unas gotas bastarán para que digas lo que te diga que digas.

Quitó el corcho del frasco, lo dejó en un estante y la agarró. Ella intentó resistirse, pero pronto la tuvo dominada contra la pared y con una mano en el cuello para que no moviera la cabeza.

—Un par de gotas y te quedarás inconsciente.

Él le acercó el frasco a la boca, pero ella cerró los labios con todas sus fuerzas.

—No te resistas.

Él le agarró el cuello con más fuerza hasta que tuvo que abrir la boca por el dolor. Notó el sabor amargo y quiso escupirlo.

Él le tapó la boca y la nariz hasta que tomó aliento y se tragó la pócima. Le abrasó la garganta y el estómago. Entonces, él la soltó y la dejó en el suelo.

—El sacerdote nos espera abajo. Vamos —ordenó él.

El estómago se le retorció y la cabeza le daba vueltas. No quería hacerle caso, pero su cuerpo no le obedecía. Él le tomó una mano y la levantó.

—¿Qué me has dado? —le preguntó ella mientras él le rodeaba la cintura con un brazo y la ayudaba a caminar.

La gente y las habitaciones pasaron borrosas y tenía la boca seca.

—Lo mismo que le di a Brodie. Hace que seas sumiso y obediente. Harás lo que te diga —le susurró él al oído.

—Yo... —ella no podía pensar con claridad, pero comprendió que le había dado eso a Brodie—. Brodie no mataría —consiguió decir.



—No, tomó demasiada y se quedó dormido. Yo hice el resto. No recordó nada y conseguí que lo culparan.

Él se rio y ella sintió náuseas. Lo vio todo borroso en la memoria y en la cabeza. Intentó apartarse, pero él la sujetaba con fuerza y notaba su aliento entrecortado en el cuello. Entonces, habría jurado que Brodie apareció en el salón... y su padre... y más hombres que se descolgaban por las paredes. Se rio. Entonces, Brodie la llamó a gritos. ¡Bella! Ella quiso decir su nombre y él empezó a moverse y no paró hasta que estuvo delante de ella. Los otros lo siguieron y a ella le pareció que no paraban de ir de un lado a otro.

Caelan se la puso delante y ella vio la expresión bárbara en el rostro de Brodie, un rostro cubierto de cortes y moratones. Sin embargo, ella supo que significaba que la amaba. Él no podía decirlo con palabras, pero lo expresaba con el rostro y los ojos.

Oyó gritos y las espadas que chocaban. Ella alargó las manos para aliviarle el dolor a Brodie, pero, sobre todo, quería amarlo. Dejaron de aparecer hombres entre las piedras de las paredes, pero el ruido fue mayor. El salón se llenó con todo tipo de guerreros. A pesar del alboroto, reconoció a algunos, pero no pudo acordarse de sus nombres.

El hombre que estaba detrás de ella gritó maldiciones y prometió vengarse antes de empujarla. Empezó a caer de la elevada tarima y oyó sus propios gritos mientras se acercaba al suelo de piedra... hasta que los poderosos brazos de Brodie la agarraron.

—Te tengo, mi amor —susurró Brodie—. Te tengo.

Él la protegería, la amaría, la mantendría sana y salva. Se abrazó a él con todas sus fuerzas.

## Veintidós

—Arabella...

Ella se rodeó la cabeza con los brazos para protegerse del grito espantoso.

—Arabella, mi amor —repitió él.

—Shhh —siseó ella aunque también le retumbó en la cabeza.

—Bébetelo esto —alguien le levantó la cabeza y le puso una copa en los labios—. Solo un sorbo.

Era agua fría. Tenía la boca tan seca y le supo tan bien que quiso más. Habría bebido más si la copa no hubiese desaparecido.

—Tienes que intentar abrir los ojos y despertarte.

Era la voz de Brodie y quería verlo, pero el mareo y la desorientación todavía la dominaban. Volvió a quedarse aturdida y no supo nada más.

Hasta que abrió los ojos y se encontró en una cama grande con Brodie acurrucado a su lado. Levantó despacio la cabeza y comprobó que se mareaba menos, que si la movía poco a poco, podía girarla. Estaba tumbado con el brazo y la mano vendados por encima de su cadera. Estaban vestidos y tenía un aspecto espantoso. Ella había creído que la pócima que le había obligado a beber Caelan le había distorsionado su cara, pero, en ese momento, podía verla claramente. Tenía un ojo hinchado y cerrado y la nariz deformada y amoratada. Aunque alguien los había vendado, pudo contar más de cinco cortes en la cara y el cuello. Entonces, rebuscando entre esas visiones tan raras, se dio cuenta de lo que había pasado.

—¿Caelan...? —preguntó ella aunque ya sabía que debía de estar muerto.

—Tu padre acabó con él.

Se estremeció y supo que era mejor que no hubiese visto a su padre vengando la muerte de su hermano.

—Entonces, acudiste a pedirle ayuda a mi padre.

—Sí —contestó él abriendo el único ojo que podía abrir.

—¿Y así te ayudó?

Ella sabía que su padre era un hombre implacable, pero eso era...

—Lo hizo cuando creía que yo había matado a Malcolm.

—La pócima. Caelan dijo que os dio demasiada a Malcolm y a ti. No mataste a mi hermano —ella como todos los demás, se había equivocado, pero, aun así, él había mantenido la fe en todos—.

¿Puedes perdonarme por haber creído lo peor de ti?

Él asintió con la cabeza y sonrió.

—Sí.

—¿Puedes perdonarme tan deprisa?

—Me amaste incluso cuando creías que lo había matado. Si pudiste hacerlo, ¿cómo no iba a perdonarte?

Fue a besarla, pero la puerta se abrió de par en par y empezó a entrar gente. Seguía aturdida, pero sacudió la cabeza mientras veía que los Cameron y los Mackintosh llenaban la habitación. Si a alguien le pareció incorrecto que estuviera tumbada con él, nadie, ni su padre, dijo nada, pero lo más raro de todo fue que su padre la ayudó a levantarse de la cama, la abrazó con fuerza y le susurró palabras cariñosas y promesas al oído. A juzgar por la expresión satisfecha de su rostro y sus sonrisas, supo que Brodie también tenía algo que ver con eso. Según lo que vio y oyó, él tendría que pasar algún tiempo en cama para reponerse, pero el muy chiflado intentó levantarse cuando Grigor entró en la estancia. Ella lo entendió, un hombre se levantaba cuando el *laird* entraba en una habitación, pero el anciano lo empujó para que volviera a tumbarse.

—Descansa, te lo mereces, Brodie.

Grigor miró alrededor y asintió con la cabeza. Todos los Mackintosh se arrodillaron alrededor de la cama, y Brodie empezó a quejarse, pero Grigor lo calló con una mano.

—Los ancianos nos hemos ocupado de los asuntos del clan mientras estabas aquí. Hemos examinado los documentos y las pruebas que has reunido y hemos aclarado la cuestión de la sucesión. Bueno, casi todos los ancianos. Algunos se marcharon precipitadamente durante la noche.

Algunos hombres se rieron y ella supo que habían... invitado a algunos ancianos a que se marcharan.

—Con la muerte de Caelan, el asiento estaba libre. La asamblea ha votado y te nombra a ti, Brodie Mackintosh, como *laird*.

Brodie fue a oponerse, a ofrecer su lealtad a Grigor, como había planeado, cuando Grigor se arrodilló e inclinó la cabeza sin hacerle caso. Él intentó levantarse de la cama cuando empezó el griterío.

—¡Un Mackintosh! ¡*Loch moigh*!

Arabella supo que era el grito de guerra de los Mackintosh que se elevaba y retumbaba por todo el castillo de Drumlui.

—Tú tuviste fe en ellos. Déjalos que ellos tengan fe en ti, Brodie.

Él se dejó caer y entrelazó los dedos con los de ella, como le

gustaba hacer. Fue a besarla, pero ella vio que tenía los labios partidos e hinchados y lo besó en el único sitio de la frente que no estaba contusionado.

Tardaron unas semanas en resolver los asuntos del clan y encauzar las cosas. Los emisarios iban y venían de Drumlui, él hacía alianzas nuevas, fortalecía otras y rompía algunas que estaban podridas. El padre de ella lo asesoraba, como Grigor, Rob y algunos guerreros de confianza. Caelan había causado mucho daño al intentar vengarse y se tardaría tiempo en enderezarlo todo, pero tendrían ese tiempo.

Su padre le contó el resto cuando dejó a Brodie descansando. Lloraron juntos la pérdida de Malcolm y él le habló de su madre por primera vez. Le explicó la distancia que se había abierto entre ellos y se disculpó. También se enteró de que la había prometido a Brodie como parte de un acuerdo nuevo. Ella sonrió por ese acuerdo y se preguntó si él le pediría la mano antes de que se casaran.

Supo la respuesta una semana después, cuando entró en el salón para la comida de mediodía.

—Milady.

Ella se dio la vuelta y vio a las mujeres que habían vivido en el campamento, a Margaret, Bradana y las demás. Las abrazó y les preguntó por sus hijos y maridos.

—Brodie nos llamó para que volviéramos —le explicó Margaret.

—Él no quería aceptar el título —comentó ella.

Todas se rieron por su tozudez hasta que él se levantó de la mesa y se acercó a ellas.

—Bienvenida, Margaret —le saludó él—. ¿Sabe Rob que ya estás aquí?

—Lo sabe —contestó Arabella mientras Rob cruzaba al salón antes de abrazar a su hermana con todas sus fuerzas.

—Bradana, ¿crees que a Fia le gustaría ser mi doncella? —le preguntó Arabella.

Le encantaría y, además, le daría una posición respetable en el castillo.

—¡Milady! Va a gustarle muchísimo —contestó Bradana.

—Yo le he pedido al joven Alan que entre a mi servicio —añadió

Brodie.

Ya había señales de que las familias estaban mezclándose y eran buenas señales. Se acercó a ella y le hizo un gesto para que no hablara.

—Ya sé que estamos prometidos, Arabella, pero una mujer sabia me dijo una vez que debería decirte las palabras adecuadas y no había tenido la ocasión.

Margaret dejó escapar una carcajada que indicó a todo el mundo quién era esa mujer.

—Tenías todos los motivos del mundo para odiarme, pero no me odiaste. Tenías todos los motivos del mundo para temerme, pero no me temiste. En cambio, hiciste que me cuestionara a mí mismo y todo lo que creía —a ella se le empeñaron los ojos de lágrimas mientras él decía cosas que ella nunca creyó que oiría—. Me amaste a pesar de lo que creías, me amaste a pesar de que fuésemos enemigos. Tuviste fe en mí cuando yo no la tenía —él hizo una pausa y la miró—. Por eso, te daré lo único que puedo darte, la libertad. Tú decides. No estás atada a mí por ningún contrato, salvo que quieras estarlo —él la besó hasta dejarla sin respiración—, pero espero que quieras.

Una mujer gritó antes de que ella pudiera decir algo.

—¡Estás chiflado! ¡Te eligió hace mucho!

Él esperó y la miró dándole la libertad de decidir, aunque, como habían dicho, lo había decidido hacía algún tiempo, cuando fue a su gruta para traicionarlo y, en cambio, le dio su amor.

—Sí, quiero, Brodie.

—Ya lo ha oído, padre —Brodie se dirigió a un sacerdote que ella no había visto—. Es una boda.

Todo el salón irrumpió en vítores y ella se encontró en los brazos de Brodie, quien la subió a la tarima y la dejó delante del nuevo sacerdote de Drumlui.

—Esperaba que aceptaras.

Él le guiñó un ojo mientras el sacerdote empezaba la ceremonia que los casaba formalmente ante sus respectivas familias.

Esa comida se convirtió en el festejo de la boda y ella disfrutó de ella más al ver que Brodie aceptaba por fin el sitio que le correspondía. Pasaron varias horas antes de que pudieran ir a su dormitorio y más horas todavía antes de que ella pudiera moverse, pensar o articular una palabra.

La miró mientras estaba dormida y sin poder creerse todavía que fuese suya en todos los sentidos. Los contratos cumplían con la ley y la iglesia, pero ella había elegido aceptarlos a él y al amor que le ofrecía. Le apartó el pelo de la cara, contó los segundos de cada vez que respiraba y sonrió cuando ella farfulló algo en voz baja. Al parecer, era una mala costumbre que había adoptado cuando era su prisionera, como la de hacerle una pregunta cada vez que podía. No le importaron las preguntas que le hizo antes porque fueron sobre cómo quería tomarla. Ella se había acordado de ese comentario y se lo había recordado durante todo el día, dejándolo erecto desde que se casaron hasta que pudieron marcharse, pero ella lo había pagado cuando llegaron a sus aposentos. ¿O lo había pagado él? Daba igual.

—¿Qué haces? —preguntó ella con una voz ronca que hizo que su cuerpo reaccionara... otra vez.

—Espero a que te despiertes —contestó él dándole un beso en la punta de la nariz.

Él vaciló un momento y creyó que ella se resistiría porque ya la había despertado cuatro veces durante esa noche. Afortunadamente para ellos, se habían casado a finales de otoño, cuando las noches ya eran muy largas y les permitían estar mucho tiempo en la cama.

—No sé si debería contarte mis sueños perversos...

Ella se apoyó en un codo y se estrechó contra él.

—¿Cuándo empezaste a tener sueños perversos? —preguntó él abrazándola y besándola.

Ella podría acabar matándolo si seguía aceptando todas sus insinuaciones, pero, en ese momento, cuando su cuerpo, su corazón y su alma sentían la calidez de ella, le daba igual.

—Bueno, en mi sueño había una gruta...

Lo acarició mientras susurraba, lo amó mientras lo acariciaba y lo alivió de las traiciones y del dolor del pasado. Él la amó más que a todos los caballos y el ganado que habían comprado con su dote.

## Epílogo

*Seis meses más tarde*

—Eres de la familia.

—Pero no tan cercano como para esto —replicó Rob.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, era la viva imagen del rechazo y el desafío.

—Ya sabes lo que sienten las mujeres —comentó Arabella entre risas.

Ella se acordó de que su hermano había dicho que lo comprarían o venderían como a ella y se rio otra vez por la expresión malhumorada y ofendida de él.

—Margaret cree que es una buena pareja —siguió Brodie encogiéndose de hombros.

A Arabella le gustaba que él confiara en las mujeres que lo habían ayudado y no solo en los ancianos y en los demás hombres.

—Esta vez, promételes suficiente ganado —intervino ella.

Eso ya era una broma entre ellos. Cuando surgía alguna dificultad, se recurría a los caballos y el ganado.

—No creo que lo digáis en serio, milady —objetó Rob—. Creo que ninguno de los dos os tomáis mis objeciones en serio.

—Rob, tú tuviste la idea de que yo fuese el *laird*, ahora, atente a las consecuencias.

—Brodie, te ofrecí mi lealtad y mi espada, pero no recuerdo haber dicho que puedes venderme a otro clan.

Brodie la miró y se acercó a ella, que estaba mirando por la ventana. Aunque se sentía gorda y deforme, él no dejaba de acariciarla ni de poner la mano en el abombado vientre para sentir algún movimiento. A ella no le importaba lo más mínimo y, de espaldas entre sus brazos, apoyó la cabeza en su pecho mientras se acaloraba la batalla entre Brodie y su mejor amigo.

El asunto era la boda que proponía uno de los clanes recientemente aliado con los Cameron y los Mackintosh. Rob, soltero y familiar directo del jefe, era el hombre idóneo. Sin embargo, estaba demasiado ocupado disfrutando de la vida, saltando de mujer en mujer y de cama en cama.

—No estoy vendiéndote —replicó Brodie—. Estoy pidiéndote que vayas a conocer a esa mujer. Si te parece aceptable, haremos una

oferta.

—No se trata de que tengas que dejar tu casa y mudarte a la de ella. Tu sitio aquí está garantizado —añadió Arabella.

—¿De verdad? —preguntó Rob.

Ella se soltó del abrazo de Brodie, se acercó a su amigo, le tomó la mano y asintió con la cabeza.

—Puedes estar seguro. Lo mantuviste vivo para mí durante aquellos meses sombríos. Tu sitio aquí y en nuestros corazones está a salvo, para siempre.

—¡Maldita sea, Arabella! —exclamó consternado Rob—. ¿Cómo voy a negarme ahora?

Se dio la vuelta y se marchó diciendo improperios en voz baja. Ellos esperaron un minuto antes de soltar una carcajada.

—¿Crees que es una buena pareja, Brodie? —preguntó ella—. ¿Eso es lo que dijo Margaret?

Ella no había hablado con su amiga de ese posible matrimonio, había esperado a que Brodie tratara el asunto con Rob antes.

—No se lo he preguntado —él se rio cuando ella lo miró fijamente—. Lo he dicho solo para confundirlo.

—Lo atormentas. Dime la verdad, ¿es bueno para él?

—Necesito a alguien de mi confianza para esta alianza. Necesito a Rob.

Él había asumido sus obligaciones y sus responsabilidades enseguida y ella estaba maravillada por su buen juicio al extender los intereses y las relaciones del clan.

—Sabes que lo hará después de quejarse y de maldecir un rato —ella le dio un beso—. Lo hará por su clan y por ti.

A muchos kilómetros de allí, en el límite noroeste de las Highlands, una joven recibió la misma noticia, que podría tener que casarse con un Mackintosh, y se sintió tan desdichada que se escapó a la mañana siguiente y dejó que sus padres se vieran las caras con ese Mackintosh cuando llegara al cabo de unas semanas.